

**HQN**<sup>TM</sup>

CARIDAD  
BERNAL

**TRAS  
LA PISTA  
QUE ME  
LLEVÓ A  
TI**



Finalista VII Premio Internacional HQÑ

CARIDAD  
BERNAL

**TRAS  
LAPISTA  
QUE ME  
LLEVO A  
TI**

# Índice

## TRAS LA PISTA QUE ME LLEVO A TI

Dedicatoria

Capítulo 1: Martín

Capítulo 2: Yolanda

Capítulo 3: Corpus delicti

Capítulo 4: María

Capítulo 5: Despertar

Capítulo 6: Últimas palabras

Capítulo 7: Sancho

Capítulo 8: Buscando al Dr. Watson

Capítulo 9: Un mal día

Capítulo 10: Tras la pista

Capítulo 11: La hoja en blanco

Capítulo 12: Bipolar

Capítulo 13: Elige tu propia aventura

Capítulo 14: Una llamada de emergencia

Capítulo 15: Al día siguiente

Capítulo 16: El bibliotecario

Capítulo 17: Sola

Capítulo 18: Una nueva sospechosa

Capítulo 19: Actitud

Capítulo 20: La oportunidad

Capítulo 21: First dates

Capítulo 22: La pirámide de Freytag

Capítulo 23: Pesadilla

Capítulo 24: Persecución

Capítulo 25: Autopublicar

Capítulo 26: Lovely Coffee

Capítulo 27: Lorena

[Capítulo 28: Un último favor](#)

[Capítulo 29: Jaque Mate](#)

[Capítulo 30: La confesión](#)

[Capítulo 31: Final del partido](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2019 Caridad Bernal Pérez  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Tras la pista que me llevó a ti, n.º 229 - mayo 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-901-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Para Bruno

## Capítulo 1: Martín

*Tres años antes*  
(Martín)

—Cuando estás en plena persecución, a doscientos kilómetros por hora, pues claro que eres consciente de que puedes palmarla en cualquier momento, pero te convences a ti mismo de que eso no va a pasarte. Que para eso has entrenado todo este tiempo. Aprietas el puño de la moto, tragas saliva y sigues acelerando. Con miedo no se llega a ninguna parte, así que dejas que tu mente se olvide de forma deliberada de que eres carne y huesos. De que hay sangre circulando por tus venas, o necesitas aire para respirar. No hay limitaciones, tú eres capaz de todo, y ni las leyes de la Física te frenan. Sientes el impulso, eres como una máquina. Mientras estás siguiendo a ese coche a través de la autovía, se van borrando el resto de tus preocupaciones. Ya no hay hambre, ni sed, ni calor. No piensas en tu familia, ni en tu novia, en nada. Eso es lo mejor para seguir trabajando en este tipo de situaciones. «Lo vas a conseguir», es lo único que te repites con esa sonrisa estúpida que no se borra de tu rostro, mientras vas dejando coches atrás. Oyes las sirenas a lo lejos. «Bien, ya están aquí», te dices. Pero tú no desistes, sigues detrás de ese tipo, porque estás a punto de darle alcance. Visualizas tu objetivo: para cuando los demás lleguen, tú ya le habrás hecho morder el asfalto. Tu corazón bombea a mil por hora gracias a ese subidón de adrenalina y los latidos retumban por todo tu cuerpo, martilleando tus sienes, haciendo que la presión te obligue a apretar los dientes con rabia. Estás más vivo que nunca. ¡Joder, si que lo estás! En esos instantes que corren más veloces que tú, solo ves el coche que estás persiguiendo y nada más. Nada más alrededor. Estáis solos, él y tú. Por eso no vi nada de lo que se me venía encima, y por más veces que me lo pregunten, la

respuesta no va a ser diferente. No, no lo hice. No. No levanté la vista del coche que estaba persiguiendo, ni siquiera sospeché que algo así me pudiera pasar. —Dejé de hablar para inspirar hondo, retorciendo mis dedos y mirando la esfera metálica de mi reloj un segundo. Llevábamos más de una hora hablando, ¿aquello sería buena o mala señal?

Siempre suponía para mí un esfuerzo volver a ese recuerdo, a ese instante en mi vida. Sin embargo, sabía que hoy me preguntarían por él, así que me había preparado a conciencia aquella narración. Nunca hasta entonces había dado tantos detalles. El doctor que había estado evaluando cada una de mis palabras ahora me sonreía. Por lo menos, me dijeron sus ojos, no le estaba defraudando. En ningún momento había percibido odio o repulsa en mi discurso, por lo que parecía que debía haberlo superado. Sí, eso parecía.

—Muy bien, Martín. Yo no podría haberlo explicado mejor. Ahora ya sé lo que pasó por tu mente en aquellos instantes que fueron cruciales para ti. Pero mira, voy a ser muy sincero contigo, no eres ni de lejos el mejor candidato. Aquí tengo tu expediente, que es como tres veces más grande que el de cualquier otro, y como comprenderás, no tengo tiempo de leer tanto. Por eso te voy a pedir que me ayudes. Quiero que me cuentes todo lo que pasó ese día. Todo. Pero no quiero que me lo expliques como si fueras a escribir un informe para tu superior, porque eso seguro que lo tengo aquí dentro de esta carpeta enorme escrito de tu puño y letra. Cuéntamelo como si yo fuera tu amigo, o tu novia.

—No, ya no tengo novia —quise explicar, pero lo añadí en un tono demasiado brusco, nada adecuado para una entrevista de este tipo. Me incorporé en el asiento para disimular, mientras aquel tipo hizo una mueca en la cara, dejando un halo de comprensión que me dio esperanza. Pareció entender la situación y agradecí que no me mirase con lástima.

—De acuerdo, como si fuera un viejo amigo, entonces. Sin formalismos, no quiero que me censes nada. No temas decir algo inapropiado, porque yo no estoy aquí para juzgarte.

—Está bien —dije humedeciendo mis labios de manera inconsciente y secando las palmas de mis manos con la tela del pantalón. No quería ponerme nervioso, pero aquella extraña petición lo estaba consiguiendo. Expiré un segundo, y empecé a narrar aquel terrible episodio de mi vida—: Todo sucedió muy rápido. No estábamos preparados para tenerlo delante, por eso no dio media vuelta en cuanto nos vio haciendo el alto a la gente. Ya le había



pasado en otras ocasiones, y salió de allí con éxito. En el pasado ni siquiera le pidieron la documentación, así que esperaba que yo tampoco lo hiciera. Por eso se confió, se creía irreconocible con esas gafas oscuras y una barba poblada. Su noticia ya no colapsaba los telediarios de todas las cadenas, y aunque seguíamos buscándolo, se había relajado demasiado. De modo que siguió allí, en su coche, esperando su turno en la cola, observándome mientras hablaba con el conductor que tenía delante. El tipo tenía sangre fría para eso y mucho más. Yo tenía hambre y estaba un poco de mal humor. Íbamos a dar por terminado el control, pronto serían las ocho de la mañana, y ya solo veíamos a los típicos currantes de primera hora con cara de sueño. Un par de coches más, nos decíamos, y en nada nos iríamos de allí a pegarnos un desayuno de órdago. A esas alturas, después de trabajar toda la noche, tenía un agujero en el estómago que no me dejaba pensar en otra cosa que no fuera el bocadillo de jamón que me iba a meter entre pecho y espalda. «Dios, ¡¿cómo me puedo acordar todavía de ese tipo de cosas?!». Todavía sigo viendo esa secuencia de mi vida con todo lujo de detalles. En lugar de olvidarlo con el tiempo, creo que lo voy recordando aún más. Supongo que las pesadillas no me dejan alejarme mucho de mi pasado, o al menos, de ese momento en concreto. Con ellas vuelvo allí, a ese día, y lo veo. Veo al tipo, y me enciendo de rabia. En cuanto bajó la ventanilla, supe quién era. Nunca se me olvida la cara de un asesino. Le pedí la documentación, y me mantuve sereno mientras la buscaba, no quería que se supiese descubierto. Mi compañero estaba hablando con otro conductor, así que, con sus papeles en la mano, le di la espalda para comunicarlo por radio. Ese fue mi fallo. Un error que pagaré toda mi vida. Aquel gesto lo puso en alerta, y no quiso quedarse a comprobar si sus sospechas eran ciertas. El tipo arrancó y, acelerando como si condujera un fórmula uno, salió de allí llevándose por delante todos los conos que habíamos puesto. Incluso golpeó nuestro vehículo, arrastrándolo un par de metros, reventándonos una rueda en el trayecto. Por eso me puse el casco y cogí la moto que teníamos de refuerzo. Salí tras él sin pensarlo dos veces, mientras a mi alrededor todo el mundo se preguntaba qué estaba pasando.

—¿Te dio tiempo a comunicarlo por radio?

—No. Cuando iba a hacerlo escuché cómo arrancaba el motor de su coche, entonces entendí que huiría, y que podríamos perderlo como nos había pasado antes. Era un tipo escurridizo. De modo que no lo pensé mucho, empleé el tiempo en coger el casco y salir detrás de él.

—¿Te arrepientes de haberlo hecho así?

—En absoluto —contesté con firmeza mirándolo a los ojos. Él asintió con la cabeza y me pidió que, por favor, continuase—. Ni siquiera era mi turno, ¿sabe? Pidieron voluntarios para ayudar a la Guardia Civil en la campaña de ese festivo, y yo me presenté para tener después unos días de permiso y organizar algún viaje. Me encantaba viajar... —recordé sin mucho tino, pero en seguida volví a retomar el hilo de la conversación—. Por eso, mientras estaba subido a esa moto, nunca pensé que no me debía haber tocado a mí. Al contrario, me sentí afortunado. Yo lo había encontrado, le daría caza y, después de aquello, hasta podrían considerar mi cambio de catálogo.

—¿Habías solicitado un cambio? —preguntó sorprendido y, revisando sus anotaciones con aire circunspecto, añadió—: Ah sí, al departamento de... ¿homicidios?

—Eso ya no importa mucho, ¿no cree? —El psicólogo notó la rigidez de mis músculos, e hizo un ademán con la mano para que siguiera contando lo sucedido aquel día, pidiéndome disculpas así por aquel pequeño inciso en la entrevista—. Era verano, y el sol amenazaba con una de esas mañanas de calor asfixiante. Son esas cosas que me asombra recordar todavía, y ya han pasado más de dos años del accidente. Estábamos en plena operación salida de vacaciones y, al alcanzar la autovía con la moto a toda pastilla detrás del tío, en seguida escuché las aspas del helicóptero de la policía sobre mi cabeza. Esas imágenes de la carrera se verían después por todas partes: una moto esquivando coches, dibujando eses en el asfalto, queriendo dar alcance a un Peugeot 308 golpeado que acababa de huir de un control. Ellos todavía no sabían quién era el tipo que lo conducía, pero pronto lo verían gracias a mí. Cuando por fin conseguí tenerlo a tiro, saqué la pistola dispuesto a reventar de un disparo uno de sus neumáticos traseros. Apunté aproximándome aún más, asegurándome así de que no fallaría. Todo estaba saliendo a la perfección, casi de libro. Entonces el Peugeot frenó en seco de forma inesperada, y mi cuerpo saltó por los aires estrellándose contra un quitamiedos. Dicen que tuve mucha suerte, que de no haber llevado puesto el casco me habría quedado tetrapléjico en el mejor de los casos. Sí, menuda suerte. No perdí la vida, tan solo una pierna...

Terminé mi explicación, y el doctor parecía seguir escuchando mi voz en su cabeza a pesar de haberse instalado un incómodo silencio entre nosotros. Eché un vistazo a mi alrededor para ocultar mi incertidumbre, esperando distraído

su próxima pregunta. Aquella austera habitación donde me habían citado para hacer la entrevista no tenía apenas decoración, nada con lo que definir la personalidad del facultativo que me evaluaba. «Aquí entrará todo tipo de gente», supuse.

—Martín, me has dicho que llevas mucho tiempo preparándote, que tu mayor ilusión sería volver al cuerpo. Dime, si yo ahora te digo que no has pasado esta prueba, ¿qué ocurriría? —Apreté el puño y me dije que me estaba probando, que solo era una pregunta más para ver cómo reaccionaba.

—Nada. Empezaría a buscar otras opciones, ¿sabe si me dejarían ser modelo con una pierna ortopédica?

—Veo que no has perdido tu sentido del humor —dijo en un tono afable pero misterioso. ¿Me conocía? Me fijé mejor en su rostro. ¡Sí, claro! Aquel tipo estuvo un día en la academia dándonos una clase de autocontrol y gestión del pánico. Debía de ser algún cerebritito de los de arriba, y que, de puto milagro, se acordaba de mí.

—Bueno, yo no estaba bromeado —contesté frunciendo el ceño, riéndome un poco más de mí mismo. El médico dibujó entonces una sonrisa noble y apuntó algo en su libreta. Quedaba claro, no había perdido ni una pizca de mi extraño sentido del humor.

## Capítulo 2: Yolanda

*En la actualidad*  
(María)

—¡Brindemos por ello, María! —Yolanda Reyes elevó de nuevo su brazo hacia el cielo con un gesto majestuoso, casi teatral. Después, guiñándome el ojo en una señal inequívoca de complicidad, hizo chocar el fino cristal de su copa contra la mía, dejando escapar su risa franca de fondo. En un intento inútil por imitarla, me limité a soltar una carcajada torpe de mis labios, mientras la seguía observando con admiración.

A estas alturas de la velada, ya no podía recordar cuántas copas llevábamos, pero ella siempre me doblaba en cantidad. Para mi compañera cualquier excusa era buena para hacer un brindis aquella noche. Habíamos pasado las horas hablando más de nuestras vidas que de literatura, haciendo un repaso lento a lo largo de una amistad que se había forjado a través del tiempo y las distintas publicaciones presentadas en los mismos eventos. A nuestra editorial le convenía que fuéramos inseparables, convirtiéndome siempre en telonera de todos los encuentros literarios a los que acudíamos juntas.

Por entonces yo ya sabía que, obligada al principio por nuestra editora Teresa, aunque más tarde por iniciativa propia, Yolanda accedió a actuar como mi madrina de honor. A través de sus recomendaciones en forma de *tweet*, sus lectoras comenzaron a saber de mí, y en seguida me convertí en una escritora más del mundillo a pesar de ser una recién llegada. Solo por eso, Yolanda ya me parecía una persona admirable y merecía todo mi respeto. Tras varios años juntas, pude conocerla mejor, y supe que también podía ser alguien vengativo, pero solo con aquellos que lograban sacarla de quicio.

Como compañera, y siendo fiel en nuestra amistad, me ayudó de forma

inestimable a mejorar mi estilo. Llegamos a ser nuestras mejores y peores lectoras beta. Ella era muy diferente a mí: espontánea, fresca y vital. Siempre conseguía arrancarme una sonrisa hasta en mis peores días, dándome ánimos para seguir escribiendo después de que leyese una de esas espantosas críticas, crueles hasta el infinito, creadas solo para minar la poquita confianza que había logrado reunir en mí misma.

—¡Vamos, cariño! No es más que un *hater* como cualquier otro. Las opiniones son como los culos, todos tenemos una, y nos creemos que la nuestra es la mejor de todas —decía con dejadez, cansada ya un poco de tener siempre el mismo problema. Yolanda podía soportar una mala crítica siempre que estuviera bien fundamentada, pero odiaba a las personas destructivas que se valían de la palabra para tirar por tierra el trabajo de otros. A esos, decía, no había que darles coba. Si respondía a sus comentarios o me veía afectada de alguna manera por ellos, se creerían importantes y su palabra se haría fuerte en mi interior. Para ella era fácil hablar así, habían reconocido su talento en multitud de ocasiones y sus libros se vendían sin necesidad de hacer promoción alguna. Ella era una de las habituales en este tipo de eventos, y, sin embargo, me confesaba en privado, el miedo siempre existía al publicar una nueva novela. «Es algo inevitable, María. Nadie en esta vida te puede asegurar el éxito. Y si lo hacen, desconfía».

Las novelas de Yolanda eran como ella misma. Llenas de frases que te veías obligada a tener que subrayar y memorizar porque eran fruto de muchas experiencias vividas, pura sabiduría. Sus libros eran poesía sin versos, ella hacía magia con las palabras. Sus protagonistas conseguían enamorarnos a todas de forma enigmática, irresistible, siendo siempre distinto el encuentro entre ellos. Ella sabía crear esa tensión, ese clímax que te hacía no poder soltar el libro, aunque fueran las cuatro de la madrugada. Conseguía tocarte el corazón, encogerte el alma en las primeras cinco páginas. Era una crack. Y por más que la leyese para comprender los giros que le había dado a la trama, siempre terminaba pensando que yo jamás podría conseguir algo así.

Me fui acostumbrado a escribir siguiendo su estela, tanto que a veces podía oír a alguno de sus personajes en mi cabeza. ¡Como si no tuviese bastante con los míos! Pero me sentía incapaz de romper los lazos con la editorial, a no contar con ella antes de publicar, porque en el fondo creía que mi más que humilde éxito se debía en gran medida a ser una versión más joven de su estilo literario. A ser una copia aceptable y humilde de la insuperable Yolanda. Y no

tenía el valor de comprobar si mi teoría era cierta, por miedo a salir escaldada al tomar mi propio camino.

A veces Yolanda era demasiado protectora conmigo, y eso me molestaba. Tenía la sensación de que caminaba tres pasos por delante de mí para poder avisarme dónde pisar con exactitud, acostumbrándose a cobijarme bajo su ala maternal de éxito. Aunque nunca me quejé de forma explícita por esa manera que tenía de actuar conmigo, no soportaba que me tratase como si fuera una niña. Entre otras cosas, porque era yo misma la que acababa alimentando ese comportamiento, al estar siempre buscándola en todas las reuniones literarias, ya que era ella la que me presentaba a todo el mundo y era la mejor facilitadora de todas mis conversaciones. Oírla hablar era una *master class* del oficio de escribir, toda una gozada para una escritora en ciernes como era yo.

Sonaba el *Sweet Dreams* de Eurythmics en la terraza donde nos encontrábamos, pero pronto apagarían la música y las luces que decoraban aquel ambiente encantador, evocando a alguna playa paradisíaca del sudeste asiático. Un camarero recogía las mesas de nuestro alrededor con rapidez, haciendo repiquetear intencionadamente los vasos que llevaba en una mano, mientras nos lanzaba miraditas para intimidarnos por ser las últimas en marchar a nuestras habitaciones.

Estábamos en el hotel Palacio Buenavista de Toledo, ciudad en la que se estaba celebrando un conocido evento de romántica al que habíamos sido invitadas. Mañana por la tarde volveríamos cada una a nuestras casas, a nuestra rutina. A permanecer sentadas durante largas horas frente a la pantalla de un ordenador, viviendo a través de historias inventadas las realidades de nuestro propio mundo, olvidándonos un poco de nuestra patética vida (al menos la mía lo era). Por eso Yolanda se negaba a subir ya a la habitación, con protestas infantiles decía que no era hora de dormir ni mucho menos, que quería quemar los últimos cartuchos de diversión que nos ofrecía la jornada.

—¡Vámonos por ahí, María! Salgamos a bailar un poco, a mover el esqueleto, seguro que a estas horas todavía hay alguna discoteca abierta... — sugería moviendo las caderas en el sillón de mimbre donde estaba sentada, excitada como una adolescente después de su jornada de exámenes finales, no sabiendo muy bien si me lo decía en broma o en serio.

Yolanda Reyes, la escritora de romántica más vendida del país, echaba hacia atrás su larga melena castaña con un ademán coqueto que se había

convertido en manía con el paso de los años. Paseaba siempre con un cigarrillo en la mano, y miraba a izquierda y derecha mientras hablaba, haciendo una ronda rápida con sus grandes ojos enmarcados con kohl que le daba un aspecto aún más felino a su rostro. Era una mujer muy atractiva, jamás me importará reconocerlo. A su lado yo no tenía nada que hacer, aunque me doblase la edad, su belleza y elegancia estaban por encima del paso del tiempo. Yo misma estaba hipnotizada por esa naturalidad arrolladora que enamoraba a cualquiera que tuviera la suerte de conocerla. A cualquiera, sí. Ya fuera hombre o mujer, todos podíamos ser víctima o testigo de ese poder de seducción que poseía. Todo en ella era ideal y estaba en su sitio, eso era lo único por lo que podía odiarla, por nada más.

—Deberíamos irnos a descansar, Yolanda. Los camareros empiezan a mirarnos mal, y mañana tú y yo estamos en una mesa de ponentes, ¿o es que se te ha olvidado?... —le pregunté con disimulo. No me gustaba nada eso de ser la última en abandonar una fiesta.

—¡A la mierda la mesa de mañana! —gritó mi amiga levantándose de un brinco, y yo tuve que acudir en seguida en su ayuda para que no cayera de bruces—. Si yo tuviera tu edad, querida, me olvidaría de escribir durante un tiempo para vivir un poquito más. Te lo estoy diciendo desde que te conocí: no vivas a través de los libros, María. No escribas sobre el amor, ¡enamórate!

Yolanda se había divorciado hacía ya más de seis años, justo cuando su carrera despegaba. El éxito le vino después de diez escribiendo, así que vivía todo lo que le estaba pasando ahora con cierta perspectiva. «¿Qué pasa? ¿Que antes no valía un duro y ahora sí? No creo que mis novelas hayan cambiado tanto en estos años», comentario que le dijo a un periodista y que no tardó en convertirse en titular. Por eso no aceptaba entrevistas, aunque no dejaba de aparecer en las revistas del corazón por sus continuos flirteos con personajes conocidos: periodistas, directores de cine, escritores, empresarios. Quizá siempre por despecho, por haber sido engañada durante mucho tiempo por el que fue el amor de su vida. Aunque claro, esa era mi opinión, no la suya. Ella jamás habría llamado así a su exmarido. Siempre que podía, lo ninguneaba delante de quien fuera.

Yo, como bien sabía Yolanda, prefería reservar los sentimientos y la pasión para las historias que se desarrollaban sobre el papel o la pantalla de mi ordenador. Mi vida personal, sin embargo, era un lienzo en blanco desde hace años. Así no terminaría decepcionada por una relación que no me llevaba a

ninguna parte, sino que, al revés, me quitaba tiempo para leer o escribir. Mis personajes masculinos, al contrario de los pocos ejemplares que me había ido encontrando en la realidad, me eran siempre fieles y acudían a mí en cuanto les echaba de menos. Prefería no arriesgarme a sufrir desplantes vergonzosos, o tener que escuchar esas palabras hirientes que se decían cuando la cosa se enfriaba, y que después no conseguía sacarme de la cabeza mortificándome por no haber sido lo que ellos esperaban.

Recuerdo el intenso olor al perfume de violetas de Yolanda mezclado con el de la nicotina cuando puse su brazo alrededor de mi cuello, haciendo que, en un movimiento firme, venciese el peso de su cuerpo sobre el mío. Caminé renqueando hacia el ascensor, llevándomela auestas. Tambaleándonos como las dos borrachas que éramos. Aunque ella más que yo, eso seguro. Nunca la había visto así de mal, por eso decidí que lo mejor sería dejarla yo misma en su cama. Al día siguiente, cuando despertase, me lo agradecería.

—Buenas noches, Yolanda —le dije besándola en la frente, sintiéndome muy agradecida por su amistad.

—¡Cuídate mucho, mi niña! —bisbiseó de manera casi ininteligible debido a su estado de embriaguez.



## Capítulo 3: *Corpus delicti*

(Martín)

La llamada del hotel al servicio de emergencias no nos aportó muchos datos. Una mujer quería suicidarse tirándose desde el balcón de su habitación, situado en el último piso. Siendo la madrugada de un sábado como era, lo más seguro sería que estuviera borracha o drogada, pero, aun así, me despertaron para atender la emergencia.

—¿Han llamado ya al hotel? ¿Sabemos algo más de esa mujer? ¿Hay alguien hablando con ella ahora mismo? —quise saber mientras me mal vestía, peinándome con la mano.

Desde hacía tres años ese era el tipo de llamadas que yo solía atender. Al final me aceptaron en el equipo nacional de negociación, y pude volver a trabajar en el cuerpo, aunque no fuera como un policía al uso, sino como un colaborador en ese departamento. Todo fue gracias a uno de mis superiores; él vio una posibilidad de reincorporarme al recordar cómo había resuelto una situación de crisis frente a unos atracadores en un centro comercial, y me avisó cuando estaban buscando gente con las aptitudes necesarias. Antes nunca se me habría pasado por la cabeza meterme en ese grupo de trabajo, pero después de unas intensas y paroxísticas pruebas de selección, me dieron la buena noticia. A pesar de mi discapacidad, y siempre dentro de mis posibilidades, volvería a ser útil para la policía ayudando a mis compañeros. Y eso, para mí, fue lo más importante.

Sin embargo, en esta ocasión llegamos tarde. Aún no había amanecido cuando el director del hotel nos recibía para darnos la mala noticia. Ya no había nada que hacer. Una camarera de pisos acababa de encontrar el cuerpo de la mujer cerca de la piscina. Al parecer, era una conocida novelista de

mediana edad, todo un referente cuyas obras habían recibido varios premios. «¡Pues qué bien!», pensé. Aquello machacaría después mi conciencia, me habían sacado de la cama para nada. En situaciones así, siempre pienso que yo podría haber evitado que se arrojase al vacío. Al menos, habríamos hablado largo y tendido. Si por algo estaba allí era por ser bueno escuchando a los demás.

Pronto llegaron los compañeros de la judicial y la científica, para delimitar la escena del crimen y hablar con los posibles testigos. Tan solo quedaba esperar a que viniera el forense para levantar el cadáver. Yo ya no pintaba nada. Las escritoras que se alojaban en el hotel, al igual que la suicida, habían empezado a salir de sus habitaciones. Aquello debía de ser una especie de convención, porque todas parecían conocerla. El rumor de voces, suspiros y llantos femeninos era cada vez más evidente. Ahora tocaba una fase en grupo de estupor y negación, al saber que una de ellas se había suicidado hacía unas horas. Pronto todo aquel escenario sería una locura controlar.

—¿Qué hace ese ahí? —escuché decir al tontaina de Montes, mirándome con desprecio desde el otro lado del pasillo, sacando pecho como un palomo. En momentos como esos me parecía increíble que hubiésemos sido compañeros en la academia. Los había que parecían dispuestos a marcar su territorio con orina con tal de que nadie les pisara la poca hombría que tenían.

—¡No te preocupes, joder, que ya me voy! —voceé a pesar de la distancia, para que supiera que sería cojo, pero no sordo.

El muy imbécil ni se molestó en contestarme. Lo vi meterse en la habitación de la muerta, haciéndose el importante, seguido de su séquito. Meneé la cabeza, buscándole gracia a aquel sinsentido. Él estaba ocupando el puesto al que yo habría optado de no haber sufrido aquel accidente, y, sin embargo, parecía sentirse amenazado por mi presencia en cuanto me veía.

Ya me había dado la vuelta y me disponía a desayunar algo en la cafetería del hotel cuando escuché a una chica desesperada: «Alguien debe de haberla matado, seguro que es eso. Escúchenme bien, ¡deben investigar todo esto a fondo!», la voz salía del interior del grupo de mujeres. Aquellas palabras eran como alaridos junto a sollozos cargados de rabia contenida, la estaban reteniendo en contra de su voluntad, y pensé que, fuera quien fuese, debía de estar pasándolo muy mal. De manera inconsciente, mis pasos me llevaron a cruzar aquel pasillo, acercándome para poder ver a la muchacha que seguía implorando la atención de alguien. Hablaría con ella para que se calmara un

poco, solo eso. Aquel ya no era mi trabajo, pero me sentía en deuda con la víctima. De pronto, vi en los ojos del compañero que la estaba sujetando el alivio que sintió al verme:

—Oye, Correa. ¿La puedes atender tú? Está fuera de sí —masculló un tercero mirándome con desesperación—. Voy a llamar a una enfermera para que le meta algo rápido. Mientras, a ver si a ti te dice alguna cosa que merezca la pena, ¿quieres? ¡Gracias, tío!

Estoy seguro de que la cara de memo que se me quedó aquel día debió de ser para partirse de risa. Los había que tenían un morro que se lo pisaban, pero lo peor de todo era que también los había muy gilipollas, tanto que hacían lo que les pedían sin obtener nada a cambio.

## Capítulo 4: María

(María)

Desperté asustada, con el corazón palpitando. Al principio pensé que habían vuelto mis ataques de pánico y tenía una taquicardia. Después escuché el incesante murmullo del exterior, como si un montón de gente estuviera concentrada en el pasillo, justo al otro lado de la puerta de mi habitación. Como no tenía mirilla, me puse con rapidez la chaqueta que llevaba el día anterior y salí fuera cubriendo mi camión con las solapas. No es que fuera muy escotado, es que así pretendía ocultar un ridículo estampado de vaquitas del que no me sentía muy orgullosa. Si estaban evacuando el hotel por un incendio, no habría tiempo para cambiarse.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —exclamé de inmediato al ver a varios policías intentando poner orden entre el alborotado grupo de compañeras, hablando todas a la vez, como gallinas en un corral.

Todas las autoras que habían sido invitadas al evento de romántica estaban allí, con una indumentaria muy similar a la mía, hechas unas locas sin peinar, cuchicheando sobre lo que había sucedido a escasos metros de mi habitación. Al parecer, una mujer se había arrojado por el balcón, y una chica del hotel había descubierto el cadáver bien temprano.

—¿Pero de quién se trata? —pregunté al grupo, consternada por aquella grave noticia.

—Es Yolanda, Yolanda Reyes —respondieron un par de chicas que, como yo, no pudieron contener sus lágrimas al saber el nombre de la desafortunada.

—No puede ser... —enmudecí y, sin poder creer lo que me acababan de decir, avancé con dificultad hacia su habitación con la respiración agitada. Cuando ya quedaban pocos metros para llegar frente a su puerta, un corpulento

policía me cortó el paso con su brazo tan grande como un as de bastos, haciéndome sentir un ser insignificante.

—¡Señorita! —gruñó—. ¿Pero es que no ve que esto es una zona restringida? Usted no puede pasar.

Delante de mis ojos, varios policías, con su jefe a la cabeza, entraron en la habitación de Yolanda con el gesto aprendido de indiferencia. Allí dentro se estaba investigando un crimen y, al cruzar esa idea por mi cabeza, sentí como si el suelo se desplomase bajo mis pies. Me quedé quieta, congelada ante aquella visión. Sin poder oír bien lo que decían esos hombres. A través de los bíceps de aquel tipo, acababa de ver el balcón de la habitación de Yolanda, con las cortinas blancas agitándose a merced del viento que se había levantado esa mañana. Entonces lo comprendí. Era cierto. ¡Yolanda Reyes estaba muerta! Y mientras miles de escenas compartidas con ella se repetían en mi cabeza, me quedé absorta mirando la cinta blanca con la que la policía estaba precintado el umbral de la estancia. Yo había estado hablando con ella la noche anterior, y me parecía increíble que ahora no estuviera entre nosotras como una más. Hacía tan solo unas horas yo misma la había dejado en su cama:

—Debe de ser un error —murmuré sin que nadie alcanzara a oír mi voz todavía.

Aquello era algo incomprensible para mí. Yolanda amaba la vida, era toda alegría, por nada del mundo habría deseado un final así. Era una muerte tan repentina, que no tenía una explicación aparente, y me repetía a mí misma que todo debía de ser un error. Un grave error. Yo conocía a Yolanda, ella jamás hubiese hecho algo así.

—Alguien debe de haberla matado, seguro que es eso. Escúchenme bien, ¡deben investigar todo esto a fondo! —grité como una histérica, saliendo del colapso, para que todos me hiciera caso. El policía que me tenía en frente me miraba sobresaltado, sin saber por dónde sujetarme para bloquear mis puñetazos, que le debían de estar haciendo cosquillas. En pocas palabras, se me había ido la pinza. Allí en medio, delante de todas mis compañeras, parecía que me hubiese mordido un perro rabioso. Pero en ese momento no sentí vergüenza ninguna y, aunque sabía que estaba montando un espectáculo, seguí gritando como una energúmena para no ceder en mi intento de que me oyesen. Alguien acudiría ante tanto alboroto, ¡debían tener claro que Yolanda era incapaz de terminar con su vida!

De pronto, un hombre vestido de paisano, pero con una placa colgando del

cuello, apareció de entre el grupo de mujeres. Uno de los policías que habían venido a calmarme le susurró algo al oído mientras me miraban, y, de repente, me dejaron frente a él como si de mi niñera se tratase. Yo no entendí lo que sucedía en ese momento, lo único que quería era que mi corazón dejase de bombear tan rápido, porque me empezaba a doler la cabeza, y las migrañas no tardarían en aparecer. Reclamé de nuevo que alguien me escuchase, que se hiciese justicia, que buscasen al asesino de Yolanda porque lo más seguro era que estuviese todavía por el edificio viéndolo todo. Al oírme chillar de nuevo de aquel modo, el tipo que me atendía ahora me cogió por los codos con decisión y, apretándolos con fuerza para atraer su mirada sobre mí, quiso serenarme:

—¡Ya está bien, señorita! ¡Tranquilícese, por favor! —Esos ojos castaños habían conseguido abrazarse a mi dolor con tan solo un vistazo, hipnotizándome, sintiéndome comprendida en un instante. Así que me callé en seguida, obediente—. ¿Era usted amiga de Yolanda Reyes? —Y que formulase aquella pregunta en pasado me dejó helada.

—Sí, lo era —dije sin apartarme de él, con la respiración entrecortada.

—¿Estuvo con ella la noche pasada? —volvió a preguntarme sin soltar mis codos, aguantando a pulso parte de mi cuerpo, repasándome con rapidez de arriba abajo. Creo que mi camisón de vaquitas debió de dejarle alucinado. Eso, o la maraña de pelos que había en mi cabeza. Fuera lo que fuese, no parecía muy dispuesto a dejarme marchar.

—¡Escúcheme bien, señor agente! —alcé la voz liberándome de sus manos prensiles y poniéndome a la defensiva mientras tiraba hacia abajo de mi camisón sin mucho éxito. Me acerqué tanto a él que la mano que tenía apuntándole chocó con su duro pecho, y estuve a punto de golpearle presa de los nervios. Algo que nunca se me habría ocurrido hacer de no estar fuera de mí—. Sí, yo anoche estuve cenando con esa mujer, y le juro por Dios que no se ha suicidado. ¡Así que ya pueden estar buscando al asesino en vez de estar preguntándome tonterías, pedazo de inútiles! —El policía apretó su mandíbula, respirando con violencia. Aquello era desacato a la autoridad, y podría haberme esposado allí mismo por ello, pero no lo hizo. Ni siquiera me contestó. Solo me miró con recelo, aguantándose las ganas de darme un tortazo, supongo. Al menos, eso es lo que me había ganado por gritar como una borrega. Yo era unos cinco centímetros más baja que él, una mierdecilla delante de su cuerpo férreo e imponente, y sin embargo, le estaba plantando

cara como si tuviera todo el derecho a insultarle. Él parecía estar analizando la expresión de mi cara, más allá del enfado supino que tenía, llegando a descubrir las inmensas ganas que tenía de tirarme al suelo y llorar la muerte de mi amiga. Era un duelo de miradas, pero él me llevaba demasiada ventaja y no sabía por qué. Supongo que intentaba clasificarme en algún tipo de loca común, porque estaba para que me encerraran y tirasen la llave en ese momento. Mi corazón iba a mil por hora, y por mi frente empezaron a aparecer algunas gotas de sudor. Estaban sucediendo muchas cosas y muy deprisa esa mañana, demasiadas emociones se agitaban dentro de mí, y yo aún estaba en ayunas con una soberana resaca.

—¿Se encuentra usted bien? —El tipo de la placa tuvo que preguntármelo a bocajarro, porque mis piernas empezaron a flojear delante de él para sorpresa de ambos. Tuve que agarrarme de nuevo a él al comprender que iba a perder el equilibrio. «Oh, Dios mío, ahora no», pensé, sabiendo qué pasaría a continuación.

—Me voy a desmayar... —musité intentándolo avisar, mientras me hundía en sus oscuras pupilas. Estaba muy asustada, con el rostro lánguido mientras sentía uno de sus brazos rodeando mi espalda para no dejarme caer, haciéndome sentir acompañada a pesar de las circunstancias. No tardaría en derrumbarme en el suelo. Mi tensión volvía a jugarme una mala pasada, ¡y eso que ni siquiera había visto el cuerpo de mi amiga!

«Perfecto», pensé un segundo antes de cerrar los ojos y perder la consciencia, mientras oía a todas mis compañeras pedir a gritos un médico y el resto de policías acudían en mi ayuda.

## Capítulo 5: Despertar

(María)

Yolanda tenía razón, era el momento de despertar a la vida. Su muerte había hecho que tomara muy en serio su consejo de nuestra última noche juntas, y aquellas palabras empezaron a cobrar sentido para mí: no iba a seguir viviendo la vida a través de los libros, iba a tener la mía propia. Refugiarse en la escritura no era la solución. Debía recapacitar sobre mi actitud de estos últimos meses, y prestar más atención a lo que me rodeaba. Ver los toros desde la barrera podía ser divertido, pero un escritor de verdad no debía de tener miedo a lo que pudiera pasar, debía vivir con todas sus consecuencias. «El talento consiste en cómo vive uno la vida», decía Hemingway, y yo no vivía la mía, sino la de mis personajes.

Yolanda sabía que había empezado a perderme en mis propias fantasías, no porque yo se lo hubiera dicho, sino porque lo vio a través de mis ojos. Empleaba demasiadas horas escribiendo, apartándome por voluntad propia del mundo real. Cada vez me gustaba menos salir de los mundos que otros autores o que yo misma creábamos, me escondía en esas historias de amor como si fueran un laberinto de rosas: bello y peligroso a la vez. Y eso me estaba distanciando de la vida que me rodeaba de manera enfermiza. A veces pasaba días enteros sin salir de casa, sobre todo cuando tenía entre manos alguna novela, y las cosas no terminaban de cuajar como yo esperaba. No es que fuera tímida, o un ratón de biblioteca, sino que había decidido no ser más una estúpida. No iba a dedicar mi atención a un entorno que se me hacía hostil, no quería nadar contra marea. Hasta que me había convertido en escritora, no había tenido mucha suerte en general, con los hombres en particular, así que prefería escudarme tras las palabras para que no hirieran más mis



sentimientos. Me dedicaba a crear un universo paralelo, perfecto, ideal. Donde todo lo que deseaba ocurría a golpe de pluma. Sin esperar nada de nadie, porque en cierta manera las personas «de allá fuera» habían hecho que dudase de cada paso que daba. No creyéndome ser lo suficientemente buena como para ser yo misma.

Todo había empezado hacía unos tres años, cuando después de romper con mi última pareja terminé vomitando todo lo que me había hecho sentir sobre el papel. Sobre unas seiscientas páginas, en realidad (interlineado doble, Times New Roman tamaño 12). La historia era por supuesto inventada, pero la protagonista resultaba muy familiar para los que me conocían de cerca. Así que aquello que empezó siendo una mera distracción en mis descansos como opositora, terminó convertida en toda una señora novela. «¿Y ahora qué hago yo con esto?», me dije. Así que decidí probar suerte. Tras varios meses, cuando ya casi me había olvidado de mi breve faceta como escritora, me llamó la mismísima Teresa: «Nos gusta mucho lo que nos has enviado y queremos publicártelo». Fueron más o menos sus palabras, las mismas que me dejaron de piedra en medio de la calle camino del trabajo.

Esa era la primera vez que alguien valoraba mi trabajo de forma positiva, y por eso al principio creí que se habían equivocado al llamarme por teléfono.

—No, María. No me he equivocado, eres tú la persona con la que quiero hablar —me confirmó Teresa. Ese tipo de llamadas siempre eran muy satisfactorias para ella—. Aunque, ahora que lo pienso, estaría bien que fueses pensando en un seudónimo que te hiciera destacar un poquito más, ¿qué te parece? Piénsatelo mientras te enviamos el contrato.

Yo estaba dispuesta a tatuarme en el culo un Pokémon si hacía falta ¡Por fin algo me salía bien! En la oposición no habían salido los temas que me había estudiado, así que debería seguir trabajando en aquella tienda de golosinas hasta la próxima convocatoria. Y no es que ese trabajo estuviera mal, me dejaban comer todo el regaliz y las palomitas dulces que quisiera, pero lo de ser escritora sonaba mucho mejor. Así fue cómo me puse a escribir en los ratos libres, robándome incluso las horas de sueño, y a los pocos meses envié otra novela. Después otra, y otra, haciendo que Teresa pronto viera en mí un nuevo filón para la editorial.

Seis meses después, hice un nuevo contrato, nada que ver con el primero, y con el adelanto que me dieron decidí independizarme para dedicarme de lleno a la escritura. Aquella arriesgada decisión que me alejó de mi ciudad natal,

fue como abrir la caja de pandora para mi imaginación. Al principio pensé que podría quedarme en cama todo el día, con el pijama puesto y mi portátil sobre el cojín de escribir en mi regazo, tecleando hasta el anochecer sin que a nadie le importase, porque ahora ese era mi nuevo trabajo. Después me di cuenta de que también como escritora era necesario establecerse una disciplina, un reto diario traducido en número de palabras. Que, al convertirse en mi trabajo, escribir también conllevaría obligaciones. Puede que estas fueran menos pesadas, pero siempre serían algo fastidiosas al no querer ser una persona popular: entrevistas, presentaciones, eventos, cafés, etcétera... Compromisos a los que no podría negarme.

Fue Yolanda la que insistió en que coincidiéramos en Toledo. Acepté porque tenía muchas ganas de verla en persona de nuevo, aunque nos escribíamos casi a diario a través de las distintas aplicaciones, pero echaba de menos un buen achuchón de los suyos. Ella era muy de coger del brazo para pasear juntas, o estrujarte el hombro para que no huyeras de su abrazo, haciéndote así confidente de sus problemas, preguntándote sin tapujos por los tuyos: «Pero ¿cuándo le vas a dar una alegría a ese cuerpo, morena?». Por eso yo la sentía como de mi familia: la hermana mayor que nunca había tenido y de la que aún tenía mucho que aprender.

Creo que si me desmayé el día en que Yolanda murió, fue porque me di cuenta de que ya no podría escuchar más consejos suyos. Su muerte resultó ser un mazazo de realidad para mí, ella era uno de los pocos lazos que me ataban al mundo real, y ahora sentía que me iba a perder en mi propio mundo. Como un astronauta dando vueltas por el espacio sin un cable que le conecte a su nave.

Recuerdo que, cuando me desperté, oía voces distorsionadas como si salieran de una canción de Gorillaz. Estaba tumbada en la cama de mi habitación del hotel, bajo la atenta mirada del tipo que me había sujetado para que no cayera al suelo y una enfermera de la ambulancia que había venido a recoger el cuerpo de Yolanda. Al principio no supe qué había pasado mientras ellos hablaban. Quizás, llegué a pensar por un segundo, todo había sido fruto de un mal sueño y Yolanda seguía con vida.

—¡Hola! —saludó por fin el policía con una ligera sonrisa al verme parpadear, marcándose aún más las arrugas del final de sus ojos, alargando esa mirada camino entre la comprensión y la preocupación.

No contesté a ese sencillo saludo, asumiendo que la pose de aquel tipo era

falsa. Y sin más ceremonias, decidí levantarme notando en seguida que todo daba vueltas a mi alrededor.

—Va a ser mejor que te quedes tumbada un ratito más, cariño —dijo la sanitaria, mientras el policía impedía que me incorporase acercándose un poco más a mí—. Tienes la tensión por los suelos. ¿A que no has desayunado nada esta mañana?

—Y aunque lo hubiera hecho, nadie tiene el estómago preparado para despertar con una noticia así, ¿verdad, María? —añadió el policía.

Al parecer, le había dado tiempo para aprenderse mi nombre. Entonces me fijé de nuevo en él, era alto y ancho de espalda, aunque no tan corpulento como el primer agente con el que me había enfrentado. Advirtió que mis ojos recorrían la musculatura de sus brazos hasta llegar a las palmas de sus manos, grandes y fuertes, lo que entendió como una oportunidad para presentarse:

—¡Hola de nuevo! Me llamo Martín, Martín Correa. Dime, ¿cómo te encuentras? —A pesar de su exquisita amabilidad, lo volví a ignorar. No me gustaba su intento cutre de hacerse amigo mío de repente. ¿Qué quería de mí?

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —pregunté a la chica que estaba recogiendo sus cosas con una voz que no parecía la mía. Ella, apiadándose de mí, me respondió con cortesía:

—No mucho. Has tenido suerte, gracias a este caballero no tengo que curarte ninguna brecha en la cabeza. —Y guiñándome un ojo, continuó—: Así que dile que te deje pronto tomar algo más contundente que ese zumo, ¿quieres?

Yo asentí, y segundos más tarde se despidió de nosotros, dejándonos a solas en mi habitación.

—Gracias —farfullé aturdida mientras el policía me acercaba el zumo de piña que estaba en la mesita de noche, rozando mis dedos un instante.

Inspiré para hacer acopio de valor, de nuevo me sentía intimidada por aquellos ojos ambarinos que me escudriñaban. «Yo no tengo nada que temer, no he matado a nadie», me repetía. Pero estaba claro por qué él estaba aquí, lo más seguro es que sospechasen de mí, y lo habían mandado para que me interrogase. Dadas las circunstancias, yo también lo haría. Lo único bueno de todo eso era saber que barajaban la posibilidad de un asesinato, así que todavía había esperanza de encontrar al culpable.

El silencio entre nosotros hizo que la situación resultase muy embarazosa. «¿Cuándo iba a decirme algo?», pensé. No empezó a hablar hasta que me

terminé todo el zumo, demostrándole que también podía ser una niña buena cuando quería.

—Sé que la muerte de tu compañera ha debido de ser un shock para ti, pero me han pedido que te haga un par de preguntas antes de marcharme y dejarte descansar. Te prometo que el interrogatorio será rápido y sin dolor —explicó haciendo que dibujase una tímida sonrisa en mis labios. Aquello lo tomó como un signo de aceptación, y solo entonces cogió una silla y se sentó a mi lado junto a la cama, acortando de nuevo la distancia que nos separaba—. Y dime, María, ¿eráis muy amigas Yolanda y tú? —Martín había cambiado su tono de voz. Supongo que durante el tiempo que había permanecido inconsciente se había hecho una idea de cómo debía tratarme para sacar toda la información que necesitaba. Yo no iba a responder a nada con violencia.

—Escribíamos en la misma editorial, y coincidíamos en eventos de literatura romántica, como lo era este. Nunca sabré lo que ella pensaba de mí, pero yo sí la consideraba una muy buena amiga. Trabajar en lo mismo hacía que me entendiera mejor que nadie, y ahora se supone que ya no está aquí para hablar conmigo. —Aquella última frase la dije perdida en mis pensamientos, con los ojos fijos en algún punto de la pared que teníamos enfrente.

Martín seguía observándome con curiosidad pensando en mis palabras, si pretendía hacerme sentir un bicho raro, lo estaba consiguiendo. Me tapé con las sábanas hasta arriba, y él cambió de postura para apartar la vista de mí con disimulo. Entendí entonces que su intención no era incomodarme, sino todo lo contrario.

—Perdona, no pretendía... —se disculpó azorado, removiéndose en la silla como un niño pequeño, penalizándose así por esa distracción imperdonable. Volví a esconder una ligera sonrisa, después de todo, parecía humano.

De Martín Correa me gustaba la sombra de aquella barba cerrada que endurecería sus rasgos, para mí tan masculinos. Tenía la mandíbula cuadrada, bien marcada, coronada por una nariz romana que daba como resultado un perfil singular. Su pelo era castaño y arremolinado, lo que me hacía dudar mucho de que se lo hubiera peinado antes de venir aquí. Sin embargo, le había dado tiempo a perfumarse, o, al menos, su ropa olía muy bien. Era un perfume deportivo que me recordaba al olor del mar. Fresco, limpio. Me fijé entonces en su camisa, las mangas le venían justas a la altura de las sisas. Sería vieja, quizá su favorita, y por eso no quería desprenderse de ella. Eso me hizo pensar que a lo mejor sería de esos raros especímenes que suelen ser fieles a

sus novias. Sí, se le veía cara de buena persona, y tenía una bonita sonrisa. Algo canalla, quizás, pero bonita. Parecía joven, pero no más que yo. Lo que sí me quedaba claro es que estaba cansado, muy cansado. No dormía bien, o debieron de despertarlo de madrugada para que acudiera hasta aquí.

—¿De qué hablasteis ayer? —continuó preguntando cuando terminé el recorrido de mis ojos en sus labios—. ¿Estaba triste o apenada por algo?

—¡Al contrario! Hablamos de libros. De éxitos y fracasos literarios. De que tendría que salir más y escribir menos... —confesé en un arrebato de sinceridad.

—¿Porque sales poco o porque escribes mucho? —quiso saber Martín levantando la vista hacia mí con aire divertido, aunque eso no fuera relevante, lo incluyó en el interrogatorio.

—Me temo que soy culpable de las dos cosas, mi vida no es tan interesante como la de mis personajes. —Martín iba a añadir algo, pero decidió ceñirse al protocolo y ser un profesional, saltando en seguida a la próxima pregunta. De ese gesto deduje que era un tipo serio en el que sus compañeros confiaban siempre, aunque eso luego le pagase factura.

—¿Dirías que Yolanda era una persona inestable?

—No.

—¿Con ideas suicidas?

—¡No! —repetí incorporándome y abriendo mucho los ojos, como si hubiese insultado a mi amiga, algo que sorprendió a Martín.

—¡Lo siento! Escucha, María, esto solo son preguntas que he de hacer, no estoy insinuando nada. ¿Entendido?

—Está bien. Continúa, por favor —dije conforme, derrumbándome de nuevo sobre el almohadón.

—Piensa en esa conversación que mantuvisteis la otra noche. ¿En algún momento se volvió extraña para ti? ¿Hablasteis de algo inusual?

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—Dices que hablasteis de éxitos y fracasos. Puede que estuviera haciendo un repaso a su vida, como si estuviera despidiéndose de ti y de todo lo que amaba de ella —divagó el policía. Aquella forma de pensar me hizo girar la cabeza hacia él y mirarle con ojos nuevos. Nunca se me habría ocurrido tal cosa sobre Yolanda.

—¡No! Ella no haría eso. No estaba deprimida, ni era inestable, ni se estaba despidiendo de todos nosotros entre copa y copa. Lo siento, pero creo que esto

es una pérdida de tiempo. Tendrían que dejar de hacerme preguntas a mí y ponerse a buscar quién lo ha hecho —protesté negando con la cabeza.

—Bueno, María, en un principio no hay indicios de que haya sido un asesinato. De toda la gente con la que hemos hablado, solo tú apoyas esa teoría. ¿Estás segura de lo que estás sugiriendo? Quiero decir, si tú fuiste la última persona que estuvo con ella, serías la principal sospechosa, ¿te das cuenta de eso? —El policía parecía inquieto al señalar aquella posibilidad, como si le importase algo que me incriminasen.

—¿Acaso sospecháis de mí? —pregunté incrédula.

—Aquí todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—Entonces, no me creéis. Pensáis que yo también estoy un poco loca, porque era amiga suya, y encima antes he montado un numerito de cuidado en el pasillo.

—Yo no he dicho eso. Aunque el numerito de antes te lo podrías haber ahorrado, en eso te doy toda la razón. —Aquella respuesta me crispó los nervios otra vez. Al parecer, esas preguntas eran un mero formalismo. No podía creer que no se abriese una investigación como Dios manda por la muerte de mi amiga.

—Pero ¿cómo pueden creer que se suicidara!? Yolanda era la mujer más optimista y alegre que he conocido, pregúntale a cualquiera.

—Quizá esa es la imagen que le gustaba dar a la gente que le rodeaba, pero no era como se sentía en realidad. Eso suele pasar más a menudo de lo que te imaginas, María. Las cifras de muertes por suicidio superan a las de accidentes de tráfico, son más habituales de lo que nos gustaría reconocer. Quizás estaba pasando por una crisis, y la bebida la hizo aún más vulnerable. En realidad, nunca sabremos lo que pasó por su cabeza. Lo único que tenemos seguro por ahora es un cadáver junto a la piscina, y un bolso lleno de antidepresivos, nada más.

—¿Antidepresivos?

La duda terminó por callarme ante ese nuevo dato que me aportaba el policía. De repente me acordé de lo último que me dijo la pasada noche: «¡Cuídate mucho, mi niña!». ¿Habría sido esa su manera de decirme adiós, como me decía Martín?

—Todavía queda por saber el resultado de la autopsia. Aunque las causas de la muerte parecen obvias, todavía podríamos llevarnos una sorpresa. Nunca se sabe. —Martín se dio cuenta por la expresión de mi cara que no le estaba

escuchando. Todo parecía indicar que Yolanda sí quería quitarse la vida, lo que convertía su muerte en algo aún más misterioso para mí. Entonces me volví hacia él y le pregunté mirándolo a los ojos:

—¿Puedo hacerte yo una pregunta?

—Que sea fácil, por favor —dijo enseñándome de nuevo su radiante sonrisa.

—Tú venías aquí para hablar con ella, ¿verdad? No para investigar su muerte. —Impresionado por aquella deducción, asintió cabizbajo. Se notaba que él no era como los otros que aún rondaban por el pasillo de esta planta del hotel, a Martín le resultaba decepcionante haber llegado tarde y que Yolanda no siguiera ahora con vida.

—Venía para convencerla de que no se tirase, o, al menos, para saber cuáles eran los motivos que la movían a hacerlo. Siento mucho no haber estado aquí a tiempo, de verdad —masculló sin apenas voz.

—No lo sientas, no es culpa tuya. —Martín parecía haber oído una frase que bien podría haber dicho él—. ¿Sabes? Estoy segura de que te habría encantado hablar con ella, era una mujer única —dije a modo de consuelo, porque en ese instante parecía casi tan afectado como yo.

—Todos somos únicos, María —respondió con cierta tristeza sin dejar de mirarme. Y dejándome sin habla después de aquella frase, se despidió de mí levantándose de la silla—. Ahora, ya sabes. Desayuna bien, intenta serenarte, y no abandones el hotel hasta que mis compañeros tomen nota de todos tus datos y te den permiso para marchar.

Entonces, lo vi claro. La policía creía que Yolanda Reyes se había suicidado, e iban a dar carpetazo al caso al terminar el día. No importaría nada mi declaración, porque era la única que discrepaba del resto, y encima me había comportado como una desquiciada, lo que hacía que se restase importancia a mi juicio y opinión. Me quedé pensando qué podría hacer para demostrarles que se estaban equivocando mientras Martín se alejaba, que las piezas no encajaban de forma tan clara. En un segundo repasé todas las novelas policiacas que había leído a lo largo de mi vida, y se me ocurrió algo cuando menos probable: alguien podría haber entrado en la habitación de Yolanda después de que yo saliera de ella, y esa misma persona podría haber puesto las pastillas en su bolso, haciendo que la teoría del suicidio fuese mucho más creíble. «¡Sí, eso podría haber pasado!». Ahora solo tenía que convencer a la policía de mi teoría. De modo que, cuando ya se disponía a

salir de mi habitación, lo llamé casi a la desesperada:

—¡Martín! —Y noté cómo su espalda se envaraba al oír su nombre salir de mis labios—. ¿Me harías un último favor?

—Sí, claro. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —quiso saber ladeando su cuerpo, con el pomo de la puerta todavía en la mano.

—Verás... —«¡Dios!»—. Era muy difícil hablar con él cuando me miraba con aquella intensidad, era un maldito detector de mentiras—. Pensarás que soy una chica muy testaruda, pero es que no termino de verlo claro. Lo más seguro es que no sirva de nada, pero me gustaría saber si alguien más entró en la habitación de Yolanda después de irme yo, ¿tú sabes si el hotel tiene sistema de vigilancia? ¿Crees que me dejarían ver las imágenes de ayer noche?

Martín me miró con sorpresa, como si le hubiese pedido una cita o algo así. Entonces cerró de nuevo la puerta de la habitación sin hacer apenas ruido y, acercándose de nuevo hacia mí con un par de pasos, me preguntó:

—¿No estarás pensando en investigar esto por tu cuenta?

—¿Yo? ¡Qué tontería! Soy escritora de novelas románticas, a mí la acción y el suspense no me van. Era solo una pregunta.

El policía desconfió de mi respuesta. Y tras cruzarse de brazos escudriñándome con la mirada, dibujó de nuevo esa sonrisa canalla que había detectado en sus labios. Mi plan era solicitar esas imágenes para que ellos también pudieran verlas. Por eso había pensado utilizar un pequeño truco de sugestión femenina para que terminasen haciendo lo que yo quería, aunque pensándomelo mejor, quizás ese hombre no era la persona más adecuada para intentar embaucar. Le sonreí de la manera más falsa posible, porque sin decirme nada, supe que había descubierto todos mis planes. Mis malignas intenciones habían sido descifradas sin problemas por aquel tipo que, al parecer, leía en mi mente como si de un libro abierto se tratase. Era la primera vez que un hombre adivinaba lo que pasaba por mi cabeza, algo que, además de sorprendente, me resultaba encantador por su parte.

—Veré lo que puedo hacer, pero no te prometo nada. En realidad, no soy de ese departamento, ¿lo entiendes? No es ético que vaya enseñando pruebas de mis compañeros así como así.

—Lo entiendo, claro. Pero no me niegues que existe una posibilidad, aunque yo entre en ella, de que alguien haya matado a Yolanda —añadí con seguridad.

Martín salió de mi habitación meneando la cabeza, quizá asombrado por mi obstinación y perspicacia. Yo, por mi parte, estaba contenta del resultado de



aquella entrevista. Había sembrado la duda en Martín y, gracias a eso, el caso de Yolanda seguiría abierto. Al menos, por ahora.

## Capítulo 6: Últimas palabras

(María)

Teresa me había rogado que escribiese un discurso en el sepelio en honor a Yolanda Reyes. En la editorial habían organizado una pequeña ceremonia unas semanas después de su muerte, donde acudirían gran parte de sus compañeros y amigos, incluida Lorena, su hermana pequeña, que también era escritora. Me sentí abrumada por que hubieran pensado en mí para aquella petición, ya que seguro sería un blanco fácil para las lenguas viperinas de algunos autores que no tendrían escrúpulos en juzgar mis palabras, pero decidí no rechazar aquel compromiso. Iba a darle voz a mis ideas en aquel discurso, todos verían mi punto de vista, y esperaba coincidir con la de muchos: «Yolanda amaba estar viva, no era ninguna suicida». Sabía que confirmar tal cosa delante de todos levantaría la polémica. Hasta la fecha, y después de haber encontrado esas pastillas en su bolso, la prensa solo se había hecho eco de la idea del suicidio como única opción para la muerte de Yolanda. Algo que para mí seguía siendo incomprensible.

Todavía no hacía mucho calor en aquella mañana de junio, a pesar de ser mediodía. El cielo estaba encapotado, y se podía pasear por la rosaleda del parque del Oeste, como cualquier turista despistado después de una larga visita al Prado. Me había perdido en aquel paraje con la intención de encontrar la inspiración para esas últimas palabras que debía dedicar a mi querida amiga, pero la sombra de la duda sobre las causas de su muerte hacía que mi pensamiento no tuviese el sosiego necesario para escribir algo que mereciese la pena.

¿Quién podría haber sido? ¿A qué clase de persona abriría la puerta Yolanda para dejarla pasar, y terminaría arrojándola al vacío simulando un

suicidio? ¿Cuáles habrían sido las razones que le habían llevado a hacer semejante atrocidad? Quitar la vida a alguien me parecía el mayor de los delitos, sobre todo cuando se trataba de alguien como Yolanda, de la que se podía decir que cualquier libro suyo era una obra de arte. Pensé en todos los proyectos que tenía en su cabeza, los cuales no llegarían a concluirse por aquella muerte precipitada. Habíamos perdido a una mujer excelente, además de a una gran escritora. Ser amiga suya había sido todo un privilegio para mí, y así se lo hice entender a la policía cuando me interrogaron por segunda vez. En aquella ocasión no fueron tan atentos como lo había sido Martín conmigo. Ni siquiera quisieron decirme nada de manera extraoficial, por eso tampoco pudieron sacar nada de mi declaración: «Sí, lo sé. Sé que yo fui la última persona que la vio con vida. O, al menos, la última antes de que el asesino se la arrebatase».

Debí haberle hecho caso a Yolanda aquella noche. Tendríamos que habernos ido a bailar o a tomarnos algo, prolongando aquella velada hasta la madrugada. ¿Por qué fui tan sensata? ¿Por qué no le hice caso? Quizá así le hubiese salvado la vida...

Acababa de sonar *Saltan chispas* de Rozalen en mis auriculares, y con aquella canción terminó la lista de reproducción que había preparado para ese día. El silencio se apoderó de mí, marcando mis pasos por aquel parque, y la sensación de que me había quedado sola en el mundo me envolvió helándome la sangre. Ya no oiría más la risa espléndida de Yolanda, ni ella conseguiría hacer que me olvidase de mis propios miedos. Ahora ella era un fantasma que rondaba mis pensamientos, esperando que encontrase al culpable que había terminado con su vida.

Me mordí el labio inferior hasta distinguir el sabor metálico de la sangre en mi boca; aquella era una costumbre de mi época de estudiante que debía desterrar algún día, porque no era nada sano. Solía pasarme cuando estaba muy concentrada pensando en algo, como ahora imaginándome posibles sospechosos.

En la escena del crimen, hasta donde yo sabía, no habían desaparecido joyas o dinero. De modo que, quien fuera que hubiese entrado, lo había hecho con la única intención de matarla. Debía de ser alguien de su entorno, al que conociese bien, tanto como para dejarlo entrar en plena noche. Posiblemente alguien frío, inteligente, que pretendía fingir un suicidio y salir impune después de haber cometido un cruel asesinato.

Bufé desesperada, la lista de nombres que rodeaban a Yolanda era infinita. Ya solo con las parejas que había tenido ese último año tenía como para hacer un equipo de fútbol, pero tampoco estaba claro que hubiese sido un crimen pasional. ¿Tendría problemas económicos? ¿Estaría utilizando a un negro literario para sus escritos y se habría cansado de que lo explotasen? ¿Se habría acostado con algún hombre casado y habían querido cobrarse de aquella manera su infidelidad?

—¡Si al menos tuviese esas imágenes que le pedí a Martín! —suspiré en voz alta, pues no sabía nada del policía después de aquel día en el hotel.

Me sentía muy perdida. Necesitaba ayuda. Tenía demasiados datos y no sabía cómo filtrarlos. Alguien que conociese a Yolanda y que tuviese mejor perspectiva que yo en este momento, para que me ayudase a discernir dónde hacía aguas esta historia. Pero ¿quién me podría ayudar? En seguida mi cabeza pensó en Martín, pero de igual modo lo rechazó al instante. Debía ser coherente. Primero, él no había tenido el placer de conocer a mi amiga Yolanda. Y segundo, pero más importante, él jamás me ayudaría a investigar este caso porque yo misma le había prometido no hacerlo. Además, ya se estaba comprometiendo bastante buscando para mí esas imágenes y, después de todo, parecía un chico serio.

¿Entonces? ¿Con quién podría contar para asesorarme un poco en esto de averiguar quién es el asesino? Mis pies me llevaron al Templo de Debod, aquel sitio siempre me ayudaba a pensar, y mi cuerpo me había traído hasta allí porque sabía que lo necesitaba.

Mientras admiraba aquellas construcciones egipcias una vez más, me formulaba la misma pregunta una y otra vez. Me senté en un banco para deslizar un dedo sobre la pantalla de mi móvil buscando información intrascendente sobre la vida de Yolanda. Quizás algo de lo mucho que se había dicho sobre ella me pudiese ayudar. De pronto, uno de los titulares hablaba sobre su romance con Sancho Herranz, un conocido escritor de novela negra que había sido inspector privado en el pasado. Me metí en la noticia y la leí al completo ¡Pues claro, Sancho Herranz! Aquel hombre seguía manteniendo todo su atractivo a pesar de la edad, y había formado con ella una pareja ideal en su época. Fue todo demasiado rápido, pero su noviazgo fugaz era de los pocos que se había convertido para la escritora en una buena amistad. Y Yolanda era de las que siempre mantenía en gran aprecio a sus amigos.

Me puse de nuevo en camino hacia la plaza de España cuando me asaltó

otra pregunta: ¿Y si él fuera el asesino? A pesar de sus conocimientos en la materia, no veía a Sancho matando a Yolanda. Era de esos tipos cuya elegancia los precedía, o al menos esa era la imagen que siempre había trasladado de cara a la prensa. Antes de hacer algo tan sucio él mismo, seguro que habría contratado un sicario. Sin embargo, no lo veía tan estúpido como para hacer eso. Los asesinos a sueldo solo buscan dinero, y pueden venderte en el mejor de los casos. Por el contrario, tenía motivos suficientes como para querer saber quién había matado a Yolanda, si es que se confirmaba mi teoría. Y solo la podría refutar empezando a investigar como un verdadero detective privado, tal y como él había sido en su pasado.

Mis labios dibujaron una sonrisa de satisfacción: ¡Tenía un plan! En efecto, pronto empezaría a crear una lista de sospechosos reales a los que acosar hasta resolver el misterio de la muerte de Yolanda. Ahora solo me quedaba convencer a Sancho Herranz para que me prestase su ayuda.

## Capítulo 7: Sancho

(Sancho)

Por el tono o las palabras escogidas en su discurso, aquella chavala había dejado en la sala un ambiente enrarecido que nos hizo incomodarnos a todos, sobre todo a Lorena, la hermana pequeña de Yolanda. Por eso tardamos en aplaudir. «¡Pobrecilla!»; pero es que ninguno de nosotros estaba preparado para escuchar tantas verdades juntas en honor a la difunta. No porque no hubiese gustado lo que había dicho, hasta cierto punto reivindicativo, sino porque había sabido trasladarnos a la perfección su enfado y crispación por el suicidio inesperado de nuestra amiga y compañera, Yolanda Reyes.

Lo sorprendente fue, bendita mi ignorancia, que apenas sabía de la existencia de esta joven *speaker* que Teresa nos había presentado como un hito en la literatura. «¿Perdona? ¿Tanto tiempo llevo apartado de la vida social?». Esa niña debía de haber acabado hacía dos días la universidad, ¿y ya era una superventas? ¡Ja! Si pensaba mal, seguro que acertaba.

Yo nunca la había visto antes, ni siquiera de pasada, y de veras me acordaría de esa cara redonda de mejillas sonrosadas, con unos impresionantes ojos marrones, o esos labios gruesos y sugerentes que apenas sonreían. «Toma pan y moja», me dije bajando la mirada, perdiéndome por sus generosas curvas. Era como una musa de Bigas Luna en carne y hueso.

Sin embargo, lo que hizo que no pudiese apartar la vista de ella no fueron ni sus argumentos tan bien escritos, ni esa cara que me recordaba a la Jacqueline Bisset de los años sesenta, sino por otras dos buenas razones. Ya me entendéis. ¡Lo sé, lo sé, no tengo perdón! Diré en mi defensa que la culpa de todo la tenía ese top de escote lencero que llevaba. Aquello se movía al mismísimo son de la lambada en mi cabeza, y era casi imposible no querer

imaginarse lo que habría allí dentro bamboleando como la gelatina. No es que yo tuviese la mente sucia, es que pocas veces uno puede enfrentarse a una muestra tan voluptuosa de encantos femeninos. Por eso cuando Teresa se acercó a mí con una sonrisa: «¡Joder!», supe que la muy perra me había pillado mirando lo que no debía.

—¿Quieres que os presente? No sabía que ahora estabas interesado en nuestras jóvenes promesas de la romántica. —Fue inevitable, tuve que encajar aquel comentario con una sonrisa artificial.

—¿Romántica, dices? —pregunté levantando una ceja y fingiendo no haberla escuchado, mientras notaba cómo su mano se deslizaba con lentitud sobre mi hombro—. Déjalo. No creo que sea el momento más indicado, la chica está muy enfadada con el mundo.

Teresa no era mi editora, yo trabajaba para otro sello especializado en novela de suspense de la misma editorial. Sin embargo, ambos llevábamos tanto tiempo en este mundillo, que nos conocíamos muy bien. Demasiado, diría yo.

—Pensé que no vendrías... —comentó arreglándome el cuello de la camisa con familiaridad—. No tenías ninguna obligación, no era tu compañera.

—Habíamos coincidido en un par de ferias gracias a vosotros, que siempre nos ponéis en paquetes de dos por uno, sin importar el género que escribimos. Yolanda me caía bien. Pienso que, como esa chica ha dicho, su muerte ha supuesto una gran pérdida.

—¡Y que lo digas! —carraspeó Teresa sin ninguna compasión, en un intento absurdo de quitarse aquel mal sabor de boca que arrastraba estos días tras aquella mala noticia. Por cosas así no me costaba imaginar a esa mujer con una caja registradora en lugar de corazón. Excepciones aparte, Yolanda había conseguido llegar a mucha gente, y ahora todos los allí presentes nos sentíamos un poco más solos sin ella.

—Si me lo permites, voy a seguir saludando —se disculpó Teresa mientras besaba mi mejilla. Y, recordando viejos tiempos, aprovechó la cercanía de nuestros cuerpos para bajar su mano y tocar mi trasero. «En fin, qué le vamos a hacer».

Después de aquel incidente, sentí la mirada de aquella joven escritora a pocos metros de donde yo me encontraba. Ella me observaba desde su posición privilegiada, todavía en aquel atril del escenario, inclinada hacia delante, lo cual hacía que se abriese un poco más su amplio escote. Seguía

muy seria, pensativa, pero al comprobar que sus ojos, o sus pechos, habían terminado llamando mi atención, dibujó una sonrisa casi imperceptible. «*Oh là là!*», dijo mi pene, asegurándome que aquello había sido un auténtico flechazo. Acababa de encontrar una nueva debilidad para sumar a la larga lista que ya me tenía convertido en un total irresponsable.

He de reconocer que me halagó. Se la veía tan dolida por la muerte de Yolanda, tan indefensa ante la pérdida de un ser querido, que fue bonito verse como el motivo de alegría de aquella pobre niña. Además, ese cuerpazo de diosa de la fertilidad me tenía cautivado, y ya no veía tan mala idea el hecho de presentarnos. Por lo visto, ella estaba dispuesta a hablar conmigo. Y yo aceptaría de buen grado mantener una conversación, o lo que surgiese, con ella.

Dejé que atravesara toda aquella sala acercándose a mí, relamiéndome al pensar lo que podría hacer con ella, si era eso lo que había venido a buscar. Lucía un impecable traje de chaqueta negro que se amoldaba a su figura, curvilínea e insinuante. Divisar todo aquello me puso tan burro, que tuve que meter las manos en los bolsillos del pantalón para cambiar de postura y controlarme un poco. Mis dedos encontraron entonces aquella pequeñísima libreta que siempre utilizaba para anotar cualquier cosa que resultase interesante para mi próxima novela. Sí, la misma que debería estar terminando y no había cojones de empezar.

—¿Sancho Herranz? —preguntó la chica con una voz muy amable, volviendo a sonreír con sutileza, mientras su melena oscura se esparcía por sus hombros como si de un abanico azabache se tratase.

—Sí, ¿y tú eres?... —Lamenté entonces no haberle preguntado antes a Teresa cómo se llamaba, ¡me habría venido de perlas en ese momento!

—Me llamo María, María García. Pero firmo con el seudónimo de Heather Wright. Seguro que ha oído hablar de mí. —Asentí, aunque ninguno de los dos nombres me decía nada, claro está. Mentir se me daba muy bien en estos casos, y crucé los dedos para que no me pidiese la opinión sobre sus libros.

—¡Claro que sí, María! Ahora recuerdo. Pero, por favor, tutéame. Quiero pensar que no soy tan viejo.

—¡Oh, por supuesto que no lo eres! Discúlpame, de verdad. Más que por educación, es simple admiración. —Era como si un perenne haz de luz la siguiera a todos lados. De lo joven y hermosa que era, brillaba con total naturalidad delante de todos nosotros.



—Vaya, María. De nuevo no sé cómo tomarme eso. Es como si me fueras a dar el premio a toda mi trayectoria cuando aún no me he muerto. Yo no admiraría a un tipo como yo. No he hecho nada importante, solo escribir.

—¡Pero escribir es importante! Sobre todo como usted lo hace. —Y, cerrando los ojos después de escucharse, se corrigió—: ¡Perdón! Como tú lo haces. Leer cualquiera de tus novelas es un verdadero placer.

—¡Y hablando de placeres! —corté a mi nueva fan número uno. Ahora no llevaba muy bien que me hicieran la pelota, hacía meses que no escribía nada que mereciese la pena, y me veía a mí mismo como un auténtico fraude—. Tu discurso me ha parecido muy intenso, fuera de los tópicos, ¿escribes siempre así?

En ese momento fui testigo en primera persona de cómo se ruborizaba mi interlocutora debido a mis palabras, y aquello me hizo pensar de nuevo en lo joven que era. ¿Cuántos años tendría? ¿Veinticinco? Puede que alguno más, pero seguro que no más de treinta.

—Muchas gracias. La verdad es que ha sido un honor escribir este discurso para Yolanda, sentía un gran aprecio por ella. Todavía me parece increíble que ya no esté aquí... —La chica abría y cerraba los ojos, todavía un poco emocionada, seduciéndome con sus larguísimas pestañas. Era todo un espectáculo para mi virilidad.

—A ella le habría encantado oírlo, nos has dejado a todos pensando sobre lo injusto de una muerte así —comenté sorprendiéndome a mí mismo; con una cara tan dulce al lado salían solas las palabras—. Perdona, no pretendía cortarte. Por favor, continúa.

—¡No, para nada! Era lo que pretendía. Sabía que hoy habría muchos escritores escuchando capaces de hacer un elogio fúnebre mucho mejor que el mío, tú mismo, por ejemplo, pero no todos la conocían tan bien. Quizá, junto a Lorena, yo sea de las pocas personas con las que se mostraba sincera. Por eso para mí sigue siendo incomprensible que Yolanda terminase suicidándose. Ella nunca haría algo así, no encaja con su personalidad.

—Pues a Lorena, precisamente, no le ha gustado mucho tu discurso. Se ha ido antes de que terminases de hablar.

—Contaba con ello, estaban muy unidas y todavía está dolida por la muerte de su hermana. Es comprensible. Yolanda nos ha marcado a todos.

—Tienes razón. —Recapitulé todo cuanto había dicho aquella jovencita, y mordiendo la patilla de mis gafas, añadí—: Entonces, según tu discurso,

¿piensas que Yolanda no se suicidó? —tuve que preguntarle esbozando una sonrisa que no le gustó demasiado. De hecho, a mí también me había extrañado la primera vez que me lo dijeron, pero lo di por hecho al no haber indicios de otra cosa según las noticias.

María estaba otra vez muy seria, y mirándome como si acabase de leer sus pensamientos, me preguntó afectada:

—¿Desde cuándo una suicida no deja una nota de despedida para sus amigos y familiares? ¿Qué clase de escritora no reserva unas frases para su último adiós? Una mujer que podía pasarse horas hablando de sentimientos, que lograba emocionarnos a todos con sus escritos, habría dicho algo antes de arrojar al vacío, ¿no crees? —Sus pupilas se clavaron en mí como puñales pidiendo justicia, dejándome helado al instante. Aquella chica tenía una fuerza descomunal en su interior cuando se trataba de defender a su amiga—. Yolanda no era Virginia Wolf, más bien todo lo contrario. No, no es que lo piense, es que lo sé. Yo estuve con ella la última noche antes de su muerte, y lo último en lo que hubiera pensado ese día era en tirarse por el balcón de un hotel.

## Capítulo 8: Buscando al Dr. Watson

(Sancho)

Después de aquella ceremonia, María García o Heather Wright, como le gustaba llamarse, me pidió que habláramos en privado unos minutos. Por un momento pensé que ese era mi día de suerte, pero después de hablar con ella comprendí que no había nada más lejos de la realidad.

Quedamos en una panadería cerca de la editorial, una de esas con pinta *vintage* en las que ahora les ha dado por hacer doscientos tipos de pan, porque ahora hacer pan está de moda. Con espelta, centeno, y mil chorradas más. Vamos, pan de cuatro euros, pero que no deja de ser pan.

Ella estaba sentada en una mesa junto a la ventana, dándole vueltas a una infusión con la mirada perdida en el cristal. El cielo volvía a estar cubierto por una madeja de nubes grises que no auguraban nada bueno. Este mediodía, en el telediario, habían anunciado que pronto llegarían esas temidas tormentas de verano, y en los pueblos ya estaban preparándose para nuevas crecidas de los ríos que lo arrasarían todo.

Aproveché que aún no había reparado en mí para contemplarla mientras me acercaba. Era guapa, muy guapa. Aunque también muy joven para mí. La muerte de Yolanda debía de haberla afectado mucho porque de nuevo tenía el semblante triste mientras jugaba con el azúcar que no se había echado, empujándome así a hablar con ella de forma irremediable.

—¿Heather Wright? —le pregunté para despertarla de sus pensamientos mientras tomaba asiento a su lado. Ella asintió regalándome una sonrisa angelical, agradecida porque me hubiera presentado a la cita tal y como le prometí, queriendo en seguida invitarme a tomar algo.

—Un café con hielo, por favor —pedí a la camarera cuando se acercó lo

suficiente.

—¿Un café a estas horas? ¿No teme desvelarse? —quiso saber con interés. María debía de ser una de esas niñas educadas y correctas, que habían ido a un colegio de monjas sacando todo sobresalientes, pero me mataba llamándome de usted cada vez que nos veíamos, aunque fuera de un modo muy cortés.

—Lo que me quita el sueño es que me veas tan mayor como para no poder tutearme.

—¡Lo siento, lo siento! —se lamentó negando con la cabeza, como si hubiera cometido una torpeza imperdonable—. Es cierto. No sé por qué lo hago, no eres tan mayor en realidad.

—El problema es que tú eres muy joven. Solo de estar sentado aquí contigo, me va a salir acné. —María humedeció sus labios con coquetería para disimular una sonrisa mientras pasaba un mechón de su pelo por detrás de la oreja—. En serio, por eso no me gusta ser famoso, la gente sabe todo sobre ti y tú nada de ellos. —Deberían encerrarme por ser un asaltacunas sin remedio, estaba flirteando de forma descarada con esa señorita, pero es que no podía evitarlo estando tan cerca de mí.

—Sí, de hecho, sé muchísimas cosas sobre el gran Sancho Herranz. Llevo leyendo tus libros desde que era una niña. —Su voz comenzaba a coger fuerza conforme hablaba, apartando de ella ese halo de timidez que la había envuelto por completo al principio de nuestra presentación.

—¡Oh, vaya, gracias! Ahora sí que me siento mucho mejor. Me acabas de llamar viejo en toda la cara. Eso ha sido un golpe bajo, que lo sepas.

—No, por favor, no me malinterpretes. Tú sabes bien que no eres ningún anciano. Las revistas te siguen llamando para salir en sus portadas, conservas esa pinta de hombre culto interesante, eres todo un galán. Con esas gafas de pasta negra, tu pelo rubio algo alocado, y esa voz ronca de locutor de radio. Eres como la imagen perfecta de un perfume para maduritos. Uno de esos con los que nunca fallas. —Y de repente su carita se iluminó valorando en decirme o no lo que se le acababa de ocurrir—. Uno que toda buena hija regalaría a su padre, tipo *Old Spice*.

—¡Me voy! —protesté levantándome de mi asiento, mientras ella tiraba de mi brazo para que me sentase otra vez entre carcajadas cada vez más sonoras. Al final, le hice caso. Aquella chica me gustaba más y más.

—Sancho, no te lo tomes a mal. En la mayoría de las novelas románticas el

chico es algo mayor que la protagonista, aquí no sería muy diferente. Ya sabes que la experiencia es un grado, y ese es tu mayor atractivo.

Ahora fue María la que me hizo sonreír, ¿estaría ella también coqueteando conmigo? Hablaba acercándose a mí de forma melosa y sosegada, explotando al máximo sus armas de mujer, de eso no cabía duda. Fuera lo que fuese lo que quisiese, estaba seguro de que se lo daría.

—En realidad, me siento como Bill Murray en *Lost in Translation*, así de mayor me veo cuando estoy contigo —contesté agradeciendo que por fin llegase mi café.

—¡Pues a mí me encanta esa película! Eso significaría que yo soy Scarlett Johansson, lo cual es muy de agradecer por tu parte. Aunque, por otro lado, no nos parecemos en nada.

—Tienes razón, tú estás más buena —le espeté sin ningún reparo, y mi confesión hizo que escupiera la infusión que llevaba en la boca.

—¡Vaya, gracias! —contestó al rato, después de haber secado la mesa con un manojo de servilletas, evitando así levantar su vista hacia mí. Cuando por fin lo hizo, aproveché para guiñarle el ojo, gesto que terminó por acalorarla por completo. Lo dicho, era una niña.

—Bueno, hija, ¿y de qué querías hablar? —le pregunté asumiendo mi papel de padre.

María cogió aire y, sin más preámbulos, me explicó lo que había sucedido hacía unas semanas en aquel hotel de Toledo. Lo extraño de una muerte que terminó en un suicidio sin notas, sin avisos. Y cómo había convencido a un policía para que continuaran con la investigación, la cual casi habían zanjado al encontrar aquellos antidepresivos en su bolso.

—No tomaron huellas, ni buscaron más evidencias. Me hicieron algunas preguntas, pero nada más. ¡Nada! ¿Te lo puedes creer? En cuanto encontraron aquellas pastillas creo que se olvidaron del caso. ¡Y estoy segura de que alguien está detrás de su repentina muerte!

—¿Cómo puedes estar tan segura de que no siguen investigando? Dices que te interrogaron, y que habían restringido el paso a su habitación, que tenían acordonada la zona con una cinta blanca. Si hicieron eso, seguro que habían solicitado esas imágenes antes de que a ti se te ocurriera. Perdona, pero es más que evidente. A lo mejor ese policía no te lo quiso decir, para que no te sintieses mal, pero estarán barajando todas las posibilidades —respondí intentando hacerle ver la situación desde mi punto de vista.

—Bueno —balbuceó—. Martín, quiero decir, el policía, cogió mi número de teléfono. No sé, confiaba en que me llamaría si encontraban algo. Él me lo prometió, y parecía un tipo de palabra.

—¿Ah sí? —insistí mirándola de arriba abajo—. ¡Vaya, vaya con mi nueva amiga! ¿Y sueles ir por ahí dando tu teléfono a los policías?

—¡No es lo que tú piensas! Tomaron los datos de todas nosotras, y nos pidieron que estuviéramos atentas a los móviles por si necesitaban más información.

—Por lo tanto, siguen investigando —añadí apuntándola con mi dedo, pues me estaba dando la razón.

—Puede que sí. Solo que, no sé, pensé que podría averiguar algo más gracias a esas imágenes. De hecho, contaba con ellas para seguir con la investigación.

—Entonces, ¿estás investigándolo por tu cuenta? ¿Por eso querías tirarte a ese policía? ¿Para que él te diera las pruebas? —Y, después de recibir un buen pisotón, supe que María no solo lo parecía, sino que era una mojigata.

—¡No seas mal pensado! Ese tipo era un profesional, se notaba que se tomaba su trabajo muy en serio, estaba casi tan apenado como yo al saber que Yolanda había muerto. Él, en realidad, venía a hablar con ella para que no se suicidase, pero cuando llegó ya no había nada que hacer. —Y al decir aquello, María dejó de hablar de repente, ladeando la cabeza pensativa como si acabase de descubrir algo.

—¿En qué estás pensando?

—¿Quién llamó a la policía?

—¿Qué?

—Si Martín vino al hotel es porque alguien la vio con vida asomada al balcón, y por eso avisó a la policía, ¿no?

—Psss —dije pensando en lo que decía, cada vez más arrebatada.

—¡Entonces!, ¿quién fue?

—Alguien que también estaba hospedado en el hotel, supongo. ¿Una compañera vuestra? —respondí a voleo, sin saber muy bien qué estaba tramando aquella jovencita.

—Pero nadie allí parecía saber nada hasta que la camarera encontró el cuerpo. ¿Quién fue entonces? —me volvió a preguntar girándose completamente hacia mí, mirándome a los ojos como si en mis pupilas estuviese la respuesta.

—Pues pregúntaselo a tu amigo el policía, seguro que él lo sabe. Y, si no lo sabe, no te preocupes, que seguro lo averiguará por ti —le expliqué bebiéndome el café de un trago.

—¡Lo haré! —respondió mirando con fijeza a la puerta, como si estuviera a punto de salir. Pero al segundo, preocupada, se giró hacia mí de nuevo—. ¿Y si no quiere decirme nada? La última vez que nos vimos le prometí que no intentaría investigar por mi cuenta la muerte de Yolanda.

—Y luego me preguntan que por qué todas las mujeres de mis novelas son unas mentirosas... —comenté con ironía subiéndome las gafas por el puente de mi nariz.

—¡Los hombres también mentís, y no solo en las novelas! —saltó la fierecilla.

—Bueno, mujer, no te alteres así. Si no te quiere facilitar esos datos, creo que tienes cuerpo y cabeza suficiente como para obtenerlos sin dificultad. Tú ya me entiendes.

—¡Sancho Herranz! ¿Pero con quién te crees que estás hablando? Yo no soy como esas mujeres recauchutadas de tus novelas.

—No, eres de carne y hueso, lo que está cien mil veces mejor. Chiquilla, si yo tuviera esas peras, no habría hombre en este mundo que se me resistiera. —Aquello escandalizó a mi escritora, y se llevó de inmediato una mano al escote.

—¡Las mujeres no hacemos eso!

—¿Ah, no? Si yo te contara, querida.

—Déjate de bromas, necesito tu ayuda. Sé que fuiste investigador privado durante años, antes incluso de empezar a escribir novelas de suspense. Quiero que me des los pasos a seguir para poder resolver este misterio, con o sin ayuda de la policía, necesito a alguien que me crea y que me diga que podemos encontrar a la persona que mató a Yolanda. —Después de aquella confesión, me pareció aún más desamparada de lo que me había parecido en un principio.

—¿No ves como resultas muy convincente cuando quieres? Aunque si te hubieras inclinado un poco más hacia mí, habrías estado mucho mejor. Recuerda que, como tú muy bien has dicho, la experiencia es un grado, y ahora la experiencia te dice que «tiran más dos tetas que dos carretas».

—¿Y tú por qué nunca has escrito un libro de humor si te crees tan gracioso? —Su mirada cargada de odio reverberaba en su rostro,

provocándome una sonora carcajada.

—¡Eres buena, Heather Wright!

—Entonces... ¿me ayudarás? —preguntó sin dar más pábulo a mis bromas.

—De acuerdo, trato hecho. Ya veré después con qué me pagas los servicios prestados —me animé a decir estrechando su mano.



## Capítulo 9: Un mal día

(Martín)

—Vale, Correa, desnúdate. El sinvergüenza ha pedido que entres en paños menores. Dice que no quiere que oigamos nada de vuestra conversación, pero que tampoco se fía mucho de ti porque eres madero, así que ten cuidado. — Esas eran el tipo de cosas que me pedían ahora como negociador y, en la medida de lo posible, yo debía aceptar sus condiciones. —Espero que te hayas puesto los gayumbos limpios, macho, porque tienes a todas las cadenas de televisión allí fuera —bromeaba mi compañero antes de que saliera de la furgoneta.

Un hombre, cocainómano, había perdido la custodia de su hijo por malos tratos y se había atrincherado con el crío en la casa de los suegros, ellos incluidos. Llevaba un arma y amenazaba con quemar la casa por haberle hecho la vida imposible. Esas eran el tipo de cosas que amenizaban ahora mi jornada. Una operación que habría pasado inadvertida hasta que llegó la prensa, porque al tipo le había dado por llamar a todos los programas de la tele para que se hiciesen eco de su historia.

Gracias a aquella intervención, que terminó con la liberación de la familia y el pobre desgraciado pidiendo perdón a las cámaras con las manos esposadas a la espalda, volví a salir en los telediarios.

—¿Quién sabe, tío? A lo mejor ahora te llaman para anunciar algo. Siempre te he dicho que esa tableta tuya me pone muchísimo —continuó con el chiste mi compañero, mientras yo fingía no oírlo subiéndole la voz a la radio y haciendo que el *Take Me Out* de Franz Ferdinand lo convenciese para que no siguiera choteándose de mí, aunque suponía que tendría para un mes. El humor era algo necesario para poder sobrellevar el día a día en nuestro trabajo y, a

nosotros dos, de eso nunca nos faltaba cuando estábamos juntos.

Esa noche mi madre me llamó a casa recordándome lo orgullosa que estaba de mí, era la única que me seguía llamando por el fijo, y si conservaba la línea era por ella. Después de que me informara de que todo el pueblo me había visto en calzoncillos, le repetí lo que le decía siempre: que no trabajaba solo, que formaba parte de un equipo, y que un tipo que armaba todo ese jaleo en realidad no quería hacer más daño del que se hace a sí mismo. Media hora después de charla familiar, y tras conocer el secreto de su prima Angelines para hacer unas croquetas perfectas, me despedí de ella confirmándole que el domingo comería con ella.

—Te quiero, mamá, cuídate.

—Yo también, hijo mío —respondió con un cierto deje de tristeza que conocía muy bien.

## Capítulo 10: Tras la pista

(María)

—¡Correa, baja! Aquí hay una señorita que pregunta por ti —dijo el agente que se había apiadado de mí después de haberme perdido dos veces por aquel edificio.

Sancho, que después de escribir tantas novelas sobre policías se movía como pez en el agua en una comisaría, me había dicho que podría encontrar a Martín en este lugar. No sé cómo lo había hecho, pero el muy granuja me había convencido para ir a verle en busca de esas imágenes, y pedirle un nuevo favor: la grabación del servicio de emergencias. A mí me parecían demasiadas cosas, iba a abusar de su amistad, que ni siquiera sabía si se podía llamar así. Pero, según mi compañero, yo podía ser muy persuasiva si quería:

—Ya sé en lo que estás pensando, Sancho, pero te equivocas. ¡Yo no pienso enseñarle ninguna teta a nadie a cambio de información! —Con Sancho Herranz era fácil adivinar qué pasaba por su mente, a pesar de la edad, en aquel aspecto seguía siendo un adolescente.

—Bueno, entonces, utiliza la boca.

—¡Sancho, por Dios! —grité sofocada.

—Me refería a tu piquito de oro, mujer. ¡No seas mal pensada! —Y así fue cómo se despidió de mí, dejándome a solas en aquella misión.

El hombre que había avisado a Martín para que viniese a mi encuentro, después de colgar el teléfono, volvió a la pantalla de su ordenador sin darme más indicaciones. De modo que, sin saber muy bien qué hacer para calmar mis nervios, no tuve otra opción que esperarle allí. Me senté en una silla vacía y, mientras veía pasar policías, tuve la sensación de que había adquirido el poder de la invisibilidad. Pasaron los minutos más largos de toda mi vida y

nadie venía a hablar conmigo, así que decidí sacar mi móvil y poner en el Scrivener lo primero que se me cruzase por la cabeza. A veces, de ratos muertos como esos, había nacido la idea para una nueva novela:

*Si algo no había podido olvidar en todo este tiempo eran aquellos remolinos castaños, su voz atenta y esa mirada segura. Ella echaba de menos sentir un abrazo como el suyo, que ahogase todas esas palabras titubeantes que solían salir de su boca, frenando al instante esa sensación de estar cayendo al vacío. ¿Por qué pensaba que él podría ayudarla, si apenas se conocían? Era una corazonada. En aquellos bondadosos ojos no había encontrado nada que temer. La oscuridad y las dudas habían engullido por completo su rostro y él le aportaba algo de claridad, avivando sus esperanzas de encontrar una respuesta. A cambio, ella no podría cambiar su realidad, pero podría ayudarle a digerirla mejor. Como ese jarabe que uno traga sin saber a qué sabe, pero que aseguran será un buen reconstituyente. Ya estaba harta de buscar en los libros aquello que no existía en la vida real. Para sentirse especial o única, debería pasar página. ¿Por qué no aprender de él cómo se hacía? ¿Cómo se podía sonreír a pesar de todo? Estaría bien como alternativa.*

—¿María? —preguntó alguien a lo lejos, pero me resistí a escucharlo. Había vuelto a esconderme en mi rincón favorito, donde creaba mis historias y se hacían realidad las que otros habían escrito. Estaba en mi mundo, donde me sentía cómoda y querida, caminaba ligera y no tenía nada que temer—. ¡María! —escuché tan cerca esta vez que me resultó imposible no despertar de mis ensoñaciones. Y al levantar la vista, ahí estaba él. Vestido con esa sonrisa que recordaba tan bien, poniéndome aún más nerviosa todavía.

—¡Hola, Martín! —exclamé un poco avergonzada por no haber querido escucharlo antes, levantándome de mi asiento de un brinco.

Ya frente a él, no supe muy bien cómo abordar aquella situación. Aunque mi primer impulso fue mirar hacia su pierna, evité hacerlo para que no se sintiese incómodo conmigo. «¡Por favor, María, no metas la pata!», me dije. «Y por lo que más quieras, ni se te ocurra utilizar esa expresión», tuve que reñirme para no cagarla nada más empezar.

Mis ojos volaron en seguida hacia su pelo para evitar cualquier desatino. Esta vez Martín se había peinado y afeitado, y yo reconocí aún más ese

perfume fresco. Me gustaba cada vez más ese olor. Nuestras miradas se cruzaron y por un momento dudé. «¿Lo habría dicho en voz alta?».

—He venido a hacerte una visita para preguntarte por esas imágenes. — Martín seguía mirándome sin comprender—. Las del hotel, las de...

—¡Oh, sí, claro! Las imágenes... —Y aunque se acordase de mi nombre, al parecer, se había olvidado por completo del caso de Yolanda Reyes, o al menos esa fue mi primera impresión—. Por favor, acompáñame.

Empezamos a caminar hacia el ascensor cuando él desvió un segundo su mirada hacia mi vestido, o hacía mí, no sabría decirlo bien. Tampoco es que fuera muy especial, o eso pensaba yo. Era un vestido corto de verano, de algodón fino; que estuviera anudado al cuello dejando a la vista los hombros era lo único que habría que resaltar de su diseño. Tenía un pequeño estampado de flamencos rosados, del mismo color que las uñas de mis pies, que hoy se calzaban en unas sencillas sandalias de cuero con cordones que se cruzaban a lo largo de mis piernas. El pelo me lo había recogido en una coleta alta, dejando libre mi flequillo rebelde a la altura de mis ojos. «Que no fuera a enseñar ninguna teta no quería decir que no pudiera ir lo más *persuasiva* posible», pensé.

Mientras esperábamos a que llegase el ascensor me rogó que le perdonase por no haberme llamado. Sus compañeros le habían facilitado un CD con las imágenes hacía ya dos semanas, pero él había estado muy liado por motivos de trabajo y no había tenido mucho tiempo para poder verlo:

—Ahora lo vemos juntos, ¿te parece?

—¡Muchas gracias!

La verdad, no esperaba que se ofreciera a hacer tal cosa. Creí que, como mucho, me entregaría el CD para que yo lo viera. Pero después, mi yo realista me dijo que, lo más seguro, yo no podría llevarme nada de allí. Aquello eran pruebas, al fin y al cabo. Sonreí cuando me abrió la puerta para que yo entrase. Tanta amabilidad se me hacía extraña. Quizá me consideraba la típica loca obsesionada con la muerte de su amiga, que no le dejaría en paz hasta que viese esas imágenes, y por eso me estaba ayudando tanto.

Ya en el interior del ascensor, haciendo gala de mi genuina torpeza, me arranqué a hablar escogiendo el peor tema posible:

—Te vi en la tele el otro día... —En calzoncillos, y con una pierna ortopédica, podía haberle dicho también. Pero el resto resultaba obvio para ambos.

—¡Ah, sí! No hay nada como desnudarse para robarle protagonismo al resto de noticias, que no te quepa duda —respondió restándose importancia. Pero sabía que gracias a él aquella familia hoy estaba tranquila y a salvo.

—Es que tú resultas mucho más interesante que la Merkel, compréndelo — quise halagarle de alguna manera. Después de todo, tenía un buen físico de cintura para arriba, eso era indudable—. Seguro que le has dado la idea a algún productor de cine para hacer una película sobre ti.

—¡No, por favor! Más películas sobre negociadores, no —fingió lamentarse mientras salíamos del ascensor.

Atravesando juntos el pasillo de la planta de arriba, observé que apenas se apreciaba una débil cojera en su caminar, así que supuse que habrían pasado muchos años de aquella lesión. Otros dos policías se quedaron mirando el vuelo de mi falda, girándose incluso después de haber pasado por su lado.

—¡Vaya! —murmuré. No me gustaba nada ser el centro de atención.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Martín al verme clavando mis ojos en el suelo de repente, haciendo que volviese la vista hacia él.

—Nada, nada —dije tocándome el flequillo para disimular.

—Deberías estar acostumbrada a que te miren así, María. Eres guapa y famosa, no tiene nada de malo —respondió Martín con naturalidad, haciéndome sonrojar un poco. Y como parecía ser tan transparente para él, decidí no mentirle en esta ocasión:

—No soy famosa, ni mucho menos guapa. Soy una chica muy normal que pasa demasiadas horas al día escribiendo frente a un ordenador —dije con resignación, encogiéndome de hombros. Así era tal y como yo me veía.

—Aquí es —señaló Martín sin más, callándose lo que él pensaba de mí—. Por cierto, ¿cuál era tu seudónimo? Ya no lo recuerdo.

—Mejor que no te acuerdes, ahora no me haría mucha gracia que leyeras algo de lo que he escrito... —acerté a decir mientras me fijaba en el desorden que se descubría a mi alrededor.

Había cuatro mesas llenas de papeles, carpetas y archivadores. Al parecer, ninguno de sus compañeros se encontraba hoy en la oficina. Estaba todo amontonado: libros arrumbados, cajas de cartón apiladas en una de las paredes. Había un proyector en lo alto de un armario, al lado de otro montón de fotocopias formando una pila más ordenada, y un perchero donde colgaban varios chalecos negros, donde se podía leer «negociador» con letras blancas. Los cuadros que había colgados eran en realidad dos fotografías con las

distintas escalas de la policía, y una bandera de España adornaba una solitaria esquina al fondo de la sala. Lo mejor era la planta que tenían en la única ventana que había para iluminarlo todo, al menos a ella la mantenían con vida.

Martín se adelantó apurado para intentar adecentar aquel incontrolable caos de su mesa, dejando un pequeño espacio vacío frente a él, donde supuse debía sentarme yo.

—Disculpa el desorden, no solemos tener visitas.

—No te preocupes, yo también soy un desastre. Nunca limpio a fondo mi casa hasta que no termino una novela, y eso me suele llevar varios meses — comenté despreocupada mientras me sentaba en una silla que acababa de dejar libre—. Ahora lo difícil será encontrar ese CD.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó abriendo el primer cajón de su mesa, en el que, milagros de esta vida, estaba el CD que buscaba.

—¡Eso ha sido suerte! —le dije asombrada.

—Puede, pero eso tú nunca lo sabrás —respondió con una sonrisa en los labios. Ay, aquella sonrisa. Y mientras encendía el ordenador, continuó preguntándome. Al parecer, era un frustrado periodista—: Por favor, aclárame eso que me has dicho de que no te haría gracia que leyera algo tuyo. ¿Por qué? ¿Tan cursis son tus novelas?

—¡Mis novelas no son cursis!

—Son románticas, ¿no? Pues entonces son eso, cursis, rosas, o como se diga.

—Perdona, pero te estás equivocando. —Mis ojos inyectados en sangre le explicaron al policía que por ese camino iba a terminar muy mal parado.

—¡Uy! Ya veo... —exclamó en tono bromista.

—En serio, ya estoy harta. La literatura romántica no es rosa, ni azul, ni de ningún otro color. Escribir un libro, ya sea una novela romántica, de aventuras, o de lo que sea, requiere un gran esfuerzo. Antes debes documentarte, trabajar en la trama, los personajes. No sabes ni la de noches que esto puede quitarte el sueño, para que luego venga alguien como tú y diga que es cursi. No me gusta que me lean por obligación, pero lo que más odio en esta vida es que me etiqueten como tú has hecho ahora mismo —terminé mi discurso algo acelerada.

—Lo siento, no pretendía ofenderte —dijo tragando saliva.

—No importa —musité. Aunque sí que me importaba. Estaba acostumbrada a oír ese tipo de comentarios, pero dependiendo de quién me lo dijera, me

afectaba más o menos.

—Repito, perdóname —respondió, enderezándose en su asiento—. Si te sirve de consuelo, en cuanto salgas de aquí voy a comprarme algo tuyo para leerlo. Ahora me tienes intrigado.

Pasamos a ver las imágenes. Martín me explicó entonces que, al parecer, eran muy poco esclarecedoras. En el hotel habían tenido un problema con la terminal y muy pocas cámaras funcionaban ese día, algo que prometían arreglar de inmediato, pero que a mí ya no me serviría de nada. La mayoría se concentraban en el *hall* del edificio. Solo una cámara daba imágenes del ascensor que subía a las habitaciones, y no había ninguna en los pasillos.

—Pues vaya... —suspiré sin ocultar mi decepción.

—Sí, bienvenida a mi mundo, esto no es como un episodio de *CSI*.

Después de saber a qué hora aproximada nos habíamos retirado a nuestras habitaciones, pude ver de nuevo a mi amiga en aquel ordenador. Verla reírse de nuevo conmigo me causó mucha impresión, y tuve que llevarme una mano a la boca para reprimir un quejido de dolor. Martín se dio cuenta, y en seguida paró la película para preguntarme:

—¿Estás bien? ¿Quieres que sigamos?

—Sí, por favor. No te preocupes, estoy bien. —Y después de forzar una sonrisa amable para que se convenciera de que podía continuar, giró la pantalla un poco más hacia mí. Las imágenes reflejaban a una Yolanda muy perjudicada, y aunque yo estuviese caminando a su lado sirviéndole de apoyo, estaba claro que su estado esa noche era deplorable.

—Pero ¿cuánto habíais bebido? —preguntó Martín sin mirarme.

Yo me escurrí en mi asiento ante ese comentario. No era de las que les gustaba desfasarse en las fiestas, ni siquiera en la universidad había sido muy juerguista, aunque a Yolanda eso le pareciese un requisito indispensable para desconectar de la escritura.

Nosotras fuimos de las últimas en abandonar la terraza del hotel y, por tanto, en coger ese ascensor. Después, todo se quedó desierto. Martín aceleró entonces la velocidad de las imágenes, y yo me incliné sobre la mesa, acortando la distancia que nos separaba. Sus ojos se desviaron un segundo hacia mí, para volver de inmediato a la pantalla. Yo estaba demasiado concentrada en ese momento para darme cuenta, no quería perderme ningún detalle de lo que pasaba en ese hotel. Si alguien cogía el ascensor, estaba segura de que sería la persona que estábamos buscando.



—Aunque aparezca alguien ahora, María, nunca tendremos la certeza de que haya entrado también en la habitación de Yolanda, ¿entiendes? Si hubiese un asesino, que tampoco lo sabemos, podría ser alguien que estuviese ya en el hotel, o que hubiese entrado por otra puerta, ¡incluso por una ventana! —me sugirió el negociador para que no me hiciera ilusiones antes de tiempo.

Entonces lo vimos. Un par de horas más tarde, alguien entró con las manos en los bolsillos y una gorra blanca al *hall* del hotel, directo hacia el ascensor.

—¿Lo has visto? ¡Lo has visto! Es ese, seguro que es ese tipo. ¿Quién lleva una gorra blanca de noche? —grité con todas mis fuerzas mientras Martín rebobinaba la cinta.

—Si tú supieras... —murmuró el policía mientras volvíamos a verlo.

La imagen estaba clara, pero la gorra ocultaba todo el rostro de aquel individuo. Lo intentamos ver desde todos los ángulos, pero fue imposible. La llevaba bien calada para que no pudiéramos verle.

—¡Maldita sea! —maldije levantándome de mi asiento, olvidándome por un segundo de que Martín estaba allí.

—En serio, María. Aunque le hubiéramos visto la cara, no tendríamos nada. Solo es alguien que llegó tarde al hotel ese día. ¡Era sábado, por el amor de Dios!

—¡Es él, estoy segura! Evita en todo momento que se le vea la cara, es algo premeditado. Iba a matar a Yolanda.

—De acuerdo. Imaginemos que tienes razón y que ese tipo la arrojó por el balcón. No tienes su cara, ni siquiera sabes su nombre, ¿qué vas a hacer ahora?

—Las puertas del hotel no tenían mirilla, así que Yolanda debió de abrirle la puerta a alguien que reconoció por su voz —divagué deambulando de un lado para otro de la habitación, mientras Martín me miraba perplejo desde su silla, siguiendo con sus ojos marrones mis erráticas pisadas.

—No lo puedo creer. María, ¿en serio pretendes seguir con esto?

—No, claro que no. Solo estoy pensando en voz alta —dije manoteando en el aire para que se callara y no me interrumpiera.

—Me prometiste que no investigarías esto tú sola.

—Y no estoy sola, tú estás conmigo.

—No voy a seguirte el juego, María. ¡Esto no es una novela de misterio donde hay que buscar al asesino! —Martín frunció el ceño.

—Tienes razón, no lo es. Mi amiga está muerta de verdad y todo el mundo

cree que ha sido un suicidio —sentenció en tono tremendista.

Martín se enderezó de nuevo en el asiento con un largo suspiro, mirando a las mesas vacías de sus compañeros mientras expulsaba el aire, pensando en algo que no llegó a decirme. Meneó la cabeza, arrepintiéndose, y, por fin, me dijo:

—¡Está bien! Dime, ¿qué necesitas ahora?

Regresé a mi asiento de nuevo frente a él, apoyando mis antebrazos en la mesa, enmarcando mi cara con las manos y mirándolo a esos ojos color avellana con mi mejor sonrisa. Estábamos para un cuadro, mirándonos a los ojos como dos enamorados. Según Sancho, después de hacer algo así, cualquier hombre estaría dispuesto a entregarme las llaves de su coche si se lo pedía.

—Verás —empecé a decir—, he estado pensando...

—Ese es tu principal problema, me parece a mí —se burló de mí. Me había vuelto a pillar, se había percatado de que mi actitud zalamera tenía un objetivo.

«¡Mierda! ¿Por qué tenía que ser tan listo este tío?».

—Decía que —continué incorporándome un poco, apoyándome en el respaldo de la silla— he estado pensando en lo que me dijiste. Tú viniste al hotel por una llamada que se hizo cuando Yolanda todavía estaba viva, ¿no? Seguro que alguien que estaba en el hotel y la vio asomada a su balcón con ganas de tirarse.

—Sí, eso dijeron en la central de emergencias.

—Pero ¿quién fue el que llamó? Se supone que le tienen que coger sus datos, pero en el hotel nadie había visto nada, ni sabían nada, ¿no es así? Entonces, ¿quién pudo ser?

Martín se quedó pensando en lo que le había dicho y, después de unos segundos, hizo una mueca mientras chasqueaba la lengua:

—Quieres que te consiga esa llamada —concluyó derrotado, comprendiendo que no me iba a perder de vista todavía.

—¿Podrías?

—¡No! —dijo levantándose impelido por un resorte y cerrando una carpeta al mismo tiempo, provocando que parpadeara del susto que me había dado.

—Venga, Martín. Por fi... —rogué con la boquita de piñón.

—No, María. No. No es mi trabajo, ¿entiendes? ¡Nada de esto es mi trabajo, en realidad! ¡¿Sabes lo que he tenido que hacer para conseguir ese

CD?!

—¿Prostituirte?! —pregunté con los ojos muy abiertos, mostrando mi mejor vis cómica.

—¡Maríaaaa! —gritó mi nombre atónito, sorprendido porque yo también supiera gastar bromas de ese tipo.

—¡Vale, olvídalo! No lo hagas por mí, hazlo por Yolanda. Ella se merece que sepamos cómo murió en realidad. Estoy segura de que todo esto es un montaje. —Por ese camino lograría convencer a Martín, tenía un talento detectivesco muy similar al mío.

—¿Y por qué estás tan segura? Por desgracia la gente se suicida a diario —respondió apagando el tono de su voz, lamentando haberse enfadado conmigo y sin dejar de ordenar todos los papeles que había sobre su mesa. Aquella tarea parecía haberla postergado durante años y, sin embargo, ahora parecía ser una prioridad para él.

—Martín... —dije entonces en tono conciliador, no dándome por vencida. Debía hacer algo rápido para metérmelo en el bolsillo, Sancho no esperaba menos de mí. Así que decidí sentarme lentamente sobre la mesa, justo encima de las carpetas e informes que le traían de cabeza. En ese momento él apartó sus manos de los papeles y levantó la vista hacia mí, contrariado, para terminar tragando saliva.

—No intentes negociar conmigo, María. Recuerda que yo me dedico a esto. —A pesar de la advertencia, intuí por aquel esforzado tono de mando que no se lo estaba poniendo fácil. Bien por Sancho, después de todo tenía razón. Así que insistí con la estrategia y continué adulándolo.

—¡Y lo haces muy bien, Martín! Lo del otro día fue una verdadera hazaña: en calzones, como los superhéroes de verdad. —Después de aquella ocurrencia me regaló otra de sus sonrisas de anuncio, pero no dio su brazo a torcer.

—Tendrías que ser tú la encargada de este caso en lugar de Montes, seguro que ya lo habrías resuelto —farfulló el policía sin apartar la vista de mis labios.

—Deduzco cierta ironía en esa frase, señor agente. Ese Montes debe de ser un zoquete de cuidado —respondí acercándome un poquito más a él, mirándolo con ternura, acariciando el filo de su camisa con mis dedos. Cuando ya empezaba a ser incómoda aquella situación a Martín le sobrevino una carcajada nerviosa que consiguió desconcentrarme—. Y ahora, ¿qué te hace

tanta gracia? —pregunté molesta levantándome de la mesa, no pretendía esa reacción en absoluto.

—Creo que jamás he llamado «zoquete» a alguien, ¿en serio sigue en uso esa palabra?

—Zoquete, cenutrio, tarugo, mastuerzo, zopenco, mequetrefe, moscorroffio, petimetre... ¿quieres que siga insultándole? —le dije poniendo mis manos en las caderas.

—Me olvidaba de que usted, señorita, es toda una escritora de cuyo nombre no puedo acordarme. —Y mientras decía esa frase, salió esquivo de su escritorio hacia el armario para dejar unas carpetas, liberándose de mi actitud acosadora. Decidí cambiar de método; así no iba a conseguir nada. Sin saber de qué forma, ese policía sabía cómo era yo en realidad, y por supuesto no era de las que seducían. Más bien de las que se dejaban seducir, mentir, engañar.

—Martín, piensa que yo fui la última persona que estuvo con Yolanda. Necesito saber que no se suicidó. Ella era mi amiga, y no me dijo nada, no vi nada extraño en ella que me hiciera pensar que lo estaba pasando mal —expliqué muy sincera—. Solo quiero saber que no le fallé cuando más me necesitaba.

—María... —murmuró comprensivo. Lo sabía. Yo escribía diálogos, y a ese tono apocado le acompañaba un molesto: «Déjalo», o un coloquial: «Piérdete». Sin embargo, terminó con un sorprendente—: Haré lo que pueda, ¿vale?

«¡Increíble!». De nuevo ese hombre me sorprendía cada día más.

—Gracias, de verdad. No sé qué decir, no quiero comprometerte. Si no puedes ayudarme, en serio, lo entenderé.

«Pero ¿qué estaba diciendo? ¡Si había venido hasta allí solo para eso!». Sin embargo, después de haberlo conseguido, era cierto que no quería causarle ningún problema en su trabajo.

—Vale, no te preocupes. No todo el mundo es un *zoquete* por aquí. Y ahora, márchate, antes de que empiece a subir todo el mundo para pedirte un autógrafo.

—Tranquilo. No soy tan famosa.

—Solo pasas demasiadas horas al día escribiendo frente a un ordenador, ¿no era eso lo que me dijiste? —preguntó mirándome con su sonrisa burlona.

Se acordaba a la perfección de lo que le había dicho.

—Gracias, Martín —repetí antes de abandonar su despacho.

—De nada, María —respondió volviendo a sus papeles.

## Capítulo 11: La hoja en blanco

(Sancho)

Llevaba toda la mañana corrigiendo el texto, pero nada estaba a mi gusto. Al final, había quitado más de lo que había añadido, y estaba a punto de borrar el documento entero. Faltaba algo, en realidad, ¡todo! Desde el principio los personajes no tenían chispa, ni la trama parecía atractiva, y, aun así, había seguido escribiendo para ver si podía arreglar la cosa. Sin embargo, no había nada que hacer para salvar aquella puñetera novela. «¡Ya está! ¡Lo dije!», me chillé a mí mismo para dejar de pensar en ella. Llevaba meses con la misma historia y seguía siendo una bazofia. Al muerto no sabía si matarlo al final o al principio, la voz del narrador me daba sueño hasta a mí mismo, y ni siquiera la escena de sexo me la ponía dura.

—¡Ahhhggg! —grité agarrando el ordenador con las dos manos, a punto de estrellarlo contra la pared. Pero en el último momento me acordé de que hacía tan solo un par de meses había hecho lo mismo con el MacBook y en aquella ocasión arreglarlo me costó ochocientos euros. Así que decidí cambiar de pasatiempo, y me levanté para golpear el *punching ball* que colgaba en una esquina de la habitación que había destinado como mi estudio. Ni McGregor me hubiese detenido esa mañana de la tensión que cargaba sobre mis hombros.

La culpa era mía, por empezar sin buenos cimientos algo que ya se veía tenía fallos por todos lados. Ni siquiera me gustó la escaleta cuando la hice, ¿por qué demonios había perdido más tiempo escribiendo esto?

Desde que había roto el Mac, o incluso antes, un sentimiento oscuro se había instalado en mi interior anulando todas mis buenas ideas. Esas que al principio salían empujándose unas con otras, teniendo que elegir entre todas ellas, la que fuera más fuerte y brillante. Me había convertido en mi peor

pesadilla: en un escritor que no escribía, porque lo que hacía cada mañana poniéndome frente al ordenador era engañarme a mí mismo. Podía estar poniendo *REDRUM* en todas las páginas, que habría tenido más sentido para mí. Estaba acabado, muerto. Y pretendía engañar a mi editor diciéndole que le iba a entregar una obra maestra, lo mejor de Sancho Herranz, y que por eso estaba tardando tanto en entregárselo.

Después de luchar contra mí mismo y salir perdiendo, me encendí el primer cigarrillo de la mañana cuando sonó el teléfono:

—¿Estás escribiendo? —reconocería la dulce voz de María en cualquier parte.

—No, me estoy limpiando el culo —respondí para escandalizarla.

—¡Eres un asqueroso!

—Perdona, has sido tú la que me ha preguntado —le recordé colocándome de nuevo las gafas y alegrándome porque hubiese llamado tan temprano esta vez. Desde que le había dado mi teléfono a esa niña, había adoptado la rutina de hablar conmigo a diario. Yo protestaba siempre, le decía cosas horribles que nunca se creía, como que tenía una jaqueca como una catedral por su culpa, o que Heather Wright era el nombre que aparecería en todas mis listas negras desde que la conocía, pero terminábamos riéndonos y en seguida pasábamos a hablar sobre «el caso Yolanda», como así lo habíamos llamado.

Había obligado a mi investigadora particular a buscar todos los datos que pudiera sacar sobre su amiga. Le había hecho responder una larguísima lista de preguntas sobre ella, donde había dado rienda suelta a mi imaginación. Desde cuál era su color favorito, hasta su perversión más inconfesable. Necesitaba conocerlo todo sobre ella, para poder averiguar quién podría tener motivos para matarla. Cosas como: ¿cuál era su rutina?, ¿con quién salía?, ¿en cuántas personas confiaba?, ¿solía tener predilección por algún restaurante?, ¿con cuánta frecuencia acudía a su peluquería?, ¿seguía una dieta especial? Incluso el número de cigarrillos que se fumaba a diario, o si era ella misma la que compraba ese tabaco. Tenía que saber de sus inquietudes, más allá del mundo de la literatura. Conocer a su familia: hermanos, primos, amigos, y hablar con ellos en persona. Debía meterse por las redes y seguir sus pasos en ellas. Saber con quién contactaba a diario y averiguar quiénes eran sus más fieles seguidores. ¿Alguno de ellos podría ajustarse al perfil de un desequilibrado? Yolanda era una mujer deslenguada, que levantaba ampollas con su temperamento subversivo. ¿Tenía algún enemigo declarado? Cuando

creyese haber terminado de recopilar toda esa información, debería filtrarla para poder dar el siguiente paso en su investigación. Por supuesto, no le serviría para nada saber la mayoría de esas cosas, pero seguro que habría algo en medio de toda esa montaña de datos que la ayudaría a dar con el asesino.

Obediente y decidida, María fue respondiendo a las preguntas una por una. Algunas fueron fáciles de averiguar, incluso ella misma las sabía gracias a su amistad con Yolanda. Para otras tuvo que indagar como una verdadera detective, haciendo un par de visitas de cortesía a su hermana e incluso a su editora, respondiéndole esta última con mala cara: «¿Y para qué quieres saber tú eso ahora?». Teresa no soportaba que su nueva *bestseller* estuviera entreteniéndose en cosas que no fueran escribir y escribir.

Os seré sincero: nunca pensé que se le diese tan bien aquello. Mi queridísima Heather Wright podría haber pasado por una perfecta Mata Hari de su época. Tenía una suerte de recursos para conseguir lo que se proponía que me dejó anonadado. Conseguía llegar a extrañas conclusiones utilizando una inusual relación entre las pesquisas, demostrándome así su sagacidad. Convirtiendo toda esta investigación en algo cada vez más interesante para mí. Me gustaba ver cómo trabajaba la mente de esa mujer: era ágil, despierta, muy inteligente. En una de las paredes del salón de su casa había desplegado toda esa información que había recopilado sobre Yolanda. Decía que en alguna ocasión había aplicado ese mismo sistema para no perderse mientras escribía una trilogía familiar con muchos personajes entrelazados, de la que salió exhausta y algo escarmentada. Decía que no volvería a trabajar en un proyecto tan contraproducente, que le provocase semejante dolor de cabeza, porque estaba segura de que el lector habría terminado cansándose tanto de la historia como ella misma. Era fantástica, no solo no le ocasionaba ningún problema poner a parir su propio trabajo, sino que además elogiaba con argumentos muy sólidos los libros de otros autores. Amaba la literatura, y eso se notaba en sus escritos.

Mi teoría sobre la muerte de Yolanda era otra muy diferente. No obstante, no la compartiría con María, porque se habrían terminado para siempre estas jornadas tan entretenidas que compartíamos. La muchacha no solo estaba buena y me regalaba la vista, sino que su conversación era tan simpática que conseguía distraerme de veras, aunque yo fingiese que me sacaba de quicio. Por eso terminé aceptando esto de la investigación como un larguísimo prolegómeno. Ya llegaría la hora de nuestro encuentro erótico-festivo, un



perfecto colofón final a aquella pequeña aventura como detectives privados, y reposaría por fin mi cabeza entre aquellos dos duros y turgentes senos que Dios le había dado.

—Ya veo que sigues con tu pequeña crisis —intuyó la joven escritora, continuando con nuestra conversación.

—¡Yo no tengo ninguna crisis! Llevo más años que tú en esto y sé cuándo alguien está pasando por un bloqueo. Sigo escribiendo, cumplo mi objetivo diario de palabras, solo estoy en un punto de la novela en el que ninguna de las ideas que pasan por mi cabeza me convence lo suficiente como para seguir con ella —me sinceré con la chavala. Necesita hablar con alguien de lo que me estaba pasando, y aunque no pretendía confesárselo todo, debía desahogarme para no caer en una depresión.

—¿Y por qué no pasas a otro punto? A veces escribir otra escena ayuda a visualizar mejor la anterior, es cierto que puede resultar difícil porque rompes con la linealidad de la historia, pero es un truco para no parar el ritmo de escritura —explicaba mi dulce María con su aterciopelada voz. La imaginaba tecleando en su portátil durante horas con una taza humeante al lado y un gatito siamés llamado Misifú sentado en su regazo. Era una jovencita repelente. Tímida y excelsa a la vez, con una pluma de una calidad que no recordaba haber leído en mucho tiempo, pues ya a esas alturas me había leído todos sus libros. Mientras yo me devanaba los sesos intentando juntar dos palabras, ella se ofrecía generosa a darme consejos, incluso a ayudarme leyendo lo que tuviera escrito para darme ideas. «La muy cabrita».

—Cariño, te recuerdo que tengo escritos un centenar de libros más que tú, algunos traducidos a varios idiomas; sé de sobra los trucos que existen para evitar el bloqueo del escritor —dije con hastío mientras me encendía el segundo cigarro.

—A lo mejor es que tienes que cambiar de género. ¿Nunca se te ha ocurrido escribir algo más romántico?

—¿Te refieres a un crimen pasional?

—¡No! Me refiero a una novela con un poquito de suspense donde la trama principal se centre en el romance entre los personajes principales, no en el asesinato en sí. Un poco al estilo *grip-lit*. Pero, entiéndeme, no hablo de que tengan sexo cada vez que se encuentran, como a ti te gusta. Me refiero a una bonita historia de amor, lenta, cargada de simbolismo, de esas que conmueven cuando las lees. Sería una manera de cambiar un poco, sin llegar a apartarte

mucho de tu género, para que tu editorial pueda seguir publicándotelo.

—¿Me estás pidiendo que escriba *Los puentes de Madison* con un puto fiambre de por medio? —resumí haciéndola reír con esa musicalidad que la caracterizaba, algo que me obligaba a morderme el puño ya de buena mañana —. ¡Está bien, Heather Wright, dime qué has descubierto hoy! —exclamé para cambiar de tema.

—Acabo de encontrar a un tipo que puede ser nuestro hombre. Es periodista, está divorciado, hace las críticas literarias de varias revistas y su blog es muy famoso, a lo mejor lo conoces. Al parecer, tuvo un rollete con Yolanda hace un par de años, después de que estuviese contigo, y puede que se quedase bastante pillado por ella porque la ha seguido en todas sus presentaciones. Lo he recordado al leer el listado de los presentes en el evento literario de Toledo, me lo han pasado esta mañana las coordinadoras. Siguen sin poder creerse lo que pasó, dicen que ahora no saben si convocar otro o dejarlo para el año que viene. *Pobretas...* —exclamó sin poder esconder su agradable acento valenciano—. ¡Ah! ¿Y quieres saber lo mejor? Él no se alojó en el hotel, solo estuvo el primer día, pero lo primero que hizo al llegar fue subir a la habitación de Yolanda para hacerle una entrevista personal. Lo grabó en su canal de YouTube.

—¿Y cómo de personal fue esa entrevista? —pregunté con picardía, sabiendo que la haría enfadar.

—¡Sancho, por favor! Yo me estoy tomando muy en serio este trabajo, espero que tú también lo hagas.

—Lo sé, pero también sé cómo se las gastaba Yolanda. Puede que no le importase nada hacerle un recordatorio de los viejos tiempos.

—Tus bromas a veces no me hacen gracia, ¿lo sabías?

—¿Solo a veces? —Iba a interrumpirme de nuevo cuando continué elevando mi voz por encima de la suya—. ¡Está bien! Te diré, aunque no me guste admitirlo, que lo estás haciendo muy bien. Este podría ser un perfecto sospechoso número uno, enhorabuena, mi pequeño saltamontes. Me asusta lo rápido que estás aprendiendo. ¿En serio no te habías dedicado antes a la investigación?

—No, pero confieso que me empieza a gustar. Es mucho más divertido que escribir una novela, aunque nunca me olvido de que Yolanda es la víctima. ¡Estoy tan entusiasmada por haber encontrado yo sola a un presunto asesino, que no me acuerdo ni de comer! —exclamó María con emoción, como si se

viese ya como ganadora en su particular partida al Cluedo.

—Bueno, antes de que te corras de gusto, dime. ¿Qué piensas hacer ahora?

—La muchacha iba a protestar por esta mala boca que me dio mi madre, pero se limitó a continuar con la conversación.

—Pues, casualidades de la vida, Carlos Morales, mi sospechoso número uno, está invitado a la presentación de mi última novela en la Casa del Libro.

—Casualidades de la vida, ¿eh?

—Sí. Tengo pensado hacerle un tercer grado cuando termine la presentación. Preguntarle sobre su relación con Yolanda, sobre lo que hizo aquel día en su habitación del hotel. Quiero ver qué hace o qué dice, que se sienta incómodo con mis preguntas.

—Te vas a arriesgar mucho, ¿no crees? No sabes hasta qué punto ese tipo puede ser peligroso.

—Tranquilo, no me va a hacer nada.

—Pero cuando menos vas a quedar como una entrometida, María. A nadie le gusta hablar de su vida privada con desconocidos.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Una cosa era jugar a los detectives, y otra muy distinta acusar a inocentes de un delito tan grave como el asesinato.

—¿Y cuándo dices que va a ser esa presentación? —No podía dejar a aquella chica sola para que se pusiera en ridículo en su propia presentación.

—Mañana por la tarde —dijo con rotundidad, y por un momento la imaginé sonriendo al otro lado del teléfono. Estaba esperando que me ofreciera a acudir con ella a esa cita, ¡la muy lista!

—De acuerdo, cuenta conmigo.

—¡Genial! Gracias, Sancho. Te debo una.

—Me debes más de una, querida.

María respondió con una risita peligrosa, seguido de un cálido «nos vemos». Colgué resignado, me sentía como el Humbert Humbert de *Lolita*, disfrutando mientras era testigo de cómo esa niña se hacía mujer delante de mí. Ambos estábamos leyendo la misma novela, pero cada uno parecía estar dándole un significado muy diferente a las mismas palabras. Ella veía aventura, cuando yo solo peligro.

## Capítulo 12: Bipolar

(Sancho)

—No creo que sea conveniente que hables con él, después de todo, los dos fuisteis amantes de Yolanda. Puede que se ponga gallito contigo, ¿quién sabe? —intentaba convencerme una María de impresión, atusándose su oscura melena para disimular el movimiento de sus labios. Hoy era su presentación y brillaba con luz propia.

—¿Ahora no quieres que esté aquí?! Después de haber aguantado tu aburrido discurso, no esperarás que me vaya de rositas a casa con tu bonito marcapáginas —le advertí cogiendo el trozo de cartulina rosa que había guardado en el bolsillo de mi camisa.

—¿De acuerdo! Quédate aquí y espera a mi señal.

—¿Pero qué señal? ¿De qué estás hablando?

—Cuando te haga un guiño, ¡esa será tu señal! Cuando te guiñe el ojo te acercas a nosotros, haciéndote el encontradizo, así podrás entrar en la conversación cuando se esté poniendo interesante.

—¿Y por qué no te rascas el culo? Así podré darme cuenta de la señal sin tener que llevar las gafas puestas.

—¿Sancho! —María gritó mi nombre mirando a todos lados.

—¿Qué pasa? Al menos así seguro que ese tipo no se cree que le estés poniendo ojitos.

Después de aquello, María se alejó de mí como si le quemase mi presencia. Minutos más tarde aquel tipo la recibió con una cálida sonrisa. Lo sabía, María tenía el cuerpo perfecto para encandilar a cualquier hombre a la primera. Empezaron a hablar, y yo me distraje con un par de jovencitas que parecían muy impresionadas por mi presencia allí. De modo que, cuando me

quise dar cuenta, María estaba harta de guiñarme un ojo, rascarse el culo, y solo le faltaba olerse el sobaco para llamar mi atención.

—Muchos éramos los que conocíamos a Yolanda. Era una mujer de excesos, con un carácter bipolar muy marcado. No me extrañaría nada que se estuviese tomando esos antidepresivos desde hacía años, puede que desde su divorcio con su marido. Se veía a la legua que no lo había aceptado —hablaba Carlos Morales, el sospechoso número uno, mientras aguantaba con resignación aprendida una copa en la mano. Estaba fingiendo, movía los hombros arriba y abajo intentando encontrarse a gusto en su propio traje. En realidad, era un falso. Hacía como si le reventase estar aquí, pero en realidad amaba todo este tinglado que se montaba alrededor de la presentación de un libro.

—¿En serio? —preguntamos los dos al unísono, y María me reprendió con la mirada por aparecer de manera tan repentina a su lado.

—Este es... —quiso presentarnos entonces, pero con nosotros no hacía falta.

—No me irás a presentar a este pedazo de cabrón como si fuera un don nadie, ¿verdad? —le preguntó a María, dejándola con la boca abierta mientras nos abrazábamos, dándonos golpes en la espalda para que no hubiera ninguna duda de que el cariño que nos teníamos era pura camaradería.

—No me lo puedo creer, ¿le conoces? —preguntó María decepcionada señalándolo.

—¡Qué voy a conocer a este mamón que no sabe hacer una crítica en condiciones! —bromeé delante de ella. Carlos Morales, Carlitos el Pintamonas, como yo lo llamaba en secreto, llevaba años poniéndome verde cada vez que sacaba un libro. Sus críticas, duras y mordaces, lejos de afectarme eran las que más me ayudaban a mi ego de artista—. ¿No me digas que tú también conocías a Yolanda...?

—Sí, sí —dijo lamentándose—. Su muerte ha sido toda una pérdida. Pero ya veo que tú no quieres que empiecen a morirse todas tus exnovias antes que tú, y por eso te has pasado al terreno de las jovencitas de veinte años. ¿Eh, bribón? —María arrugó el hocico, odiaba que hablasen de ella como si no estuviera presente. Ese barbián no sabía con quién se las estaba gastando.

—¡Él solo está aquí como apoyo moral, pero en realidad ya se iba! —añadió mi peligrosa escritora diciéndome con los ojos que cogiese la puerta y me fuera.

—Una pena, Sancho. ¡A ver cuándo me invitas a tu próxima publicación! Nos tienes muy enfadados a los que te seguimos, ya van a ser dos años sin leer nada tuyo.

—Tres, en realidad. Pero ya sabes lo que dicen, lo bueno se hace esperar.

—Pues yo solo espero que esta vez el refrán sea cierto; si no, me cabrearé mucho contigo. —Carlitos me amenazaba cuando yo ni siquiera tenía ni el título de mi próxima novela. Y luego los noveles protestan, dicen que los autores consagrados tenemos todo el camino allanado en cuanto sale nuestra novela. ¡Sandeces!

Esperé en la calle fumándome un cigarro hasta que María salió del edificio despidiéndose de una amiga. Al verme apoyado en el bajo que había en la acera de enfrente, cruzó el semáforo y, sin mirarme, dijo:

—Que sea tu amigo no le exime de que sea un asesino, o, cuando menos, un sospechoso. —Por aquel comentario comprendí que estaba dolida. Se estaba tomando muy a pecho todo aquel asunto y, que nos conociéramos, le había sentado como una jarra de agua fría.

—Primero, no es un amigo, solo un conocido —aclaré catapultando la colilla con desazón—. Tendrás que aprender a discernir los unos de los otros si vas a seguir en este mundillo, niña. Y segundo, tienes toda la razón —le dije provocando que sus ojos se enredasen con los míos—. Dime, ¿qué te ha dicho?

—Estuve atenta a sus palabras, a sus gestos, como tú me dijiste. Ya lo has oído. Es como si quisiera reforzar la idea de que Yolanda estuviese mal de la cabeza, pero ella nunca decía las cosas por decir. Tenía la cabeza muy bien amueblada. Si se enfadaba con alguien, siempre era por un buen motivo. Es cierto que a veces era ella la que provocaba los enfrentamientos, pero eso solo demuestra que era una mujer de carácter, no una loca ni una suicida. Sancho, está muy claro: Yolanda lo conocía lo suficiente como para que quisiera abrirle la puerta en mitad de la noche. Y él ha demostrado estar resentido por ese amor que sentía hacia su marido. Eso me ha hecho sospechar aún más de Carlos: puede que ese día, en Toledo, le pidiese volver con él, pero ella se negase, y por eso decidió regresar para matarla.

—¿Tú crees? —pregunté pensando en aquella posibilidad en la que yo no había caído todavía. Ella asintió mirándome con seriedad, entonces yo respondí encogiéndome de hombros—. Podría ser. Algo rocambolesco, muy de tu estilo, pero podría ser. Lo que pasa, querida, es que eso solo son

conjeturas nacidas de una única conversación. ¿Desde cuándo el primer sospechoso de una novela es el asesino? A no ser que quieras jugar con el lector y volverlo loco, necesitas alguna prueba más para poder acusarlo y llevarlo ante un jurado —comenté de manera sosegada, haciendo paralelismos con el oficio y esperando que no se tomase a mal mis comentarios.

—Estaba pensando en entrar en su casa y ver si tiene una gorra blanca como la que vi en el vídeo del hotel.

—¿Entrar en su casa? ¡Así de fácil! —Aquella respuesta me dejó seco.

—Sancho, somos escritores, seguro que podemos inventarnos algo para que nos deje pasar. He pensado que, mientras tú le entretienes, yo podría registrar sus armarios. O también podríamos forzar su cerradura y entrar sin ser vistos.

—¿Pero tú te estás oyendo? Hija mía, eso es un delito muy grave y te pueden llevar a la cárcel por ello. Lo sabes, ¿no?

—Más grave es haber matado a alguien, y nadie va a ir a la cárcel por ello si me quedo parada sin hacer nada.

—¿Y qué quieres hacer? ¡¿Nos presentamos en la puerta de su casa como Mulder y Scully?!

—Confía en mí, seguro que se me ocurre algo.

—Eso espero, si no, ni tu amigo el policía te va a poder salvar de la cárcel.

—Mi amigo el policía está muy entretenido buscando la llamada que se hizo al servicio de emergencia, así que déjalo en paz.

—¡Ajá! Entonces, ¿lo conseguiste? Triunfaste haciendo todo lo que te dije, ¿verdad? Muy bien, querida. Muy bien. —Y cambiando el tono de mi voz por completo, ahora a uno más escéptico, pregunté—: ¿Puedo saber qué le has prometido a ese a cambio de la información?

—Lo mismo que te voy a dar a ti si me ayudas —dijo provocándome.

—¿En serio? —insistí levantando la ceja. Mi Heather Wright era una tigresa vestida de pastorcilla, todo un volcán a punto de romper en erupción. Pura lava ardiendo en mi imaginación.

—Yo siempre voy en serio —continuó María con la comedia, y la imagen de la redondez de su trasero sobre la mesa de mi cocina mientras le quitaba la blusa terminó por convencerme.

—De acuerdo, morena, ¿cuándo quedamos?

## Capítulo 13: Elige tu propia aventura

(Martín)

Hacía siglos que no leía. Después del accidente, cuando estaba rehabilitándome, recuerdo que algún familiar me regaló un par de novelas porque de niño era aficionado a los libros de *Elige tu propia aventura* y me recordaba pegado a esas páginas incluso cuando me llamaban a la mesa, pero, si mi memoria no me falla, esos regalos se quedaron en la casa de mis padres, cogiendo polvo y adornando la estantería que estaba encima de mi cama.

Quizá porque llevaba mucho tiempo sin hacerlo, o porque lo que estaba leyendo lo había escrito María, no pude dejarlo durante horas. Sabía que al día siguiente lo lamentaría, pero ya todo me daba un poco igual, estaba enganchadísimo a su lectura y quería saber cómo acabaría. Mientras me sorprendían los giros que daba la trama, lamenté no haber sido más listo en el pasado. Podría haberme dedicado a leer cuando estuve de baja, seguro que me hubiese ayudado a apaciguar un poco esa rabia que sentía. Incluso puede que hubiese visto algo de Heather Wright en las librerías antes de conocerla en persona, aunque jamás me hubiese comprado una novela suya, de eso estaba seguro. ¿Por qué seríamos tan reacios los tíos a leer algo que implicase tener sentimientos? Tampoco estaban tan mal este tipo de novelas para chicas, que ya jamás volvería a llamar «rosas». Eran entretenidas; al menos, a mí esta me lo parecía.

Vuelvo a mi pasado y me río (es un decir) de mi propio recuerdo. Por aquel entonces no tenía cuerpo para leer nada, lo único que me entretenía era matar zombis con la videoconsola, y ni siquiera a eso le prestaba mucha atención. Fue una época muy mala para todo en general, no solo para la lectura. Lo mejor era olvidarla y seguir leyendo. Así que me puse de nuevo los



auriculares y continué sumergido en la historia.

Veinte canciones más tarde, hasta llegar al *Lost On You* de LP, ya me había puesto de todas las posturas posibles para leer en la cama y, aunque ninguna era ya muy cómoda, no dejé de hacerlo. Al terminar un capítulo más, busqué de nuevo su foto en las solapas porque sentía la necesidad de verla de nuevo. Acaricié con el pulgar las páginas del libro mientras me perdía en esos ojos negros que se habían cruzado en mi camino. María me había atrapado desde aquella primera entrevista en el hotel donde nos conocimos. Quizá fue el tono de su voz, tenue y cálida. O esa manía suya por morderse el labio inferior mientras me respondía, haciendo imposible la tarea de concentrarme en otra cosa que no fuera la jugosidad de su boca. Por no hablar del conjunto de todos esos detalles minúsculos que la rodeaban, como aquel tatuaje con un libro abierto que tenía en su muñeca izquierda, o ese pequeño lunar en la comisura del párpado que me habían dejado como un idiota delante de ella mientras respondía a mis preguntas. María, dulce e inocente, aunque también un tanto osada, lo había conseguido. Con su forma de escribir, capaz de describir al detalle todo tipo de situaciones, había logrado que fuera imposible no meterse en la historia. Sus muecas infantiles, sus frases disparatadas, y esa vergüenza arrebujaada en la calidez de su mirada había despertado en mí algo ya muy enterrado. Había conseguido encogerme el estómago como a un crío. Pensaba que, si uno no estaba por la labor, no podría gustarte nadie. Como mirar sin ver. Pero María me había obligado a detenerme en seco para contemplarla como se observa un cuadro, embobado, (acojonado), demostrándome en silencio cuánto me equivocaba por creer aquella estúpida teoría.

«¿Por qué habría escogido ese seudónimo? ¿Qué tendría de malo su nombre?». A mí me parecía precioso, al igual que ella, pero supongo que formaba parte de una estrategia comercial. En cierto modo, veía lógico que tuviera dos nombres, porque la chica que había hablado conmigo y la que escribía eran dos personas muy diferentes. Heather Wright contaba su historia sin precipitarse, sin ponerse nerviosa o ruborizarse. Te iba carcomiendo el corazón con situaciones cotidianas, haciéndolas reconocibles con circunstancias de tu propia vida, y así era cómo conseguía que te sintieras identificado. Supongo que si le dijera todo esto a María le daría mucha vergüenza, pero también conseguiría sacarle una sonrisa. Gracias a su lectura había empezado a entender cómo era más allá de ese nombre en inglés, y presentía que necesitaba escucharlo como autora.

Llevaba días acordándome de nuestra última conversación, y de mi promesa. Tenía que ir a hablar con Fernando en cuanto pudiera porque, de lo contrario, me volvería loco. Ella no paraba de hablar en mi cabeza, de aparecer en mis pensamientos cuando menos me lo esperaba. Al terminar la semana decidí pasarme por el bar donde los de la centralita del servicio de emergencias tomaban su café por las mañanas, y allí esperé al jefe de la unidad, porque Fernando era de los que no perdonaban su descanso de media hora. Envuelto por ese olor a tostadas tan característico, seguí leyendo el libro de María. Me lo había traído para hacer la espera más soportable, me quedaban unas pocas páginas para terminarlo y, aunque sabía que el chico se quedaría con la chica al final, quería saber cómo lo haría porque todavía la cosa no estaba nada clara.

—¡Buenos días, Fernando! —le dije por la espalda, ya que su voz le había delatado. Nuestra relación había dejado hace tiempo de ser meramente profesional y, por eso, cuando me veía, se llevaba una gran alegría.

—¡Hombre! —exclamó haciendo hincapié en la eme; y, a pesar de que yo le sacaba medio cuerpo, me abrió los brazos para darme un apretón de los suyos —. ¿Cómo estás, chaval? ¿Pero qué haces tú por aquí?

Hasta que no empecé en este departamento, no me di cuenta de lo importante que podían llegar a ser las palabras, o los silencios que había entre ellas. El valor que puede alcanzar un abrazo a tiempo, o una simple palmada en el hombro. Hoy en día había mucha gente que estaba falta de cariño, de atención, más que de otra cosa. Eso terminaba en los horribles episodios que abarrotaban las noticias a diario: malos tratos, acosos, adicciones, amores no correspondidos, lesiones, insultos, peleas, infidelidades... todas eran maletas muy pesadas que resultaban invisibles para la mayoría. Por eso los tipos como Fernando, tan conscientes de esas carencias en nuestra sociedad, eran personas humanas con mayúsculas. De los que te abrazaban y te daban dos besos cuando te veían, aunque fueras un tío. De los que te miraban a los ojos hasta sacarte la verdad de las entrañas, y por eso quizá había retrasado este encuentro.

—¡He venido a que me dejes invitarte! —contesté, resultando tan poco convincente como esperaba: a él no podía engañarle.

—¡Ostras, Pedrín! ¿Y eso por qué? ¿Es acaso mi cumpleaños? —preguntó sonriente.

—Como si lo fuera, tú no envejeces.

—Chaval, el que es guapo, ¡es guapo hasta la muerte! —exclamó con chulería madrileña—. Va, dime. ¿Cómo va ese baloncesto? —Fernando buscaba en mi cara más de una respuesta.

—Muy bien. Este año es el nuestro, estamos convencidos de ello —repetí mecánicamente lo que solía decir a todo el mundo que me preguntaba por ese tema. Mientras, él seguía agarrando mi brazo con su mano, dándome toquecitos de ánimo. Él conocía mi historia desde el principio, y se alegró al saber que había podido regresar al cuerpo. Llevábamos años escuchando nuestras voces y, aunque vivíamos en la misma ciudad, éramos incapaces de tomarnos tiempo para vernos las caras fuera del trabajo.

—Me alegro, me alegro mucho. Os lo merecéis —dijo con emoción. Pero del mismo modo intuyó en ese instante que la visita traía consigo otro motivo mucho más importante que aquella agradable invitación. Así que decidí empezar a hablar sin remilgos.

—Fernando, necesito que me hagas un favor. —Y por el tono de mi voz supo que la petición era extraoficial. Así que, mientras jugueteaba nervioso con la correa de mi reloj, vi cómo asentía con vehemencia.

—Tú me dirás, Martín.

—Hace unas semanas recibimos un aviso vuestro, una mujer se quería suicidar, al parecer se iba a tirar desde el último piso de un hotel en Toledo. En la llamada que os hicieron apenas dieron datos y, cuando llamamos al hotel, nadie podía decir nada más. Incluso llegamos a pensar que era una broma, ¿recuerdas? —Fernando me escuchaba muy atento, intentando hacer memoria.

—¿Atendiste tú a esa mujer? —negué con la cabeza.

—Cuando llegamos ya era demasiado tarde, no pudimos hacer nada. Ahora están investigando el caso. Todo indica que fue un suicidio, pero quieren descartar la posibilidad de un asesinato encubierto. —Fernando me miró asombrado.

—No sabía nada.

—Todavía no se ha revelado nada a la prensa, por ahora todo está en el aire —comenté para no levantar sospechas.

—Entiendo.

—Ya sabes que yo me rayo mucho con estas cosas, por eso me gustaría oír de nuevo esa llamada, ¿tú podrías buscarla en tu archivo? Tengo el día y la hora aproximada en la que se efectuó.

—Sí, claro. ¿Es que ahora te han pasado a homicidios? —preguntó Fernando, refiriéndose al equipo de Montes, y fijándose por primera vez en el libro que llevaba en las manos.

—No, claro que no. Es simple curiosidad —mentí escondiendo con mi mano la portada del libro, y ese gesto hizo sospechar a Fernando, que alzó de inmediato sus ojos para encontrarse con los míos.

—Esto no tendrá nada que ver con esa señorita que vino a verte el otro día, ¿verdad? Una morena, muy mona. —Y que el mismísimo Fernando me dijera eso cuando ninguno de mis compañeros había comentado nada, me dejó trastornado—. ¿Qué pasa, Martín? ¿Estás filtrando información a una periodista?

—¿Y tú cómo puedes saber...? —Entonces caí en la cuenta.

—Acuérdate de que mi hermano está en la entrada, y os tiene a todos muy *fichaos*. —Y con una sonrisa pícaro añadió—: Según me dijo, la moza estaba de muy buen ver, ya sabes que, desde que se divorció, a mi hermano no se le pasa ninguna.

—Solo era una amiga, Fernando. No era ninguna periodista —le corregí con el semblante serio. Yo había intentado que la visita de María fuese lo más corta posible, porque no quería que sospechasen de ella, o hubiese rumores sobre qué hacía allí. Sin embargo, era estúpido suponer que una chica como ella pasase desapercibida, aunque solo estuviera diez minutos.

—Mi hijo me presentó a su «amiga» hace diez años y ahora es la madre de sus hijos, ¡y tres nietos guapísimos que tengo! ¿Quieres que te los enseñe? —me preguntó haciéndome sonreír, incluyendo el ademán de sacarse la billetera del bolsillo.

—Fernando, no empieces tú también, ¿quieres? —La confianza daba asco.

—Vale, vale. Yo no empiezo nada, solo te digo una cosa: si no sacas la caña, los pescados no se pescan solos.

## Capítulo 14: Una llamada de emergencia

(María)

No sabía qué consecuencias podrían acarrear mis actos, pero por lo menos estaba haciendo algo. Toda aquella investigación me estaba haciendo sentir diferente. Más fuerte, más viva. Ya no era un mero espectador de la obra, ahora también actuaba, y mi papel estaba entre los protagonistas. ¿Podría asumir esa responsabilidad sin agobiarme? ¿Sin desmayarme? Esas preguntas se repetían en mi cabeza quitándome la poca seguridad que tenía en mí misma. Con no querer salir huyendo de mi propia vida, me bastaba.

No debía ser melodramática. Todo estaba saliendo mejor que bien, y era inevitable pensar que Yolanda estaría orgullosa de mí. Por haberme decidido a dar el primer paso y no querer seguir siendo alguien mediocre. Aún no sabía ni cómo me había atrevido a cruzar aquella habitación y presentarme a Sancho Herranz sin tartamudear después del sepelio de Yolanda. Jamás se me habría pasado por la cabeza saludarlo siquiera, para mí era un ente superior que caminaba por encima de las aguas, y ahora resulta que hasta se veía viejo cuando se sentaba a mi lado.

Después de haberlo conocido, me he dado cuenta de lo equivocada que estaba. Lo había idolatrado, y él solito se ha bajado del pedestal al que lo tenía subido diciendo las barbaridades a las que desde entonces me tenía acostumbrada. Para él las mujeres éramos poco más que tetas con un buen culo, y todas nuestras conversaciones, por más que intentaba redirigirlas, terminaban tocando cuestiones sexuales o escatológicas. Le encantaba hablar de tetas, culos, cacas y pedos, era como un niño pequeño. Pero también me estaba sirviendo de gran ayuda para mi investigación, y nuestras conversaciones sobre el oficio eran muy productivas, al menos en lo que a mí

concernía. Él, por lo visto, estaba pasando por un bache importante en su carrera, y yo sabía que era por eso que me dedicaba toda su atención. Creo que me consideraba como un nuevo bufón en su corte, que aparecía de vez en cuando para alegrarle el día.

Por otro lado, también tenía a Martín, un policía mucho más sensato que Sancho, que, aunque no fuese de su incumbencia todo lo relacionado con el caso Yolanda, estaba colaborando con nosotros. ¿Por qué? Me atrevería a decir que por un afán profesional. Él también pensaba que todo esto olía mal, y supongo que, gracias a mi insistencia, quería comprobar si era verdad que había gato encerrado.

Estaba tumbada en la cama, muy inspirada escuchando a mi vecino cantar a voz en grito *Quiero un camino* de Taxi, cuando un mensaje irrumpió mis pensamientos. Llevaba más de una hora tecleando y estaba segura de que la cabeza me iba a estallar si no paraba de un momento a otro. Tendría que arreglarme y salir, como estaba haciendo mi vecinito el cantarín, para descubrir lo que llevaba años perdiéndome; pero en su lugar aparté mi cojín de gatitos y cogí el móvil:

*Deja de escribir, Heather Wright, ya es muy tarde. Firmado: tu chico de los recados.*

Aquello me hizo gracia, sobre todo viniendo de alguien tan formal como era Martín. No esperaba que el policía se pusiera en contacto conmigo. Pensaba que tendría que volver yo a su despacho para que me hiciera caso. En realidad, lo tenía más que asumido. Como él bien había dicho, no formaba parte de su trabajo. Y si lo hacía, sería por curiosidad insana, o para librarse de mí de una vez por todas.

A continuación, me llegó un audio procedente del mismo número. Era la llamada al servicio de emergencias que se había producido ese día desde el hotel. Pegué un grito nada más oír a la telefonista, porque aquello significaba que mi investigación estaba avanzando y tendría otra prueba más de que ese día se cometió un asesinato y no un suicidio. Mi corazón iba a estallar del susto, y seguro que me moriría de un coágulo en el cerebro por no poder controlar mi ritmo cardíaco, pero antes esperaba poder resolver este caso.

*—¡Vengan rápido, por favor, una mujer está a punto de suicidarse!*

Era la voz de una mujer que parecía muy asustada. «¿Una mujer?». No encajaba con lo averiguado hasta la fecha, yo estaba buscando a un hombre. ¿Tendría una cómplice el asesino? ¿O era una asesina en realidad? Nuevas

preguntas que debería contestar más tarde si pretendía seguir escuchando aquella llamada que Martín me había enviado. La voz no era nítida, como si hubiesen puesto un trapo en el auricular. ¿Entonces? ¿La misma persona que la había arrojado por el balcón sería la que había llamado al servicio de emergencias para encubrir la idea del suicidio?

—*Tranquilícese, por favor, y dígame, ¿desde dónde está llamando usted?*  
—preguntaba la telefonista del servicio de emergencias.

—*Estoy en Toledo, en el Palacio Buenavista. Ella está en el último piso. Por favor, vengan rápido, ¡se va a tirar por el balcón!* —respondió la mujer con la voz temblorosa.

Vaya, desde luego no parecía una actuación. ¿Y si me estaba equivocando? ¿Y si Yolanda se quitó la vida por voluntad propia?

—*La policía está saliendo ahora mismo, en seguida estarán allí. Pero dígame, por favor, ¿puede usted hablar con ella?* —volvió a preguntar la telefonista en un tono apremiante pero relajado, intentando calmar así a la muchacha.

—*Por favor, vengan ya.*

Eso fue lo último que dijo la desconocida como respuesta, y después colgó.

Inspiré hondo levantando la vista hacia la ventana que tenía a mi derecha. Oír aquella conversación me había devuelto muchas sensaciones vividas aquella noche. Recordé a Yolanda bebiendo y riéndose conmigo, animándome para que saliéramos a bailar por ahí fuera. Incluso pude oler de nuevo su perfume mezclado con la nicotina de su tabaco. Era como si ella hubiese dejado su rastro en mi habitación durante un segundo. «Yolanda, ¿qué pasó contigo esa noche?». Tenía demasiadas dudas, y necesitaba hablar con alguien para disiparlas. Por eso decidí llamarlo:

—¡Es una mujer! —le dije a Martín en cuanto descolgó su teléfono.

—Buenas noches, Martín. ¿Cómo estás? Por cierto, muchas gracias por haberme facilitado esa conversación que tanto necesitaba para quedarme tranquila, a partir de ahora dejaré las investigaciones para las novelas de suspense —respondió irónico el negociador.

—Iba a darte las gracias, pero antes tienes que ayudarme a resolver algunas dudas que tengo. Dime una cosa, ¿esta es la única llamada que se hizo desde el hotel?

—¿Tú qué crees?! —preguntó el policía sorprendido. No hubo respuesta por mi parte, solo un largo silencio. Estaba pensando—. ¿María? ¿Sigues ahí?

—insistió Martín. Yo estaba allí, pero mi mente no. Ahora estaba viajando por los cientos de rostros que había conocido a lo largo de mi vida mientras pensaba en la voz de esa mujer. Me resultaba familiar, y en ese momento no podía ponerle cara, pero juraría que la había escuchado antes en algún sitio. Lo tenía en la punta de la lengua cuando Martín volvió a interrumpirme—. María, di algo, por favor. ¡Mira que si ahora te desmayas no voy a poder evitar que te caigas al suelo!

Sonreí al oírle decir eso, me gustaba su sentido del humor. Lo cierto era que, desde ese día, su actitud había sido mucho más informal y desenfadada conmigo.

—¿Se sabe ya quién fue la persona que llamó? ¿Estaba alojada en el hotel? —pregunté intentando volver a la investigación.

—No, no dejó sus datos, ni después en el hotel se la pudo identificar. Llamó desde una habitación, es lo único que sé.

—De modo que estuvo allí esa noche, con nosotras. ¿Y si...? —llegué a decir en voz alta, empezando a imaginar.

—¡María, en serio, basta ya! —exclamó el policía apelando al poco sentido común que me quedaba.

—Solo una pregunta más.

—No, ahora voy a hacerte yo una pregunta a ti, y espero que me contestes con sinceridad. ¿No consumisteis nada más que alcohol? No me extrañaría nada que Yolanda estuviese bajo los efectos de algún psicotrópico. Uno que le hizo creer a tu amiguita que podría volar y por eso se puso a hacer *balconing* desde su habitación. Así que, dime. Te prometo que no me voy a enfadar, ni te voy a llevar a la cárcel por ello, pero... lo que se ve en el vídeo que vimos, ¿fue solo una tremenda borrachera?

—Pero ¿qué estás insinuando?! Yo jamás he tomado drogas, ni siquiera me he fumado un porro, y resulta ofensivo que sugieras algo así. Yo no iba tan bebida, incluso la desvestí y la metí en la cama. Estaba a punto de dormirse cuando me fui de su habitación, ¿entiendes? Por eso me resulta incomprendible que se levantase ella sola para salir al balcón, cuando ni siquiera se podía tener en pie. Además, ¿qué dicen los resultados de su autopsia? Si se hubiese drogado, estaría reflejado en ese informe, ¿no? —pregunté a punto de tener un ataque de ansiedad.

—Sí —contestó sin más, evaluando mi reacción.

—¿Y bien? ¿Lo has podido leer?



—Lo he leído y, por mucho que me sorprenda, dices la verdad.

—¿Por qué te sorprende? ¿Qué has descubierto? —quise saber extrañada, incorporándome en la cama.

—Que eres una buena chica, aunque te juntabas con malas compañías. María, a tu amiga Yolanda la pillaron hace dos años en el aeropuerto del Prat por tenencia de drogas. Al no haber circunstancias agravantes, pagó la multa y nada de esto trascendió, pero esto no ayuda mucho a rechazar la idea de que se tirase sola por un balcón. De manera consciente o inconsciente. —Martín había utilizado más tiempo del que yo pensaba en averiguar cosas acerca de Yolanda, su intención era quitarme de la cabeza la idea del asesinato, pero cuanto más lo pensaba, más probable me parecía.

—Vale, Martín. Dime una cosa. —Y confieso que hasta se me aceleraba el pulso mientras le explicaba mi teoría al policía—. Si Yolanda se iba a suicidar, ¿por qué se puso una bata encima de su ropa interior? Si estaba tan bebida como vimos en el vídeo, no creo que le importase un pimiento que la viesen casi desnuda, ¿no crees? Entonces, ¿por qué el cadáver estaba vestido? Vi las imágenes del telediario cuando la ambulancia se llevaba el cuerpo, asomaba una bata color vainilla por debajo de la sábana que utilizó el hotel para tapar su cuerpo. ¿Quién le puso esa bata? ¿Se la puso ella misma? Yo la dejé en bragas y sujetador, ¿entiendes, Martín? Yolanda estaba tan cansada que no se quiso poner el camisón. Entonces, si se lo puso al final, fue porque tuvo que abrirle la puerta de su habitación a alguien que conocía bien. ¿Pero a quién? Estaba casi segura de que sería a una expareja suya, pero que sea una mujer la que haya realizado esa llamada, me está despistando.

—¡María, por favor, no te aceleres! Eso son solo suposiciones tuyas, no prueban nada. Quizás después de irte tú le diese frío y se puso la bata, ¡vete a saber! Lo que sí que es cierto es que tú sigues sin tener nada para confirmar esa teoría tuya del asesinato, y yo sí tengo muchas que prueban un suicidio.

«Por el momento», pensé orgullosa.

—Tienes razón, será mejor que lo olvide —intenté decir de la forma más creíble posible, en un tono más bien conformista, pero a veces olvidaba quién era la persona que estaba al otro lado del teléfono.

—Espero por tu bien que estés hablando en serio. Ni tú eres Agatha Christie, ni los casos se resuelven con simples indagaciones, ¿me has entendido? Si te he mandado esa grabación es para que te olvides de todo eso y sigas escribiendo, que lo haces muy bien. —Estaba soportando el rapapolvo

que me estaba echando hasta que oí aquella última frase.

—¿Qué?!

—Pues que al final he leído un libro tuyo. —Aquella revelación me hizo estremecer. Estaba convencida de que un hombre como Martín jamás leería una novela romántica ni aunque se lo propusiera. Lo imaginaba leyendo cosas como *El señor de los anillos* o *Los mitos de Cthulhu*, si es que leía algo. Entonces me invadieron unas ganas inmensas de saber qué le había parecido.

—¿Y? ¿Cuál es tu opinión? —pregunté fijando la vista en mis estanterías abarrotadas de libros. Ya no tenía sitio donde meterlos, los tenía por toda la casa, apilados hasta en la cocina, y aun así seguía comprando novelas de manera enfermiza.

—Bueno...

—¿No te gusta! —exclamé sin dejarlo terminar.

—María, yo no he dicho eso. Siempre te adelantas a lo que voy a decirte. Deberías escuchar más, te llevarías una agradable sorpresa —me amonestó el policía en actitud paternalista.

—Tienes razón —murmuré, sintiéndome fustigada por mis propios remordimientos.

—A ver, voy a ser muy sincero, porque pienso que eso es lo que esperas de mí.

—Tampoco te pases, ¿eh? Que estas cosas a mí me afectan —respondí de inmediato con la voz temblorosa. No quería verme atormentada por sus comentarios toda la noche, las críticas constructivas las aceptaba, pero los puntos negativos llegaban a obsesionarme. Era demasiado autocrítica.

—Ya lo sé —dijo carcajeándose, me encantaba oírlo tan despreocupado desde el otro lado del teléfono, una pena no tenerlo en frente para poder verlo —, por eso voy a decirte la verdad... —Y entonces volvió a hacer una larga pausa. Creo que disfrutaba haciéndome rabiar como una niña pequeña—. ¡Espero que no te hayas desmayado todavía!

—Habla ya, por favor —protesté.

—Está bien, creo que ya te he hecho sufrir bastante. Te diré la verdad, y es que... ¡me has dejado alucinado! Yo esperaba leer una historia donde los protagonistas se enamoran en cuanto se ven, de manera casi inmediata, y salen corazoncitos por todas partes. Tú ya me entiendes.

—El *instalove* —añadí.

—¿Umm?

—El *instalove* es cuando dos personajes se enamoran de forma instantánea, a menudo sin saber mucho uno del otro más allá de su apariencia física o una sola conversación. Existe en la romántica, pero no en mis novelas. Básicamente porque no creo en él, pero tiene sus fervientes defensores. Ya sabes lo que dicen, para gustos los colores. Es más típico de las novelas *young adult*, aunque se supone que el amor a primera vista no tiene edad. Yo creo que en la vida real solo existe cuando una madre ve a su hijo por primera vez, por ejemplo, lo demás son cuentos chinos. Enamorarse no es lo mismo que sentirse atraído, que no lo quieran llamar amor cuando quieren decir sexo. —Un silencio me dio a entender que había vuelto a hablar demasiado. —Lo siento, estabas hablando tú.

—¡No, no, está bien! Me acabas de dar una soberana clase sobre el *tristanlove* ese, pero ha sido divertido. Yo tampoco creo que exista el amor a primera vista, María, eso es para las novelas cursis.

—¡Y dale! —Aquella expresión provocó una nueva carcajada en el policía que me hizo sonreír. Esta noche a Martín le tenían que haber dado la paga extra porque se le notaba de buen humor.

—¿Quieres que continúe con mi valoración?

—Sí, por favor.

—Bien. La historia no solo me ha gustado porque tiene una trama interesante y está bien construida, sino porque los personajes son creíbles, nada estereotipados. Ni el chico es el típico cachas superguapo, ni ella es un pibón de medidas imposibles. Además, te ríes con algunas cosas que les pasan, y también te hace pensar un poco sobre lo que les está sucediendo y por qué actúan de esa manera... —Otra pausa desconcertante al otro lado del auricular. Yo estaba aguantando la respiración, estrujando con una mano el móvil y con la otra los dedos de mis pies, mientras me imaginaba a Martín con su sonrisa macarra. Pensaba que iba a empezar con la parte negativa de su opinión, cuando continuó diciendo—: María. —Respiró profundamente, como si le costase lo que estuviera a punto de decir—. Estoy hablando de cuando se enamoran, ¿sabes a lo que me refiero? En tu libro sí que me parece algo verosímil. Porque al chico le cuesta soltarse, y luego entiendes por qué. Eso hace que poco a poco te llegues a poner en la piel de los personajes, consiguiendo que al final te enganche la historia de tal manera que no puedas dejar de leer. Aunque...

—¿Sí? —Ya sabía yo que habría un pero.

—Bajo mi humilde opinión, tu *prota* esperó demasiado para darse el lote con la chica. Yo ya estaba deseando que sucediera algo entre ellos desde la página veinte. —Aquella confesión, que no esperaba, me hizo reír a mandíbula batiente liberando así por la tensión que había acumulado en pocos segundos. Para ser la opinión de un chico, estaba muy bien. Mucho mejor de lo que yo esperaba. Además, con la descripción de aquella escena, sabía por fin qué novela había escogido para leerme.

—¡No me lo puedo creer, te gustan mis novelas! —exclamé emocionada, aferrándome a mis rodillas—. ¿No temes volverte marica o algo así por reconocerlo en voz alta? —bromeé con él, provocándole una carcajada más.

—¡Muy graciosa! Lo cierto es que he empezado a preguntarme por qué dicen eso de «sentirse más cerca del lado femenino». ¿Qué pasa? ¿Soy menos hombre por haberme sentido así en algún momento de mi vida y entender tu historia a la perfección? —No pude responderle esta vez. Aquella respuesta merecía un aplauso en forma de GIF, y era lo que estaba haciendo mentalmente. De modo que él continuó diciendo—: Iba a leer solo un par de capítulos y me quedé leyendo hasta las cuatro de la mañana. Cuando me sonó el despertador al día siguiente me acordé un poquito de ti, eso también te lo he de decir.

—¡Lo siento! —le dije, aunque no lo lamentaba. Era lo más bonito que me había dicho desde que nos conocimos.

—No lo sientas, es lo que te venía a decir. Lo mejor de todo fue que me olvidé de muchas cosas mientras leía tu libro, y eso hacía tiempo que no me pasaba. Desconecté de tal modo que me dio igual que pasasen las horas en el reloj, estaba metido de lleno en esa historia que tú habías escrito, y fue fantástico perderme en ella. Gracias, en serio, porque lo necesitaba. —Rectifico: esto sí que había sido lo más bonito que me había dicho nunca nadie. Me toqué las mejillas, estaban coloradas.

—Gracias... —logré decir después de un silencio prolongado, esta vez por mi culpa. Sus palabras me hicieron sentir unas tremendas ganas de llorar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No, no está basado en la vida real —me adelanté a decir.

—No es eso lo que iba a preguntar, pero gracias por la aclaración. —Y después de aquello me sentí muy impertinente—. ¿Por qué elegiste ese seudónimo? ¿Por qué Heather Wright? —De nuevo demostraba un afán casi periodístico en ciertos asuntos que no se relacionaban en absoluto con

Yolanda, sino conmigo.

—Es una historia muy larga. Te la resumiré diciendo que es el nombre de un personaje.

—¿Y? —Martín esperaba atento al otro lado, quería saber más de mí.

—Pues que después de leer esa novela, fue cuando decidí lanzarme a escribir. Yo había pasado por una ruptura amorosa y, en esa época, poner ciertas cosas sobre un papel se convirtió para mí en una salvación. A pesar de que nadie creyese que aquello fuera a convertirse en mi profesión, yo nunca me había sentido tan bien haciendo algo, así que, cuando empezaron a publicarme, entendí que debía seguir adelante con ello. Había encontrado el sentido a mi vida.

De pronto un hipido me delató, entonces supo que estaba haciendo un esfuerzo muy grande por contener mis lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, lo siento, es que... —Hablar con él resultaba demasiado fácil—. No suelo decir cosas así. ¿Sabes? En las entrevistas no me explayo tanto. A nadie le interesa mi vida, en realidad, solo quieren que siga escribiendo.

—A mí sí me interesa —murmuró haciéndome sonreír. Seguro que sería una frase de las muchas que diría cuando estaba trabajando.

—Verás, no es fácil. En realidad, nada lo es, pero la gente que está a tu alrededor puede que te anime a que lo veas de manera distinta. Sin embargo, yo no he tenido el apoyo de mi familia como la mayoría de mis compañeras, mis padres no entendían por qué pasaba horas frente al ordenador escribiendo y, solo cuando vieron que empezaba a ganar dinero, dejaron de meterse conmigo. Por eso decidí trasladarme a vivir aquí, a Madrid. En casa ya no me ataba nada, y necesitaba independizarme. Liberarme un poco del cordón umbilical. Pero llevo ya seis meses aquí, y a veces dudo de haber tomado la decisión correcta, no sé si ha sido una buena idea dejarlo todo para hacerme escritora. Creo que no tengo la fortaleza suficiente como para superar ciertas cosas de este trabajo: las malas críticas, los amiguismos, el pirateo. Además, soy muy inocente cuando se trata de pelear por mis intereses a la hora de firmar un contrato, mis propias compañeras me lo dicen. Necesito un agente literario, pero por ahora prefiero ahorrármelo, soy así de estúpida. Yolanda siempre se cabreaba conmigo por eso. En definitiva, creo que voy dando pasos en falso y, cuando pienso de esta manera, me hundo. Me planteo de manera constante si lo que estoy escribiendo es interesante o no, si gustará

como la anterior novela, si llegarán a entenderla. En resumen, que no soy mucho mejor que cualquiera de mis protagonistas. —Escuché el rozamiento de las sábanas al otro lado, Martín también estaba en la cama. De pronto, me sorprendió su voz:

—¡Para y escúchate un poco, María! Tú misma te estás dando cuenta de que ese camino no es el correcto. Como tú dices, si sigues pensando así, durarás muy poco y eso sería algo terrible. Si pensar en tus lectores te supone un problema, porque quieres estar a la altura de sus expectativas, olvídate de ellos y escribe solo lo que te guste porque te haga sentir bien. Como antes. Si lo que escribes no te divierte, no merece la pena seguir haciéndolo. —Las palabras de Martín actuaban como un bálsamo. Había dejado en el suelo el portátil y me había tumbado en la cama, apoyando mi mejilla en la almohada para seguir escuchándole.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—¿Tengo escapatoria?

—Eres psicólogo o algo así, ¿verdad?

—No, no lo soy. Yo solo escucho y pienso en una solución factible. Tu caso es bastante fácil, para variar. Ser psicólogo no es un requisito imprescindible para ser negociador, si no, yo no lo sería. Antes de mi accidente yo solo era un policía más con ganas de hacer cosas importantes, y después pensé que jamás podría reincorporarme al cuerpo. Sin embargo, en este departamento tuvieron más en cuenta mis aptitudes que mis capacidades físicas. —Era la primera vez que me hablaba de él, supongo que porque yo antes lo había hecho y se sentía en deuda conmigo. Había marcado mucho lo de su «accidente», como él lo había llamado.

—¿Como cuáles? ¿Qué aptitudes son las necesarias para ser un buen negociador? —quise saber. Desde hacía tiempo sentía curiosidad por saber en qué consistía su trabajo.

—Umm, bueno... —Creo que él mismo se dio cuenta en ese momento de que hacía tiempo que habíamos dejado de hablar de Yolanda—. Pues... el control emocional, las dotes de comunicación, poder transmitir calma en situaciones estresantes. Por ejemplo, tú jamás podrías ser una buena negociadora, lo siento, te desmayarías antes de poder ayudar a nadie. —Aquello me hizo reír una vez más.

—Ni podría ser médico, lo reconozco, no podría superar la muerte de un paciente. Soy demasiado empática, aunque no lo siento como una debilidad. A

mí me ayuda para poder escribir, creo que es muy difícil poder aislarse del problema como vosotros hacéis.

—Tampoco es fácil para nosotros, no te creas. Y eso que yo no suelo ser el mediador, solo colaboro facilitando estrategias, pero aun así es muy duro.

Los dos nos quedamos en silencio. Aunque su conversación me resultaba de lo más interesante, necesitaba descansar. «¿Qué hora sería?». Mi vecino había dejado de canturrear y se había ido de su casa, así que supuse que ya sería tarde.

—María, ¿te has dormido?

—¡No, te estaba escuchando, de verdad! Pensaba que me ibas a decir algo más —murmuré medio adormilada—. Tu trabajo es de lo más apasionante.

—Claro, la pasión nos desborda cada día —dijo él mofándose de mí, y recordé en ese instante las dos arrugas que alargaban su mirada cuando sonreía—. Buenas noches, María. Ya es hora de que descanses.

—Buenas noches, Martín.

## Capítulo 15: Al día siguiente

(María)

Amanecí con el móvil en la mano: estaba apagado porque se le había agotado la batería. Entonces recordé mi interminable conversación con Martín. ¿Cuánto tiempo habíamos estado hablando? En cuanto enchufé el cargador, lo averigüé. Duración de la última llamada: ¡una hora y cuarenta y tres minutos! «¿Cómo?». Terminamos rozando la madrugada sin apenas darnos cuenta, con razón me había quedado dormida.

A mí me gustaba levantarme al alba para repasar lo que había escrito el día anterior. Tenía más que comprobado que de noche no se discriminan las ideas malas de las buenas, así que muchas veces tenía que borrar lo último que había escrito si ya era tarde y estaba muy cansada. A veces me daba por poner cosas absurdas que solo encajarían en un programa de la tele. Leer mientras me tomaba un café y se despertaban las primeras chicharras en verano era de las rutinas que más me gustaba practicar. Subía los pies a la silla y, sentada frente al escritorio, abrazada a mis rodillas, con una gran taza en la mano, leía las diez o veinte páginas que solía escribir a diario. Sin embargo, esta mañana tenía otras prioridades. Tenía que averiguar qué le había pasado a Martín para perder su pierna en ese «accidente», tal y como él lo había llamado el día anterior. Supuse, no sé por qué, que había sido estando de servicio.

San Google volvió a prestarme toda su ayuda. No tenía ningún dato más salvo su nombre, así que lo escribí a ver qué aparecía. Había un periodista y un jugador que se llamaban como él, pero nada que me interesase. Entonces puse junto a su nombre la palabra «policía» y apareció ante mis ojos la noticia de su accidente:

*Encontrado y capturado el Asesino de las cadenas. Un policía pierde una*



*pierna en una espectacular persecución que terminó con la captura del famoso criminal.*

Había un vídeo que acompañaba aquella noticia que me había dejado helada. De pronto sentí un escalofrío que recorrió toda mi espalda: «¿Iba a ser capaz de ver aquello?». Yo no era morbosa, jamás lo había sido, pero necesitaba saber cómo había sido aquel accidente que le había dejado marcado para toda su vida. Hice memoria, mirando al vacío durante un momento, y me di cuenta de que yo misma recordaba los comentarios de esa noticia en la cafetería de la universidad. La captura de aquel asesino fue muy celebrada por todos esos días. Ese tipo había violado y matado a dos mujeres, abandonando los cuerpos en un pozo ciego olvidado. Las había ahogado utilizando unas cadenas de hierro, de ahí el nombre que le había puesto la prensa. La policía había tardado en dar con él, y, cuando por fin le encontraron, me dijeron que había sido algo muy impactante. Yo nunca quise ver esas imágenes. Siempre daba la espalda a noticias así, por eso nunca había leído antes su nombre. *Martín Correa, de veintiséis años, sufrió ayer un terrible accidente con su moto tras identificar en un rutinario control de la policía al Asesino de las cadenas.* Martín tenía mi edad cuando le había pasado todo aquello, y mientras seguía leyendo empecé a sentir mucha rabia por lo injusta que había sido la vida con él. Entonces mi mano se deslizó por la alfombrilla, dirigiendo el puntero del ratón hacia el vídeo, y mi dedo cliqueó un par de veces. Pronto las imágenes hablaron por sí solas ante mis ojos. Lo vi, vi al Martín Correa de hacía cinco años, con sus dos piernas conduciendo una moto a toda velocidad. Esquivaba los coches por la autovía con verdadera pericia, intentando dar alcance a un Peugeot que segundos antes se había saltado el control donde estaba trabajando. Casi no podía respirar, quería decirle a aquel chaval que no siguiera acelerando, que después no habría solución para él, pero ya no habría nada que hacer. Seguí observando estupefacta aquella terrible escena, preparándome para el espantoso desenlace. Ya se veían varios coches de la policía en las vías de incorporación, que pronto bloquearían su paso, cuando el helicóptero que estaba filmando toda la persecución se adelantó unos metros. Un camión se había volcado y estaba atravesando esa misma vía, todos los turismos que circulaban en ese momento estaban parados con las luces de emergencia puestas, obligando al Peugeot a frenar en seco. Cosa que no hizo Martín.

No quise ver el resto, solo escuchaba la voz de la periodista explicándolo.

De los coches habían salido decenas de policías que apuntaron de inmediato con sus pistolas al criminal, reduciéndolo en cuestión de segundos. A lo lejos, decía la chica, una ambulancia atendía al único policía herido.

Empecé a llorar sin consuelo, sintiéndome muy impotente por todo lo que había visto. Martín no se merecía lo que le había pasado. Él ahora tendría que estar en alguna de esas misiones en las que yo jamás me fijaría, porque no me gustaba ver tanta violencia. Era fácil imaginar que a aquel chico de veintiséis años le gustase la acción, y que su profesionalidad le hiciese salir detrás del asesino en cuanto lo reconoció en aquel control. Ese maldito día, un frenazo que no llegó a tiempo, había truncado su vida tal y como la tenía pensada.

«¿Cuántas veces habrá vivido esta escena en su cabeza?», pensé abatida. Y me sentí tan desmoralizada que no pude escribir durante días...

## Capítulo 16: El bibliotecario

(Sancho)

Mi pequeña escritora, el solaz de mis penas literarias, permanecía en silencio mientras conducía. Su perfil, acariciado por el sol, parecía no haber descansado muy bien estos días en los que no nos habíamos visto. ¿Problemas en el paraíso de la juventud? Algo rondaba por su mente inquieta, y mientras escuchábamos *The Passenger* de Iggy Pop en la radio de su coche, era testigo de cómo sus ideas iban dando forma a un nuevo proyecto en su cabeza.

—¿En qué estás pensando? —le dije sintiéndome muy identificado con aquel estado de ensimismamiento.

Yo había sido como ella, había pasado por esa misma etapa, una preñada de motivación y ganas de escribir. Una en la que todo lo que pasa a tu alrededor te inspira y consigues hilar algo de la nada en tan solo unos segundos, porque tienes una visión tridimensional de las cosas, consiguiendo que todas las piezas del rompecabezas encajen en seguida. Es una época fértil de escritura compulsiva, donde puedes concentrarte en tu propio mundo porque nada más a tu alrededor te perturba. He de añadir que este período febril también está relacionado con la edad. Yo era tan joven como María cuando empecé a escribir novelas de misterio. Porque a los veinte, incluso a los treinta, se viven las cosas de otra manera. Como, por ejemplo, el amor. Y no estoy frivolizando por ser viejo, si no por haber sufrido demasiado.

—¿Alguna vez has escrito dos novelas a la vez? —preguntó por fin María mientras girábamos por la Cibeles, borrando esa mirada inescrutable hacia el horizonte, saliendo ella misma del hermetismo en el que se había encerrado. Creo que acababa de darse cuenta de que estaba allí, sentado junto a ella.

—Claro, pero no te lo recomiendo. Yo he llegado a confundirme con los

nombres de los personajes en mitad de una novela, y menos mal que lo vi después en las galeradas. Pero si has de hacerlo de todas maneras, que sean novelas de distinto género, o una más ligera que la otra. —Habíamos parado en un semáforo, y María se acariciaba el pelo con lentitud mientras me miraba muy seria, escuchándome en silencio. Centrando toda su atención en lo que estábamos hablando, pero yendo más allá de la conversación, mucho más allá.

—¿Puedo hablar contigo en confianza? —me preguntó poniéndose en marcha de nuevo, después de haber recapitulado mis palabras y haberse mordisqueado los labios. Esos labios pintados con un simple brillo que me traían de cabeza, eran puro pecado.

—¿En serio me estás preguntando eso a estas alturas? Pues mira, ¡no lo sé! Estoy aquí metido, en este horno de asar, porque tu cochecito de juguete tiene roto el aire acondicionado y me encanta sudar como un pollo en pleno verano. No me gusta hacer el babiaca, ¿sabes? Así que, si todavía piensas que me divierte esta situación, estás muy equivocada.

—Lo siento, tienes razón...

—¡Déjate de tonterías! Aún estoy esperando que me expliques qué te pasa, y que sepas que cualquiera con menos paciencia que yo te habría mandado a la mierda hace un rato.

—No me pasa nada, estoy bien. Solo que llevo unos días pensando en algo, pero no sé por dónde empezar.

—¿Por el principio? —María me miró de soslayo mientras conducía y, apartándose de los ojos un par de mechones de su flequillo, sonrió como solo ella sabía hacer. ¡Por enésima vez esta chica me había robado el corazón!

—Sigues pensando que todo esto es una locura, ¿verdad? Lo de buscar al asesino de Yolanda y todo eso.

—Da igual lo que yo piense, Heather Wright, tú eres ahora la que está escribiendo esta historia y yo solo estoy aquí como tu *partenaire* —le dije utilizando una metáfora que la hizo sonreír mientras maniobraba marcha atrás.

—A veces creo que continúas a mi lado porque me diste tu palabra y ya no te puedes echar atrás. Como si tus principios te lo prohibiesen —dedujo mi pupila.

—No digas esas cosas, hasta pueden pensar que me estoy comportando como un caballero. ¡Vamos, dime de una vez en qué estás trabajando! —insistí para evitar sentirme una persona honrada.

—Bueno, Yolanda siempre me prevenía con estas cosas, me decía que no se

me ocurriese contarle un proyecto nuevo a otro escritor si aún no lo tenía registrado.

—Salvo que ahora me ponga a escribir romántica, cosa que solo pienso hacer después de muerto, no creo que yo pueda robarte ninguna idea.

—Pues a mí me encantaría escribir una novela a cuatro manos contigo. Estoy segura de que quedaría muy bien, porque somos muy diferentes y, sin embargo, nos complementamos —me confesó girándose por completo hacia mí cuando ya había aparcado, asombrándome con aquella escandalosa idea.

—Y a mí me encantaría hacer de todo contigo, guapa, pero no creo que pudiera seguirte el ritmo. La Viagra no da para tanto, lo tengo más que comprobado. —María respondió con una de sus carcajadas celestiales y meneando la cabeza mientras se quitaba el cinturón, no había nada que hacer para salvarme del infierno de los pecadores.

—¡Vale, te explico! Teresa me hizo una petición de las tuyas, ya sabes. —Y puso una de sus caras de chiste—. Quiere que escriba una novela que, según ella, va a ser un éxito asegurado. Pues bien, estaba empezando su encargo sin muchas ideas, cuando de repente he tenido «la idea». ¿Sabes a lo que me refiero?

—Me parece que sí —dije con una sonrisa amarga. Era como si ella me estuviera explicando que acababa de tener un orgasmo cuando a mí ni siquiera se me levantaba. Conocer a la perfección a qué sensación se refería solo me servía para autocondemnarme. Estaba hecho una piltrafa.

—Esta idea se podría convertir en una gran historia, pero no puedo hacerle mucho caso, porque estoy escribiendo la novela de Teresa. Me siento muy frustrada, no sé si me entiendes.

—Sí, claro que te entiendo. Escúchame bien, María: ¡No le hagas caso a tu editora y escribe lo que te dé la gana! Teresa es una manipuladora. Te exprimirá y exprimirá, hasta que no quede nada en esta cabecita. Para ella eres una máquina de hacer dinero, ni más ni menos —le avisé dándole toquecitos en la frente con el dedo índice—. Las novelas por encargo son hijos contrahechos que nunca salen bien parados.

—Hasta ahora no había aceptado nada parecido porque no lo necesitaba para mantenerme, pero ahora que dependo de mí misma, cuantas más novelas escriba, más ingresos. Ya sabes cómo va esto. La última novela hace que se vendan las anteriores, y eso es lo que intento. No dejar de aparecer en el *ranking* de Amazon.

—¡Al cuerno ese *ranking*! —dije enfadado conmigo mismo.

—Pero si tú siempre figuras en él, ¿de qué tienes miedo? Seguro que podrías estar sin escribir durante años gracias a tus *royalties*.

—Bueno, tampoco te creas. ¿Quién sabe? Puede que dentro de unos años aparezca un jovencito como tú, al que empiecen a llamarlo el nuevo Philip Kerr español, y, siendo más hábil que yo en las redes sociales, consiga desterrarme para siempre de todas las listas y *rankings*. Este negocio es así, querida. A rey muerto, rey puesto —dije saliendo del coche como ella hacía, odiándome a mí mismo por querer seguir jugando a los detectives con esta ola de calor ya típica del mes de julio—. Por ahora tú no tienes de qué preocuparte, eres «la nueva», y Teresa está que no caga contigo. Además, piénsalo bien, ahora que Yolanda Reyes está muerta, tú tienes todas las papeletas para ascender al trono como la nueva reina de corazones.

—De verdad, Sancho, cuando te pones a hablar así me das miedo. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

Yo me encendí un cigarro a modo de respuesta. No era insensible, me consideraba un tipo pragmático.

Cruzamos una concurrida plaza Santa Ana hasta llegar a la calle del Príncipe, donde vivía Carlos Morales, el periodista que María había señalado como presunto asesino. Yo seguía a la eficiente María con gran interés, quería ver hasta qué punto podría desenvolverse en aquella situación. Aprovechamos que una mujer salía del portal para coger la puerta antes de que se cerrase y, con una sonrisa en los labios, entramos juntos en el ascensor.

—Esta es la suerte de los novatos, no creas que todo va a ser así de fácil —le advertí teniéndola a un paso de mí.

—¡Ah! ¿Pero es que también es tu primera vez? Pensaba que ya habrías intentado entrar en casas ajenas para buscar pruebas en tu anterior trabajo como investigador privado.

—Yo nunca he sido investigador privado, ni siquiera he estado en la científica como han dicho por ahí, y menos he convivido con un criminal. Aunque puede que mi exmujer responda a esa definición a la perfección —murmuré pensativo.

—¡Oh, venga! ¡¿Y todo lo que he leído sobre ti?! —exclamó enojada.

—Hija mía, no te creas todo lo que lees en las revistas porque la mayoría de las veces no se informan, solo copian y pegan de la anterior que tampoco preguntó —dije abriendo la puerta del ascensor, dejándola pasar a ella

primero para admirar sus preciosas posaderas.

—¿Y a qué te dedicabas antes de ponerte a escribir?

—Trabajaba en la biblioteca de la Complutense.

—¿Eras bibliotecario?! —gritó mirándome con esos ojazos bien abiertos. Y, antes de que apretase el timbre, se abrió la puerta de la casa que queríamos abrir. «¡Salvado por la campana!».

Una jovencita de unos quince años apareció ante nosotros, con unos auriculares enormes en las orejas y montada sobre sus patines en hilera.

—¡Hola! ¿Está Carlos en casa? —María había recuperado el color en las mejillas y, con su meloso timbre de azafata de vuelo internacional, se dirigía a la muchacha, que no hacía más que mirarla de arriba abajo.

—Está comprando, sube en seguida. Yo... yo ya me iba... —añadió la chica dudando entre salir o volver a entrar, dejar la puerta cerrada o abierta.

—¡Oh, estupendo! Tú entonces serás Natalia, su hija —comentó María muy resuelta. Estaba seguro de que se lo estaba inventando todo. Sería escritora, pero, gracias a esa cara tan expresiva, sus dotes para la comedia resultaban innatas. Hasta yo me creí que fuera amiga íntima de Carlos.

—Vanessa, me llamo Vanessa —dijo la chica.

—¡Ah, eso! Lo siento, es que soy fatal para los nombres. Mira, era para recoger la gorra que le dejé a tu padre el otro día. Es de mi marido, y el pobre tiene una perra muy gorda con que se la devuelva porque es suya. Con la edad, Vanessa, la próstata no les funciona bien y se vuelven como niños —le dijo vengándose de mí por lo que acababa de confesarle—. Así que, si no es mucha molestia, ¿podría pasar a por ella? Será solo un momento. —María me señaló como su marido, lo que me hizo saludar a la chica con la mano.

—Ehh, esto... —La pobre Vanessa estaba todavía asimilando lo que veía mientras María me guiñaba un ojo. Al parecer, era mi turno para completar la escena.

—¡Bah, cariño, déjalo! Lo esperamos abajo. Si total, solo hace cuarenta grados allí fuera... —Aquella frase dio en el clavo para que la hija del periodista nos dejase entrar y buscase con nosotros la dichosa gorrita.

—¡Bien hecho, Sancho! —me dijo por lo bajini mientras chocábamos los cinco a espaldas de la chica.

—Yo juraría que jamás he visto a mi padre llevar gorra —comentaba en voz alta la chica abriendo para María el armario ropero de Carlos Morales.

—¡La madre que...! —dije al ver la fila inmensa de trajes que tenía mi

amigo. «¿Pero en qué trabajaba este en realidad?».

María terminó buscando hasta en la basura, pero nada. Ni rastro de la gorra. Después de pasar los diez minutos más vergonzosos de mi vida, obligué a María a dar por finalizada su búsqueda. Allí no había nada que incriminase a aquel tipo y, antes de que apareciese por la puerta de su casa, prefería irme de allí cuanto antes. Si nos viera, iba a ser muy difícil de explicar nuestra presencia.

—Vámonos, mi vida, que debe de habérsela dejado en el periódico —dije haciéndole señales con los ojos y la cabeza para que nos fuéramos.

—¿Pero no queréis esperar a mi padre? Estoy segura de que sube en seguida —insistió la chica.

—¡Oh, no te preocupes! Tenemos prisa, en otro momento. ¡Gracias, guapa!  
—Y para darle mayor autenticidad a nuestro papel de pareja encantadora, mi mano derecha fue bajando por la espalda de María mientras nos acercábamos al ascensor.

—Menuda embustera estás hecha —le susurré al oído, aproximándome a ella hasta oler su perfume.

—¿Hablas conmigo, bibliotecario? —preguntó ella levantando la cabeza y mirándome a los ojos indignada, apartando entonces mi mano de su trasero cuando estábamos a solas.



## Capítulo 17: Sola

(María)

—Buenos días, queridos escuchantes; hoy tenemos una invitada muy especial en el programa, que se ha resguardado en nuestro estudio asustada por las altísimas temperaturas con la que nos hemos levantado en este día. Ella es una jovencísima escritora que ha revolucionado la escena literaria española en cuestión de unos pocos años, y a la que todavía le quedan muchísimas historias con las que robarnos el corazón. Muchísimas gracias, Heather Wright, por aceptar nuestra invitación a esta humilde casa de la Radio, es un placer poder hablar contigo.

—Gracias a vosotros por haberme invitado —respondí con torpeza ante la magnífica presentación de Pepa Fernández mientras me ajustaba los cascos. Todo lo buena que era escribiendo, lo perdía hablando, y por eso no me sentía cómoda en este tipo de entrevistas.

Habían utilizado como cabecera la canción de *Venus* de Schocking Blue y aquello me había hecho sonreír. Yo no me veía como ninguna deidad, ni pensaba que mis libros hubiesen revolucionado nada, como había dicho Pepa. Debía tener los pies en la tierra y ser consciente de que era la novedad del momento. Como suele decirse, estaba en el lugar adecuado en el momento preciso. La romántica era un género en alza, que ocupaba cada año más cuota en el mercado. Una cantidad ínfima comparada con lo que se vendía en Estados Unidos, pero que había hecho girar el cuello a muchos empresarios en España. De un año para otro se había duplicado el número de editoriales especializadas, aunque no todas se regían por los mismos principios.

La última buena nueva que había compartido por las redes era que una cadena de televisión por cable había comprado los derechos audiovisuales de

una de mis novelas y, en breve, todos podríamos ver y oír con emoción, yo la primera, a sus protagonistas de carne y hueso. Esperaba con impaciencia saber el nombre de los actores mientras me tenía que concentrar en seguir escribiendo el encargo de Teresa, promocionar mi última novela y elegir la portada de otra que se publicaría a primeros de año. En resumen, ya estaba preparada para morir, porque todos mis sueños se habían hecho realidad.

—¿Y cómo puede ser que una chica que escribe sobre el amor de esa manera no esté enamorada? —me preguntó Pepa a micro cerrado. Y, aunque no era la primera vez que me veía enfrentada a semejante dilema, seguía sin saber muy bien qué contestar para no parecer una amargada social.

—Será que me tienen miedo, por si luego escribo sobre ellos —bufé con desinterés, provocando una risotada general.

No estaba para muchas bromas. Estaba muy desanimada desde que supe que Sancho me había mentido. No me dolía que no hubiese sido detective privado, lo que más daño me había hecho era que no hubiese intentado decírmelo en ningún momento.

Cuando salimos de la casa de aquel periodista, Sancho se enfadó conmigo porque le dije que ya sabía que no íbamos a encontrar nada. Estaba convencida de que había sido otra mujer.

—Entonces... ¿qué cojones estábamos haciendo en la casa de ese tipo, María? —protestó con su habitual lenguaje soez, sin el que era incapaz de salir de casa.

Le expliqué entonces que, antes de descartar a mi sospechoso número uno, quería estar segura de que no fuera él.

—Pero ¿tú te crees que esto es un juego? ¿Crees que somos Starsky y Hutch? Te metes en las casas de la gente con cualquier excusa, mientes como una bellaca, y encima te enfadas conmigo porque se me olvidó decirte que había un dato de mi biografía que era incorrecto. Lo siento, chica, pero creo que esto ha dejado de ser divertido. Ni tú ni yo somos policías, todo esto de la investigación se nos está yendo de las manos.

—Tienes razón, Sancho. Ahora ya sé que ninguno de los dos tenemos ni pajolera idea de lo que estamos haciendo. —Y sin darle opción a réplica, le di la espalda y apreté el paso para que no pudiera alcanzarme.

En parte, Sancho tenía toda la razón. Estábamos jugando a ser detectives sin estar preparados para ello. Me había sentido tan respaldada con su supuesta experiencia que, desde que había aceptado ayudarme, había sentido mucha

seguridad al seguir los pasos que él me había ido dictando. Pensaba que iba sobre segura. Pero ahora que conocía la verdad sobre su pasado, ya no sabía si volver a llamarlo cuando tuviese una nueva pista. Si podría volver a confiar en él.

La llamada que me había dejado Martín hablaba una mujer, y buscar una mujer en lugar de un hombre como presunto asesino era el «más difícil todavía». Yolanda vivía rodeada de mujeres por todas partes, y me encontraba en un punto de no retorno, en el que de nuevo no sabía ni por dónde empezar a buscar. Me encontraba frente a un mar de dudas, esta vez mucho más grande que el anterior.

Angustiada por tener que tirar la toalla sin haber llegado a ninguna conclusión sobre la muerte de Yolanda, me puse frente al muro de mi casa donde había dejado colgada toda la información que había conseguido reunir hasta el momento. Aquella pared se había convertido en una radiografía de la vida de Yolanda. Allí estaba reflejado todo mi trabajo de investigación, toda mi buena voluntad por descubrir al asesino. Se podía hacer un recorrido a través de noticias de la prensa o fotos de las relaciones que había mantenido, al menos, las más conocidas. Los lugares que le gustaba frecuentar y con quién. Sus manías, algunas tan disparatadas como publicar siempre en un día trece o no comer ni beber nada frente a su ordenador. Un sinfín de datos que no me valían para nada, en realidad, y entre los que ahora necesitaba discernir lo que era realmente importante.

Fui corriendo al cajón de mi escritorio, cogí un paquete de chinchetas y, de vuelta al salón, pinché alrededor de la fotografía de Yolanda las fotos sacadas de Internet de las mujeres que se encontraban en su entorno más cercano, incluida yo misma. Allí, entre todas aquellas escritoras y fanáticas lectoras, se encontraba mi siguiente sospechosa.

De pronto, sonó mi teléfono. Alguien me acababa de enviar un mensaje:

*No podemos dejarlo ahora, creo que ya sé quién puede ser la asesina de Yolanda.* Ni le respondí. Estaba cansada de que Sancho me tomase por una niña inocente, fácil de engañar. Esta vez no iba a caer en su trampa.

A los pocos segundos, otro mensaje iluminó la pantalla de mi móvil:

*Prometo no ocultarte nada más sobre mi vida a partir de ahora: me operé de fimosis cuando tenía ocho años, y desde entonces no he dejado que ningún otro hombre me toque la picha. ¿Contenta?*

Aquello me hizo sonreír, pero tampoco contesté. Sabía que habría un

tercero, Sancho no se daría tan fácil por vencido.

*Venga, Heather, estábamos haciendo muy buen equipo. ¿Quién me va a decir ahora que soy un marrano? ¡Con lo que me pone que me sermonees! Por favor, perdóname. Para mí sigue siendo muy importante encontrar al asesino de Yolanda, en serio.*

Resoplé ante este último mensaje, a veces, debajo de todas esas capas de humor irónico y escatológico, sabía que se escondía un buen hombre. Aunque llevase grabado en su ADN el gen de la indecencia.

—Está bien, ¡tú ganas! —dije cogiéndole la siguiente llamada que no se hizo esperar.

## Capítulo 18: Una nueva sospechosa

(María)

—Ya lo tengo. —Reconocí la ajada voz de Sancho al otro lado del teléfono.

—¿Qué tienes, si puede saberse?

—La asesina de Yolanda, ya sé quién es. Estaba haciendo *zapping* por la tele y, al ver a Kathy Bates en *Misery*, lo he tenido claro.

—¿Hablas de alguna nueva serie de Netflix? —pregunté sin mucho acierto.

—No, claro que no. Deberías leer más a Stephen King, te gustaría. La película de la que te estoy hablando se estrenó en los cines cuando tú todavía te entretenías viendo *Los mundos de Yupi*, por eso debe de ser que apenas la recuerdas. —Y allí se terminó mi paciencia.

—¡Sancho Herranz, basta ya! Deja de burlarte de mí o te cuelgo ahora mismo.

—No te sulfures, mi pequeño saltamontes. Creo que es un acierto pensar que es una mujer en lugar de un hombre. Busca entre los perfiles de sus fans, ¿quién es la más fanática de sus seguidoras? La que le ha dado un *like* a todas sus publicaciones, la que ha sido siempre la primera en comentar todas sus fotos. Busca a una lectora de este tipo, pero a la que, además, no le haya gustado el final de alguna de sus novelas y lo haya dicho con claridad. Una seguidora insatisfecha. Puede que entonces esa mujer sea tu asesina. —Mientras Sancho hablaba yo iba separando las fotos. Había apartado a un lado a las mujeres de su familia y a sus compañeras de profesión, creando un círculo más pequeño solo para las lectoras que más la seguían.

—Tengo a quince sospechosas, ¿no podríamos cerrar más el círculo? —Una risotada de Sancho hizo templar mis nervios. Debía enterrar el hacha de guerra si quería que me siguiese ayudando con el caso—. No tienes paciencia para

investigar, quieres que el asesino se te presente con una etiqueta en la frente que diga: «Lo hice yo, María. Deja de buscar».

—Pues bien podrían —murmuré sentándome en el sofá, sin dejar de mirar a la pared con las fotos de las sospechosas.

—Quita a las amas de casa, mujeres casadas con hijos y quédate con las solteras, viudas o divorciadas.

—¿Eso es por alguna idea machista de los tuyas? ¿Qué pasa? ¿Que si no tengo un hombre al lado tengo más probabilidades de volverme loca y matar a alguien? —pregunté mientras me metía en los perfiles de Goodreads de las sospechosas y leía sus valoraciones de los libros de Yolanda.

—No, en realidad las mujeres sois capaces de convencer a la pareja para que mate por vosotras. Sois muchísimo más listas que nosotros para planear un crimen.

—¿Entonces?

—Me has pedido que cierre el círculo, y lo único que hago es fiarme de las probabilidades. Una mujer sola tiene más tiempo para sus vicios y perversiones. Puede dar rienda suelta a su mayor obsesión.

—Vale, yo estoy sola y mi mayor perversión es meterme en la cama con calcetines en invierno.

—¡Es que tú eres una siesa!

—¡Soplagaitas! —Lo bueno de una discusión entre dos escritores es que nunca nos quedábamos sin improperios para decirnos en cualquier momento. Todo un lujo.

—Oh, venga, María. Pero si es que eres melindrosa y rebuscada hasta para insultar a alguien, ¿por qué no dices soplapollas y te quedas a gusto?

—Porque yo no soy tú, ¡gracias a Dios! —sentenció furiosa.

Mientras discutíamos fui descartando candidatas hasta quedarme con dos mujeres: Una de veinte años y otra de casi cincuenta. Más o menos de la quinta de Yolanda.

—Interesante —exclamó Sancho sin más, dejándome con la intriga.

—¿Interesante? ¿Qué es interesante? ¡Sancho, por favor! —Era en momentos como esos cuando mi vena asesina podía llegar a prenderse de manera definitiva.

—Imagínate que hubiesen sido compañeras del instituto, por ejemplo. Estoy seguro de que ya en esa época Yolanda desprendía ese magnetismo que la caracterizaba. La Reyes tenía una personalidad arrolladora, y eso a más de un

chico no le sería indiferente. Si la sospechosa se hubiese enamorado de un pobre jovencito hechizado por la magia de nuestra amiga escritora, y por eso la hubiese rechazado, semejante batacazo amoroso le podría haber creado un complejo de inferioridad. Con los años, estas cosas pueden dejar una herida muy profunda, y si no se gestionan con la inteligencia emocional suficiente, pueden dar lugar a psicopatías.

Mientras escuchaba la teoría de Sancho me metí en el perfil de la mujer más mayor, y fui buscando en las distintas fotos que había colgadas, para ver si encontraba alguna con Yolanda. Y, *voilà*, me topé con una de hacía más de tres años. Aparecían ellas dos en la caseta de la Feria del Libro que la editorial siempre abre para dar a conocer a sus escritores más aclamados. Y Miriam Llorens, como así se llamaba la mujer que estábamos poniendo en nuestro punto de mira, tenía una mirada extraña en aquella foto. Ni siquiera había estado pendiente de la cámara, solo de Yolanda. Solo tenía ojos para ella. Y me sugestioné de tal manera que, en mi subconsciente, la cabeza de la sospechosa se giraba en la fotografía para asustarme con aquella visión terrorífica.

—¡Ahhh! —grité temblando de miedo, haciendo que Sancho se preocupase por mí de repente.

—¿Qué pasa? ¿María? ¿Estás bien!?

—Sí, sí. —Y rascándome la cabeza después de comprobar que aquello solo era producto de mi imaginación efervescente, conseguí contestar—: Sancho, ven a mi casa. ¡Ya tenemos una nueva sospechosa!

## Capítulo 19: Actitud

(Martín)

Durante una fracción de segundo fue real, fue mía. Había tenido su cuerpo entre mis brazos, despertando todos mis sentidos. Su piel, deliciosa y suave, se había rendido bajo las caricias de mis dedos. María echó hacia atrás su cabeza, dándome permiso para seguir besándola. «Sigue», me dijo ronroneante mientras la contemplaba desnuda, así era aún más hermosa. Con los labios fui recorriendo todo su cuerpo, mientras ella se enredaba en mí. Sentirla tan cerca me aceleraba el pulso, descontrolando la situación. «Joder», murmuré delirante. Una pulsión agresiva y excitante daba rienda suelta a mis fantasías. Apreté sus nalgas para que no hubiese más espacio entre nosotros, y seguí besándola sintiendo su risa ahogada en mi cuello.

Al abrir los ojos comprendí que nada de lo que creía haber vivido esa noche había sucedido en realidad, ni sus labios habían bajado por mi pecho, ni me había susurrado nada al oído, ni me había podido sentir dentro provocándole ese gemido de placer que me había encendido como nunca. «Qué putada», me dije rompiendo el silencio de mi habitación y tragando saliva, aún con el roce de su piel en la yema de mis dedos.

Miré con resignación hacia el techo, y me incorporé furioso de la cama, retirando las sábanas. Ahí estaba el error, cuando sueño siempre tengo las dos piernas, y hasta entonces no me había dado cuenta. Hubiese preferido cien mil veces despertarme en mitad de otra pesadilla, al menos a ellas ya estaba acostumbrado.

Me quité la camiseta empapada en sudor y, maldiciendo, la tiré al suelo cabreado. Eran las cuatro de la madrugada, y hacía tanto calor que resultaba imposible conciliar el sueño. De todas formas, no quería volver a dormir, no



si iba a ver de nuevo a María en mi cama. Aquello había sido demasiado para mí. Haberla escuchado el otro día en la radio no me había hecho ningún bien, solo había hecho más presente esa sensación incómoda que me producía su recuerdo. Cuando pensaba en ella, me descentraba por completo, y no sabía muy bien cómo solucionarlo.

Me levanté con el esfuerzo habitual, disgustado conmigo mismo por ser tan estúpido, dispuesto a darme una ducha con agua bien fría para ver si desaparecía mi vergüenza por el desagüe.

Desde el accidente había tenido problemas para dormir, incluso había tenido que recurrir a las pastillas en más de una ocasión. Tenía un sueño recurrente, y en él volvía a ser testigo de todo cuanto me sucedió. Mi memoria parecía haber grabado todo con Full HD, porque nunca perdía detalle de lo sucedido. Las imágenes eran siempre muy claras, la moto acelerando y las sirenas a lo lejos. La sensación de velocidad y peligro volvía a mí, haciendo que regresara a ese momento en el que perdí una pierna cambiando para siempre mi vida. He chocado contra ese quitamiedos miles de veces desde aquel día, y aún no dejo de tener miedo cuando sucede.

«Y todo, ¿para qué? Dentro de diez años ese asesino saldrá con un permiso los fines de semana, y poco después recuperará su libertad por buen comportamiento. Y cuando eso suceda, ¿quién me devolverá a mí la pierna? ¿Quién les devolverá a los familiares las vidas de esas mujeres que habían sido violadas y estranguladas con unas burdas cadenas?». Esas eran las preguntas que me hacía cada mañana al levantar las sábanas y darme cuenta de que ahora mi vida era una gran mierda, aunque hubiese aprendido a lidiar con ella.

Debido a mis problemas para dormir, me recomendaron que hiciera alguna actividad deportiva. Algo lúdico, para distraer mi mente de las posibles comeduras de coco, y donde pudiera ejercitar mis músculos para fortalecerme. Tanto física como moralmente. Así fue cómo empecé a jugar al baloncesto. Me lo tomé tan en serio que, cuando me propusieron seleccionarme para un equipo profesional, no lo dudé. Después del trabajo, era lo único que me hacía seguir adelante con mi nueva vida.

Dice Nacho, nuestro entrenador (un famoso jugador de baloncesto en su época, cuyo hermano murió en un accidente), que cuando entré en el equipo era el típico gilipollas amargado. Y se queda corto, me temo.

Mi novia me había dejado un año después de aquel aciago día, y aún no

tenía muy claro que pudiera volver a trabajar en algo. Así que me veía solo y desempleado el resto de mi puñetera vida, sin haber cumplido ni siquiera los treinta. Estaba jodido, muy jodido por dentro y por fuera, y ni siquiera tenía ánimos para lanzar el balón.

Un día Nacho se cruzó conmigo antes de entrar en el vestuario, y me cogió por el cuello estrellándome contra la pared.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le grité mientras seguía agarrándome por el pescuezo.

—¿Quieres que siga? —me preguntó notando cómo sus dedos se clavaban en mi garganta, dejándome prácticamente sin aire.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —Y vi en sus ojos el odio que yo sentía por mí mismo, por mi mala suerte, por no haber sido más listo y haber frenado a tiempo aquella moto.

—Escúchame, chaval, el día que perdiste la pierna volviste a nacer, y eso no todos los motoristas pueden contarlo, ¿te enteras? Si vas a comportarte como si estuvieras muerto el resto de tus días, es mejor que te mate yo aquí mismo, ¿no crees?

Y después de decirme aquello, me soltó el muy loco. Incluso me dio una palmadita en el hombro mientras tosía, porque me había intentado ahogar de verdad el hijo de puta de mi entrenador.

—¡Serás cabrón! —grité antes de que se fuera.

—Todavía no sabes cuánto —me dijo sin darse la vuelta.

Pero aquel susto funcionó, y me replanteé mi actitud. No estaba deprimido por lo que me había pasado, pero sí cabreado por no poder controlarlo mejor. Me sentía un lisiado al que siempre mirarían con pena, esa era la etiqueta que me había colocado yo solito, y la llevaba arrastrando desde que salí del hospital. Cada vez que me ponía la pierna ortopédica y aprendía a andar con ella, pensaba que nunca volvería a ser aquel chico que había visto frente al espejo todo este tiempo. Que nunca volvería a bailar, aunque siempre había sido de quedarme en la barra mirando. Y después de que mi novia me dejase (que no la culpo, porque no había quién me soportase al principio: siempre de mal humor, quejándome por todo, sin tener en consideración a la gente que me rodeaba), ya podía olvidarme del tema chicas. Para mí todas eran como esas modelos de las paradas de autobús. Estaban ahí, y podía quedarme ciego mirándolas, pero jamás iba a tocarlas porque no estaban hechas para mí.

Me costó más de dos años no apartar la vista cuando me miraba en un

espejo de cuerpo entero, y algo más hacer un chiste sobre mí mismo. Reconocer que sí, yo ahora era así, y debía seguir adelante con mi vida porque me estaba pudriendo por dentro al pensar de esa manera. El accidente no fue una desgracia, sino una fortuna, porque seguía vivo. Llegar a entender eso fue lo más difícil que he hecho nunca.

Después de cambiar ese chip, aquella posibilidad de volver a ser policía fue como una recompensa por haberme reprogramado. Sí, porque a veces me sentía un poco RoboCop, sobre todo cuando me pusieron esta nueva pierna biónica que es la caña. Así que, en cuanto me lo dijeron, volqué todo mi esfuerzo para que esa opción se hiciera realidad. Me dije a mí mismo que, si lo conseguía, jamás volvería a sentirme un inútil por lo que me pasó, porque no fue culpa mía. Nacho tenía razón, no iba a perder el tiempo diciéndome todo lo que no iba a poder hacer porque ya no tenía las dos piernas, °era mejor dedicarme a ver de lo que era capaz con solo una.

Me senté en la cama después de la ducha y me puse frente al ventilador. A través del movimiento de las aspas pude ver de nuevo a María como en un holograma. Mi pequeña escritora aparecía con las mejillas arreboladas y la mirada perdida frente a su ordenador. Ella permanecía ajena al maremágnum de sensaciones que provocaba en mí desde aquel día en el que nos conocimos en el hotel. Sería atracción o deseo, podría llamarlo como ella quisiese, pero llevaba muchos años sin sentir algo parecido por nadie en particular. Alguien tan cercano y real como podía ser María.

Durante estos años yo había construido reductos, espacios estancos que no me permitía abrir, rincones oscuros donde guardaba mis flaquezas. Y María, por cómo era, había entrado en mi vida por la puerta de atrás y había conseguido derribarlos a todos con un simple pestaño.

No me gustaba nada sentirme así, como un chiquillo de quince años. Capaz de hacer todo lo que me pidiese para volver a hablar con ella. Y es que, después de casi dos horas al teléfono, había recordado cosas que ya tenía muy olvidadas, como esa sensación de tener a alguien al otro lado que te removiera un poco las entrañas, haciéndome sentir aún más feliz de lo que me había permitido. «¿Por qué, María? ¿Por qué has tenido que aparecer? Había conseguido conformarme con mi vida tranquila, y tú vienes para agitar mi corazón, recordándome que si sigo vivo también puedo enamorarme».

Negué con la cabeza mientras el recuerdo de su figura navegaba como una sirena por mi subconsciente, tamborileando con sus finos dedos sobre mi

pecho, alentándome por seguir siendo un hombre que alberga ese tipo de sentimientos. María era una chica maravillosa, pero aún no se lo creía. Habría dado lo que fuese por gritárselo, para que no dudase nunca más de ella misma. Sonreí al recordarla. Su cara era como un libro abierto, con más de mil expresiones patentadas y un talento único para ponerme de los nervios en su afán de investigar. Tanto, que ahora me preguntaba dónde estaría metida. Cuando no daba señales de vida, había que temerla. Supongo que mi deseo de protegerla era imposible de ignorar. Expiré un poco agobiado por haber sido tan franco conmigo mismo. Había sido un sueño tan real y cruel que me había hecho daño, sentía una quemazón por su culpa, aquello no era sano. No quería volver a evocarla, aunque todavía sintiese los mechones de su pelo rozando mi mejilla, ella se merecía algo mejor que yo.

«¡Dios!» me derrumbé en el colchón. «¿Cómo es posible que nada de eso hubiese pasado?». Había sido la mejor fantasía que había tenido nunca, tan real que resultaba una verdadera putada haber despertado. Y, aunque triste por haber dejado escapar el aliento excitado de María en mi boca, pensé que no volvernos a ver era lo mejor que nos podría pasar. Que me podría pasar.

Me puse los auriculares y empecé a escuchar *Qué bien* de IZAL mientras intentaba pensar en otra cosa que no fuera ella. Algo del todo imposible.

## Capítulo 20: La oportunidad

(Martín)

—¡Hola! Por favor, ¿me das un botellín de agua? —Escuchar de forma clara la voz de María entre el tumulto de aquella cafetería me hizo levantar la vista de mi móvil. Allí estaba, a menos de un metro de distancia, sin ser consciente de que yo estaba mirándola. Se distrajo unos segundos echándole un vistazo a su reloj, y en seguida volvió al frente. Tenía prisa. Se había hecho un hueco entre dos chicos de la barra para no perder la atención del camarero. Estaba preciosa, como siempre. Iba a dejar que se marchase sin decirle nada cuando empezó a sonar la melodía de Artic Monkeys *Do I Wanna Know?* saliendo de mi puñetero móvil, haciendo que todos se girasen hacia mí, incluida ella.

«Joder».

—Hola, María —tuve que decirle con una leve sonrisa en mis labios antes de descolgar, y mientras ella me miraba sorprendida, yo pensaba qué decirle como excusa por no haberla saludado antes—. No, mira, no me interesa. No quiero cambiar de compañía telefónica. —Otra vez intentaban convencerme con otra de esas ofertas que harían mi vida más fácil.

—Hola, Martín —respondió María cuando había acabado con aquella impertinente llamada. Sus ojos clavados en mí ya me habían hecho olvidarme del café que tenía enfrente, pero aquellos dos besos que vinieron después, como si fuéramos amigos de toda la vida, me pillaron desprevenido.

—¿Qué haces aquí? —pregunté después de recuperarme, reconociendo al instante ese perfume endulzado que siempre dejaba la presencia de María.

—Dentro de cinco segundos empiezo a firmar libros en El Corte Inglés de aquí. Pero me he escapado para hacer un pis y comprar un botellín de agua —respondió en confianza, cogiendo mi muñeca para ver qué hora marcaba mi

reloj, como si necesitase corroborar que la suya era correcta. No pude evitar mirarla entre confuso y divertido, agradecido por aquel encuentro afortunado, pero sin la agilidad mental suficiente como para invitarla a tomar algo—. ¡Bueno! Tengo que irme. Me alegro de haberte visto. —Y cogiendo su botellín, pagó al camarero y se fue de allí sin mirar atrás.

El tipo que estaba a mi izquierda en la barra, y que había sido testigo de nuestro encuentro, me miró a los ojos y me hizo una señal nada disimulada con la cabeza para que fuera tras ella. Sin embargo, no pude. No porque no quisiese, sino porque seguía pensando que no debería seguir viéndola. No debía hablar con ella, ni mucho menos aceptar esos dos besos en la mejilla, porque el que se estaba haciendo daño en toda esta historia era yo. Ella solo estaba siendo amable, nada más.

Segundos más tarde de aquella estúpida reflexión, en la que me sentí como si hubiesen metido mi corazón en una exprimidora, alcé la vista para ver cómo subía por las escaleras mecánicas del centro comercial. En ese momento ella se giró y me vio mirándola como un idiota por segunda vez esa mañana, haciéndola sonreír y despidiéndose de mí con la mano. De pronto, el ruido de fondo de la cafetería se desvaneció al instante y lo tuve claro; tenía que intentarlo.

## Capítulo 21: *First dates*

(María)

Miré cómo iba vestida mientras subía por las escaleras mecánicas. Con una blusa de seda blanca sin mangas, para soportar el calor de aquel verano, y un pantalón negro holgado que disimulaba mis caderas anchas. «Mejor que el otro día, más elegante», me dije, recordando entonces que también me había lavado el pelo, estaba suave, brillante y olía muy bien. Ya iba a alcanzar la otra planta cuando me vi girando la cabeza hacia la cafetería donde estaba Martín, como si no hubiese deseado hacerlo desde que empecé a subir. Y aguantando la respiración, emocionada como una tonta, lo vi observando cómo me alejaba. Así que de forma mecánica le sonreí y levanté la mano para despedirme de él. Quise creer que estaba tentado de seguir mis pasos, incluso iba a llamarlo para decirle que subiera, pero ya había hecho suficiente el ridículo esa mañana dándole dos besos al verle.

Ya en la planta de arriba, un grupo de fanáticas me esperaban histéricas, metiéndome en su corro de la amistad. Así fue cómo perdí de vista a Martín, mientras ellas me rodearon para hacerse miles de *selfies* con mi careto horrible de las mañanas, fotos que no pude borrar porque se colgaron al instante en las distintas redes sociales.

—Pero ¿dónde te habías metido? —me preguntó Teresa arrancándome de sus abrazos y besos, llevándome a la mesa que habían dispuesto para nosotras.

—Había mucha gente en la cafetería —me disculpé todavía con Martín en mi cabeza.

A las dos de la tarde terminó mi jornada de amor a toneladas, felicitaciones y alguna que otra lagrimita por las enternecedoras palabras de muchas lectoras que se había acercado hasta allí para verme. Yo ya no sentía la mano, me dolía

la cara de tanto sonreír y los labios de besar a mis fans. Me encantaba hablar con mis seguidoras, y saber qué opinaban sobre mis novelas me ayudaba mucho a seguir escribiendo. Oírlas hablar con emoción de mis personajes, o conocer de primera mano la escena que más les había gustado, me importaba mucho más que la alerta naranja por calor que había en todo el país en estos días. Sin embargo, aunque fueran opiniones muy satisfactorias y casi necesarias cuando flaquean esos ánimos al estar escribiendo un libro tras otro, aquellas giras también resultaban agotadoras. ¡Y yo acababa de empezar con la mía!

«Al menos, el calor ha hecho que mucha de la gente que me había prometido venir no haya acudido por miedo a morir deshidratada, y gracias a eso podemos irnos a comer a una hora decente», pensaba mientras recogía mis cosas y las metía en la bolsa de tela que utilizaba como bolso donde se leía *Persigue tus sueños, ellos saben el camino*.

—¿Ya te vas? —me preguntaron desde el otro lado de la mesa. Y cuando levanté la vista, no me lo podía creer.

Ahora era yo la que lo miraba confusa, porque no esperaba que viniese a verme, y menos con un libro mío en la mano. En el encuentro de esta mañana mi comportamiento había sido algo infantil y desmedido, por aquellos dos besos que no habían venido a cuento de nada, y si en algún momento se le había pasado por la cabeza a Martín que no estaba muy cuerda, con mi actuación de este día se le habría despejado cualquier duda.

—Hola —dije al fin.

—Hola de nuevo —contestó sin dejar de mirarme a los ojos, recordándome aquellas arrugas que se dibujaban alrededor de los suyos al sonreír.

Teresa, que estaba siendo testigo de aquel ensimismamiento mutuo, dedujo que nuestro almuerzo juntas se cancelaba, y se despidió muy sagaz hasta la próxima. Pero, como si disfrutase haciéndome sufrir, prefirió recomendarle a Martín antes de irse que me invitase a tomar algo porque estaba a punto de desfallecer.

—¡Y no sería la primera vez! —respondió Martín despidiéndose de ella muy amable, mientras veíamos a Teresa marcharse diciéndonos adiós.

Para ella era toda una sorpresa descubrir a un hombre que me dejara sin palabras. Hasta ese día yo había rehusado cualquier ofrecimiento amistoso por parte del género masculino, y ella llegó a tener serias dudas sobre mis preferencias sexuales. Pero, después de verme boquear por aquel tipo, se iba



muy tranquila pensando en todas las novelas que iba a escribir a partir de ahora si estaba enamorada en la vida real.

—No hagas caso a mi editora, estaba bromeando —murmuré mientras me volvía a sentar, cogía de nuevo mi bolígrafo y abría su libro por la primera página—. ¿A quién se lo dedico?

—Al chico de los recados —respondió haciendo que escondiese mi sonrisa tras un mechón de pelo que se escapó de mi oreja.

—«Porque alguien tenía que teñir de rosa este mundo gris. María García» —leyó en voz alta mi dedicatoria cuando ya le había devuelto el libro y, acto seguido, me miró contrariado.

—Me gusta, pero... ¿por qué no firmas como Heather Wright? —preguntó señalando mi foto de la contraportada.

«¡Buff! Cómo odiaba esas fotos».

—Para que no te olvides de cómo se llamaba esa chica loca que conociste un día en el trabajo y que, además, era escritora. Si algún día te vuelvo a ver por la calle, prometo no acosarte de forma tan espontánea. Lo siento si te he molestado esta mañana al saludarte de forma tan efusiva, no sé por qué lo he hecho.

—¿Desde cuándo dar dos besos a un conocido es molestarlo? —dijo él restándole importancia al asunto mientras salíamos del Corte Inglés—. Bueno, hace mucho calor para ir andando a ningún sitio, así que te tendrás que conformar con lo que hay aquí dentro. Dime, ¿dónde quieres comer?

—No te preocupes, de verdad, estoy muy cansada. Me compraré algo por el camino y, cuando llegue a casa, me meteré en la cama. Hoy me he tenido que levantar muy temprano y solo quiero dormir.

—¡Serás quejica! —dijo poniendo los ojos en blanco. Y envolviendo mi cuerpo con su brazo a la altura del hombro, me atrajo hacia él para conseguir darme la vuelta en sentido contrario hacia donde me dirigía—. Vámonos al VIPS —sugirió muy decidido, como si fuera algo habitual entre nosotros.

—¿Al VIPS?! —pregunté mientras veía cómo me obligaba a cambiar de dirección haciendo fuerza sobre mí—. Al menos podrías invitarme al Ginos o, no sé... algún sitio más elegante y sofisticado de Madrid. ¡Tú eres de aquí, yo no! —dejé escapar parpadeando con rapidez, asumiendo que negarme a comer con él no estaba en sus planes.

—¿Perdona? Te iba a comprar una naranja en el Alcampo para que te la fueras comiendo por el camino, ¿no era eso lo que querías hacer, doña solo-

quiero-dormir?

No pude evitar carcajearme de su imitación, porque jamás habría imaginado a Martín haciendo algo así, y mi risa se oyó en toda la planta mientras él me llevaba hacia el restaurante. De lejos, sin mucho imaginar, parecíamos una pareja de verdad. Caminábamos uno al lado del otro, sin apenas espacio entre los dos, guiada por esa mano que seguía reposando en mi hombro como si lo hubiera hecho toda la vida.

Martín era alrededor de una cabeza y media más alto que yo, por eso le resultaba muy cómoda aquella postura que había adoptado. A mí no me importaba su cercanía, y creo que a él tampoco la mía. En esa especie de medio abrazo protector, había vuelto a mí el olor de su perfume, ya tan característico. Al llegar al restaurante, sin embargo, se retiró para quitarse un peso de encima:

—¿Me puedes guardar esto en tu bolsa? —me preguntó refiriéndose a mi libro mientras esperábamos a que nos dieran mesa.

—¡Oye! —protesté mientras lo colaba por la abertura de la bolsa/bolso sin mi permiso.

—La próxima vez llévatelos directos a la cama, así saldrán novelas más cortitas, igual de entretenidas y con más seguidoras. ¡Y seguidores! —me dijo tirando por tierra todo mi esfuerzo, ganándose un codazo en las costillas.

—Yo no escribo erótica, sino romántica, ¡idiota! —expliqué. Y notando cómo se me hinchaba la vena asesina, añadí para molestarle—: Y que sepas que la gente ya se ha pasado al libro electrónico, es mucho más práctico, ¿sabes?

Martín quiso seguir con el juego, y respondió apuntando directamente a mi orgullo de escritora:

—¿Así es como tratas a tus lectores? Yo seré un abuelete que sigue leyendo en papel, pero tú eres una maleducada que escribe dedicatorias de birria. — Aquello consiguió que me callara unos segundos y lo mirase como si me hubiera llamado bruja en plena Inquisición.

—¿Piensas que mi dedicatoria es una birria?

—Sí, sí que lo es. Si has podido escribir ese libro, puedes dedicarme una frase mejor. Estoy seguro de que eso que me has puesto es lo que le dices a todo el mundo, María. Deberías esforzarte un poco más en estas cosas. Piensa que la gente que viene hasta aquí para verte lo hace porque te ha leído y espera algo más de su escritora preferida. ¡No pongas frases facilonas! —

exclamó envalentonado, abatiéndome con aquella verdad, haciéndome muy difícil seguir mirándole a los ojos.

En ese momento una chica se acercó a nosotros y nos hizo un gesto que ya había repetido más de veinte veces en ese día para pedir que la acompañáramos. Yo aproveché mientras se adelantaban para coger el libro de Martín de mi bolsa y un bolígrafo; una vez sentados frente a la carta de menús, volví a aquella primera página.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando vio que no estaba por la labor de elegir un plato.

—Escribo una dedicatoria para un lector tocacojones.

Estar tanto tiempo con Sancho me estaba embruteciendo. Por el contrario, a Martín pareció gustarle mi salida de tiesto.

—Está bien, pero no hagas eso —dijo apuntándome con el dedo.

—¿El qué? —pregunté mirándolo con desdén, golpeando la mesa porque no me dejaba concentrarme en lo que estaba escribiendo.

—Te machacas el labio a mordiscos cuando estás pensando en algo, ¿te vas a hacer sangre!

—No, yo no hago eso —murmuré tocándome el labio y ocultando mi rostro bajo el pelo. Odiaba que me conociera tanto.

—Sí, María, sí que lo haces.

—No, qué va. ¡Y ahora, cállate, que necesito silencio!

No me lo podía creer. Él no lo sabía, pero lo de morderse el labio era un cliché de la romántica. Yo no podía caer en algo tan manido, aunque fuera cierto.

Y ya por fin, sin interrupciones de ningún tipo, pude escribir su nueva dedicatoria:

*Espero que siempre se cruce alguien en mi camino que me demuestre lo difícil que puede resultar la vida, como si se hubieran empeñado en pintar las paredes de tu casa de negro. Que me explique muy claro lo necesarias que son las palabras, que son las únicas que asustan a esa nube gris que parece seguirte a todos lados. Gracias por decirme que hay un color, tú dices rosa, con el que marcar mis historias. Esas que, aunque son un poco cursis, te han devuelto la sonrisa.*

*Tu amiga,*

*María García*

Al terminar satisfecha, levanté mi rostro de las páginas de aquel libro, inspirando profunda y plácidamente. Me encontré con sus ojos color caramelo, pero en seguida se desviaron hacia la carta que había dispuesto la camarera para nosotros. Lo había pillado espiándome.

—¿Ya has terminado? —preguntó sin interés. Aunque a mí no me engañaba, había estado torciendo el cuello para leer al revés.

—Sí —contesté impidiendo que su mano cogiera el libro, metiéndolo otra vez en la bolsa de tela estampada.

—¡Eh! Que ese libro es mío.

—Y pienso devolvértelo, descuida. Como ese tengo muchos en mi casa —contesté triunfal, sabiendo que la curiosidad lo estaba matando. Estuvo tentado de arrebatarme la bolsa, pero la dejó tranquila, intentando hacer uso entonces de su mirada de rayos X.

Antes de sentarme a la mesa yo ya sabía lo que iba a tomar, un sándwich VIPS Club. Así que ni siquiera abrí la carta. Sin embargo, Martín, no dejaba de buscar algo entre sus páginas.

—¿Te ayudo? —me ofrecí aburrída.

—No hace falta, gracias —dijo dejando la carta en la mesa, pasándose una mano por las comisuras de la boca, para terminar en la barbilla con gesto divertido.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. —Y aquella respuesta fue aún más sospechosa. Miré mi blusa preocupada, pero todos los botones estaban abrochados. Seguía sin comprender nada. Al final, él, dándose cuenta de que estaba provocando cierta inseguridad en mí, quiso tranquilizarme con un «Ven aquí y siéntate», que no consiguió para nada lo que pretendía.

Martín estaba sentado en uno de esos sillones rojos de escay, y me dejó espacio para ponerme justo a su lado, en lugar de enfrente. Yo, sin adivinar qué pretendía, dejé mi silla y le hice caso. En ese momento una camarera acudió a tomarnos nota y dejarnos las bebidas. Yo, muerta de sed, bebía de mi Coca-Cola cuando Martín se acercó a mi oído y me susurró:

—No bebas más y mira al frente.

Acto seguido llevé mis ojos al tipo que se había sentado a la mesa que me había indicado, y escupí dentro del vaso lo poco que había bebido. «¿Por qué me tenían que pasar a mí siempre estas cosas?».

—Eres una mala persona, María. ¿Cómo te puedes reír así de él? — comentó Martín con tono acusador, haciéndome reír de manera incontrolable, convirtiendo en misión imposible el alcanzar una servilleta para taparme la boca.

Yo no vi, o no quise ver, otro lugar donde esconderme. Así que hundí mi cara en su pecho un buen rato, utilizándolo como barrera de contención, hasta que pude controlar mi risa nerviosa. Eso me regaló unos segundos para disfrutar de aquella cercanía, notando su presencia como algo tangible que lograba sofocarme un poco. Ese brazo apoyado en el respaldo del asiento, o sus dedos jugueteando con los mechones de mi pelo mientras yo seguía riéndome y él aguantaba sin hacerlo como podía. Reconocí al instante ese hormigueo que erizaba el vello de mi nuca, las mariposas revoloteando en mi estómago que me habían quitado el apetito hace tiempo, o la falta de aire en mis pulmones y de sangre que regase mi cerebro. Estábamos tonteando como dos adolescentes y deseé que ese momento no terminase nunca. Que la excusa de estar así de juntos se prolongase durante horas hasta que cerrasen el local, apagasen la luz, y nos dejaran solos en nuestra propia burbuja. ¡Hala, *ciao*, *bye*, *adieu*, hasta otro día!

—No está bien de la cabeza, ¿verdad? —pregunté ya más tranquila refiriéndome al tipo, pero mirando solo a Martín, apoyada todavía en su pecho.

—Pues me parece a mí que muy bien no tiene que estar, pero no parece peligroso.

—¿No se le puede decir algo? —insistí incorporándome.

—¿Y qué le vas a decir?: «¡Oiga, usted! ¿No se ha dado cuenta de cómo va vestido?». No está cometiendo ningún delito, María. Solo es un tío feliz, como tú.

—¡Yo no soy feliz! —protesté mirándolo ofendida, como si serlo fuera algo horrible.

—Bueno, un poco sí que lo eres —dijo con gravedad en su voz, y sonreímos ante esa aseveración acompañada de una mirada lobuna muy suya.

Pensé en contestarle algo que lo dejase sin réplica, como: «Será porque estoy contigo», pero no quería asustarle. Debía dejar la inspiración romántica para cuando estuviese escribiendo. Seguimos discutiendo si yo era feliz o no sin separarnos apenas. Convertidos en una pareja insoportable con ese diálogo infantil.

—Puede que haya quedado con alguien y lo esté esperando, por eso está solo. Llevan casi un año chateando en una de esas aplicaciones para solteros, pero él teme que cuando llegue hoy la chica se vaya asustada, porque ha mentido sobre su imagen; aunque la verdad es que ella también un poco. En unos veinte kilos aproximadamente. De modo que está ahí, impaciente y nervioso, pensando en irse o comer solo y pedir toda la carta de postres para superar este fracaso. Sin embargo, lo que él no sabe es que la chica ha sufrido un grave accidente cuando venía hacia aquí, y ahora está entre la vida y la muerte.

Martín me miró de soslayo después de poner los ojos en blanco y sus labios dibujaron una fina sonrisa.

—¿Nunca descansas?

—¿No te ha gustado? —Martín no contestó, solo hizo un ademán con la cabeza, como si fuera un caso perdido—. ¡Oh, perdona, lo olvidaba! Tú eres un policía serio y formal al que no le gustan las historias cursis.

—¿Ahora te parezco muy serio y formal?

—Es verdad. Ahora que lo dices, hace tiempo que no te comportas como deberías. Dime: ¿tú quién eres? ¿Y dónde tienes a mi amigo?—conseguí así hacerle sonreír una vez más.

Llegó la chica con nuestros platos y aproveché aquella interrupción para volver a mi sitio; debíamos empezar a comer y era mucho más complicado hacerlo mientras hablábamos si seguíamos sentados uno al lado del otro, codo con codo.

—Y dime, ¿qué estás escribiendo ahora? —preguntó Martín, el periodista frustrado.

Podría haber pasado por alto aquella pregunta, podría haberle mentado, o podría hablarle de la novela que Teresa me había encargado y estaba escribiendo a marchas forzadas. Sin embargo, pensé que debía saber la verdad.

—Quiero escribir sobre ti —dije sin tapujos, esperando a ver cómo reaccionaba, y él dejó de cortar su pechuga de pollo para mirarme con interés.

—¿Qué? —Esperaba que fuera una broma, pero al ver mi cara de circunstancias supo que hablaba en serio. Decidí explicarme, para que no hubiese malentendidos.

—No me malinterpretes. No estoy diciendo que quiero escribir sobre Martín Correa, el policía que perdió una pierna en una persecución policial.

Mi historia no va de eso. Pero te confesaré que, después de haber visto y leído lo que te pasó, me impactó tanto que se me ocurrió una idea.

Martín seguía mirándome con gesto adusto, creo que no le estaba gustando nada lo que estaba oyendo; por eso me puse muy nerviosa y quise explicarme cuanto antes. Temía que, al saberlo todo, solo fuera a empeorarlo. Así que froté mis manos, como si ese gesto me diera fuerzas, y decidí escupirlo todo sin demorarlo más:

—Yo estaba escribiendo una novela, entonces tú me llamaste y hablamos. Al día siguiente, con tu voz todavía en mi cabeza, quise saber lo que te había pasado. No sé por qué, me imaginé que habría sido estando de servicio. Y ya ves, no me equivocaba. Así que te vi en uno de esos vídeos de archivo, montado en aquella moto que no dejaba de acelerar siguiendo a aquel tipo, y me pareció muy injusto todo lo sucedió después. Mucho. Demasiado. Así que decidí escupir lo que se me había metido en la cabeza, como si necesitase sacarme una avispa del oído. La sensación es difícil de explicar, no soy tan buena hablando como sobre el papel, lo siento.

Paré para comprobar cómo estaba, qué le parecía lo que le estaba contando, pero al ver que yo había parado mi narración, me pidió con voz firme y serena:

—Continúa.

Y apoyando los brazos en la mesa, continué con cautela.

—Pues bien, una tarde abrí un documento en blanco y me puse a escribir como si me fuera la vida en ello. Empecé a las diez de la mañana y al llegar a la medianoche había tecleado treinta mil palabras de un tirón. Eso es como un flechazo en mi oficio, como un buen revolcón. O, al menos, la sensación que te deja en el cuerpo es la misma, más o menos.

«¿Se me había ido la cabeza por completo? ¿Por qué le estaba contado yo eso a Martín? Definitivamente, Sancho estaba ejerciendo una mala influencia sobre mí».

—Nunca me había sucedido nada parecido hasta entonces, así que entendí que debía escribir esta historia que me había tocado tanto. Todavía no he empezado con ella en serio, pero quería que lo supieras porque en parte tú tienes la culpa, Martín. Nunca se me hubiese ocurrido si no te hubiera conocido. Todo ha sido gracias a ti, por eso supongo que me he alegrado tanto al verte antes. Llevo muchos días con ella en la cabeza, estoy deseando empezarla.

Martín dejó unos segundos de pausa que me parecieron horas, para terminar al fin con nuestro silencio:

—A ver, que yo lo entienda... ¿Vas a escribir sobre un chico que tiene un accidente y pierde una pierna? —preguntó interesado. No parecía molesto por lo que le había dicho, pero aún no me atrevía a celebrarlo.

—Las dos en mi caso.

—¿Y eso es una novela romántica?

—Bueno, hay una chica de por medio, y una de las tramas se puede decir que va sobre ellos. Pero lo que a mí me ha animado más a escribir esta historia es hablar sobre su vida, la del chico. Porque él consigue rehacerse después de aquello. Es una historia de superación personal, como la tuya, Martín. —Me costó tragar después de decir aquello. Verlo tan callado, mirándome, no me tranquilizaba en absoluto. Así que seguí hablando, tratando de explicar lo inexplicable—. Para escribir la novela tendré que documentarme. Él es un chico bosnio que pierde sus piernas después de pisar una mina antipersona que seguía activa dos décadas después de la guerra. Leí un artículo sobre ello que me impactó también mucho, y ahora creo que es el momento de tratar ese tema. Pero hay ciertas cosas que no llegaré a conocer por mucho que me documente, y esas son las que me gustaría preguntarte. Si puedo. Si me dejas. Si quieres hablar de eso conmigo, porque entendería que no quisieras, porque apenas nos conocemos. No quiero que te sienta mal lo que te estoy diciendo, porque me pongo en tu lugar y yo ya me habría dejado comiendo sola como el tío ese de allí enfrente.

Los ojos de Martín se desviaron un momento hacia el sujeto en cuestión, para volver en seguida a centrarse en mí.

—Puede que, si me fuera, aprovechara Crispín Klander para hacerte compañía —respondió dibujando una delgada sonrisa en sus labios. En ese momento lo vi más guapo que nunca.

—Pues entonces no me dejes —murmuré, enrollando el mantel de papel con la punta de mis dedos de puro nerviosismo, esperando que detrás de aquel silencio hubiese una sonrisa más y un: «Está bien, me quedo».

—María, te lo agradezco. No sé si decir que es un honor, pero de verdad me honra haberte servido de inspiración. Lo que pasa es que no creo que nadie quiera leer la historia de un tullido.

—No. —Tuve que cerrar con fuerza los ojos un segundo porque el uso de ciertas palabras me dolía cuando se trataba de él—. No me parece correcto



que hables así de ti, y por eso estoy escribiendo esta historia. Creo que la gente necesita leer cosas así. Me va a dar igual que después mi editora no la quiera publicar, voy a tirarme a la piscina de igual forma. Ahora se lleva el romance entre adolescentes preuniversitarios con problemas de drogas y traumas infantiles, que es otra novela que estoy escribiendo, no la literatura con mensaje. Pero ¿quién sabe? Puede que esta sea mi gran obra maestra.

Me reí para mis adentros, y añadí:

—Es tan maravillosa que aún no sé ni qué título ponerle.

—*Un golpe de suerte* —respondió él con ironía.

—No seas tan cruel contigo mismo, Martín.

—Te aseguro que podría ser mucho peor, María.

—Pero tú has decidido que no lo sea, y eso es lo que admiro de ti. Tú eres una realidad, una de esas tan tristes que hacen que odie leer los periódicos o ver los telediarios, y sin embargo no pierdes oportunidad para hacerme reír. Por eso me he sorprendido escribiendo una historia como la tuya. Jamás habría escrito algo así, pero resulta que lo he hecho, y sé que gente como Yolanda estaría encantada de saber que me he dejado llevar. Que he salido de mi zona de confort. Porque en ningún momento el chico va a recuperar esas dos piernas que ha perdido, por mucho que el lector y yo lo queramos, pero he de hacer que el final sea lo más satisfactorio posible. Justicia emocional, lo llaman. Es un principio que dice que una historia romántica siempre tiene que terminar bien, aunque no necesariamente se queden juntos los protagonistas.

—Entonces, ¿él no se queda con la chica? —preguntó Martín mientras hacía malabarismos con el cuchillo, girándolo sobre sí mismo en su pulgar.

—Bueno, a mí me gustaría que ella se enamorase de él a pesar de todo.

—Eso no es romántica, María. Eso es ciencia ficción.

—¿Por qué? —lo miré mostrando mi enfado por aquella conclusión—. Cuando uno se enamora de verdad de una persona no es por su físico, si no, sería un sentimiento demasiado superficial como para mover montañas, ¿no crees? El amor verdadero, el que te hace llorar como si fueras un niño, depende de muchas más cosas. El físico es lo de menos. Hay hombres muy apuestos que tratan como verdaderas bestias a sus mujeres, chicos que se creen con derecho a todo sobre sus novias porque son los guapetes del grupo, los que más molan. Y hasta los niños de hoy en día crecen con la estúpida idea en sus cabezas de que, si no tienen un físico imponente, no van a ser nada en la vida. Nos estamos volviendo unos ególatras narcisistas, Martín, y da mucha

pena. Mi historia va de un sentimiento aún más fuerte que todo eso.

—Ya, María. Pero es lo que hay. La gente no lee libros que les hagan pensar o con los que terminen llorando. Al menos la gente normal, que no es como tú. Las personas quieren ver películas para olvidar un poco sus propios problemas, porque les gusta ver al actor de moda, o a esa modelo de escándalo que ahora dice ser actriz. ¿Entiendes? Nadie se hace de oro con actores feos que solo hablen de sentimientos. Para eso ya existe el cine independiente.

—¡A mí me gusta el cine independiente!

—¿No me digas? —preguntó volteando sus ojos, obligándome a defenderme tirándole una patata que él esquivó con destreza.

—Buenos reflejos.

—Siempre los he tenido, excepto cuando más los necesitaba.

De nuevo un comentario lúgubre que no me gustaba nada. Martín seguía con esa mirada oscura, y el rictus inexorable. A pesar de su mala cara, decidí seguir hablando. Cuando quería, yo era muy obstinada, y él aún no me conocía del todo.

—La cuestión es saber mostrar de forma creíble mi idea, por eso te necesito. Contigo podré dar más realismo al personaje —me aventuré a decir.

Ya me estaba imaginando su contestación, me iba a dar largas. Contestaría algo como que me buscara a otro, o que no me metiese en su vida. Aunque lo haría con otras palabras, porque Martín no solía ser maleducado conmigo, aunque yo estuviera incomodándole, porque estaba claro que mi petición le estaba resultando difícil de digerir.

—¿Qué quieres saber exactamente? —dijo al final, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué? —tuve que preguntarle muy sorprendida, porque no esperaba una respuesta así de concisa.

—Pregúntame. Has dicho que querías hacerme algunas preguntas. Pues dispara. Hoy es mi día libre, aprovecha.

Repasé los detalles de su rostro. Debía de haberse afeitado esta mañana, porque no había rastro de aquella barba incipiente que había visto otros días, y el pelo estaba cuidadosamente despeinado. Me gustaba, le daba un aire desenfadado que no tenía cuando estaba trabajando. Apretaba la mandíbula con insistencia, quizás preparándose para todo tipo de preguntas. Había algunas comprometidas, pero prefería dejarlas para el final, dependiendo de

cómo fueran sus respuestas. Me seguía con la mirada, con aquellos ojos entre marrones y amarillos, que me habían dado confianza desde el principio. Terminé fijándome en su boca, donde asomaba una sonrisa, por estar esperándome a que hablase en medio de aquel silencio absurdo. Todos a nuestro alrededor estaban comiendo y hablando mientras nosotros solo callábamos.

—Cuando terminemos de comer, ¿te parece? —rogué juntando mis manos por encima de la mesa.

—De acuerdo —dijo volviendo a coger el tenedor y el cuchillo—. ¡Pues a comer!

Aprendí mucho de aquella tarde sobre Martín. Sentados en un banco del centro comercial, viendo a la gente pasar, nuestra charla fue larga y tendida, mucho más productiva que cualquier búsqueda exhaustiva en mi ordenador. Hablamos de su accidente, de las secuelas, del dolor postraumático, del elevado precio de una pierna ortopédica, que podía costar casi como una casa. Hablamos de sus pesadillas, y pude ver a ese otro Martín que nunca se mostraba. Frágil y frustrado después de aquel brutal accidente. Uno que había tenido que luchar para volver a quererse a sí mismo, para demostrarse que no todo estaba perdido, y todo eso lo había conseguido gracias a gente como su entrenador de baloncesto, un tipo un tanto seco llamado Nacho, que en realidad tenía un corazón de oro.

Le pedí entonces que me invitase a ver un partido, y me dijo que solo si yo le dedicaba ese libro que quería escribir una vez terminado, cosa que acepté sin dudar.

Hablamos también de su exnovia, de que gracias a mi exnovio yo ahora era escritora, y de lo que le gustaba su trabajo como negociador. Algo que, al principio, no sabía hasta qué punto sería importante en su vida.

Antes de salir del centro comercial, rogué tomarnos una pausa para ir al baño y, lavándome las manos frente al espejo, me acordé de la dedicatoria que me había obligado a repetir. Estaba segura de que habría aprovechado mi ausencia para coger el libro de mi bolsa y leerla. Cuando salí para comprobarlo lo vi esperando, cual modelo de pasarela con la bolsa al hombro, sin señal aparente de haber leído nada.

—¡No finjas, sé que la has leído!

—No sé de qué me hablas —respondió haciéndose el despistado. Pero al colocarme la bolsa de tela en mi hombro, me sonrió con un halo de amargura y

aprovechó la cercanía de su mano para acariciar mi mejilla con ternura, un gesto espontáneo que confirmó mis sospechas.

El golpe de calor que nos esperaba en la calle sacudió las ideas que rondaban por mi cabeza. La voz de Martín se había hecho patente a lo largo de toda la tarde, y se iba a convertir en el narrador de mi historia. Él me iba a guiar para poder sacar lo mejor de mí, escribiendo esa novela que aún no tenía muy claro cómo terminar.

—Una vez mi entrenador me dijo una frase de un deportista paralímpico que seguro que te gustará oír. Decía así: «La mayor discapacidad es la falta de confianza en uno mismo». Pues bien, María, si con ese libro vas a conseguir más seguridad en todo lo que escribes, ¡adelante! Demuéstrame qué clase de escritora eres —dijo mientras decidíamos coger el metro para irnos a nuestras respectivas casas. Habíamos pasado casi todo el día juntos, y, ahora que teníamos que despedirnos, no sabía cómo íbamos a hacerlo. Martín quiso acompañarme hasta el final de mi recorrido en la parada, para que la espera en el andén fuese más entretenida, o esa fue la excusa que utilizó para llevarme de la mano entre el remolino de gente en plena hora punta. Su instinto de protección le impedía dejarme a solas a esas horas, y creo que no me acompañaba hasta el portal de mi casa porque vivíamos en direcciones opuestas.

Al llegar a mi andén, la parada estaba vacía; seguramente acababa de salir un metro, así que tendríamos que esperar al siguiente. En la pantalla comprobamos que, en efecto, tendríamos que esperar diez minutos más hasta que llegara otro. Entonces me decidí a hablar con él de otro tema que ocupaba mi mente: el caso de Yolanda Reyes.

—Y... ¿se ha descubierto por fin quién fue la mujer que llamó al servicio de emergencia el día que Yolanda Reyes murió?

Martín, que estaba mirando su reloj y lamentándose porque ya no le daría tiempo para ir a su entrenamiento de baloncesto, me miró sorprendido por aquella pregunta.

—¿Todavía sigues pensando en eso?

—Sí, claro. ¿Tú no? Quiero decir, todavía es para mí una incógnita quién pudo ser. ¿Cómo alguien es capaz de llamar pidiendo ayuda y luego no hacer una declaración? No sé, supongo que la estaréis buscando, ¿no? —Mis intentos nada disimulados para que Martín hablase sobre los avances en el caso de mi amiga resultaron bastante patéticos.

—Y yo supongo que no seguirás investigando esto por tu cuenta, ¿verdad, María? Acuérdate de lo que me prometiste.

—Sí, claro que me acuerdo —mascullé nada convincente.

Martín suspiró y, acercándose un poco más a mí, me ordenó con una voz dirigente:

—¡Dame tu mano derecha!

Yo abrí los ojos de par en par ante aquella extraña petición, pero, sin dudar, hice lo que él me dijo. Entonces cogió mi mano con cuidado, las yemas de sus dedos eran ásperas, pero su roce lento sobre mi piel era agradable. Emanaba calor y, a pesar de estar en verano, me gustó notar esa suave caricia. Que estuviéramos haciendo manitas de forma descarada me hizo sonreír por lo absurdo de la escena, pero en seguida la dureza de su voz borró esos pensamientos de mi cabeza:

—Levántala así, como yo hago.

Seguí obedeciendo sin saber muy bien a dónde me llevaría todo esto. Lo miré para encontrar una respuesta en sus ojos, pero él seguía entretenido con mis manos:

—Dame la izquierda, ponla sobre la mía.

Su porte era un tanto rudo, algo hasta entonces desconocido para mí; ¿se había metido de lleno en su papel de policía? Ahora me ardía la palma de mi mano izquierda, que estaba sobre la suya, y tenía la derecha abierta y levantada mirando hacia él.

—De acuerdo, María.

Yo tenía que morderme la lengua para no reírme de aquella situación, y agradecí que siguiéramos solos en la parada del metro. Martín, sin embargo, no parecía encontrarle la gracia y continuaba muy serio. Tanto que me asustaba un poco. Permanecía a un paso de mí, solemne, como si aquello no fuera extraño para él.

—Ahora, repite conmigo: «Yo, María García...».

—Yo, María García...

—«Juro solemnemente...».

—Juro solemnemente...

Y, adivinando lo que iba a decir a continuación, crucé mis piernas con disimulo.

—«No seguir investigando la muerte de mi amiga, la escritora Yolanda Reyes».

—¡Pero si ...! —quise protestar, pero él me chistó de inmediato. Solo conseguí que apretase con más fuerza mi mano izquierda, mientras sus pupilas se clavaban en mí.

—¡María, repite...!

—Esta declaración no vale, ¡me estás coaccionando! —exclamé notando la presión de sus dedos en mi mano.

—¡Y tú has cruzado las piernas! —protestó, liberándome de su agarre y dejándome alucinada. ¿Cómo podía conocerme tan bien? ¿Cómo sabía cuándo le estaba engañando?

—Ahí te equivocas, si las he cruzado es porque ayer me picó un mosquito en la pierna y quería rascarme —mentí como una bellaca—. ¡Mira! ¿Lo ves?

—Eso a mí no me pasa, o al menos, la probabilidad es solo del cincuenta por ciento —dijo tan tranquilo, dejándome boquiabierta.

—¡Martín! ¿Cómo puedes bromear así? Tienes un sentido del humor muy negro.

—¡No bromeo, es la verdad! —contestó imitando mi cara de asombro, abriendo él también sus ojos de manera exagerada sin apartarlos de los míos, haciendo que aquel mal chiste me hiciese gracia. Saber que todo cuanto me había contado esta tarde ya estaba más que superado, tanto que hasta le podía buscar su lado cómico y reírse de sí mismo, era un gran alivio para mí.

Empezó a llegar gente al andén y tuvimos que separar nuestras manos, pero antes de perder el contacto Martín acarició mis nudillos con su pulgar. Ese roce inocente fue como una descarga eléctrica que no pasó desapercibida para ninguno de los dos. Nos quedamos uno frente al otro, mirándonos sin decirnos nada; tal vez porque nuestras miradas decían más de nosotros que nosotros mismos. Martín esperaba que yo terminase mi juramento; sin embargo, no lo hice. En su lugar, sintiendo un escalofrío de anticipación, me adelanté decidida un poquito más hacia él. Sonreí nerviosa, y él me respondió con esa sonrisa traviesa que estaba registrada en el libro *Guinness* como la sonrisa más peligrosa del mundo. Entonces sus ojos buscaron los míos, para bucear una vez más en ellos. Su boca se entreabrió temerosa y estuvo a punto de decir algo, pero en ese instante sobraban las palabras, y poniéndome de puntillas, besé sus labios esperando una respuesta. El tiempo se detuvo y solo se oía un metro acercarse a lo lejos. Nunca habría imaginado que ese día podría terminar así, tan cerca de Martín, con todos mis sentidos a flor de piel. Abrí los ojos al no obtener respuesta alguna por su parte. Lo olía, lo veía, casi lo

podía tocar, sin embargo, no estaba allí. Aquel beso no llegó a más. Él se retiró de mi boca arrepentido, con los labios apretados y el gesto muy serio, mientras daba pasos atrás mirando al suelo.

El metro estaba entrando en la parada y el ruido ensordecedor nos envolvió a los dos. No pudo volver a mirarme a la cara, y yo no entendía por qué. Después de pasar toda la tarde juntos, sincerándonos. Escuchándole mientras me explicaba por todo lo que había tenido que pasar para volver a reconstruirse, un beso entre nosotros era lo que faltaba para convertir en mágica aquella tarde. De ser mi vida una novela, me decía, habría tenido mi beso apasionado en ese mismo instante. Pero no pasó nada. ¡Nada! El metro llegó, sus puertas se abrieron y la gente que empezó a salir de él se cruzaba entre nosotros mientras él metía sus manos en los bolsillos para terminar alejándose de allí.

Cuando entré en el vagón, ahora casi vacío, me senté junto a una ventana mirando la oscuridad del túnel que ofrecía mi reflejo en el cristal. No era justo, ese no era el final de este capítulo. Yo no sabía lo que sentía hacia mí, pero lo que nunca habría esperado era esa indiferencia. Estaba secándome las primeras lágrimas cuando sonó mi móvil. Era un mensaje de Martín:

*Te has llevado mi libro, ladrona.*

Lo tuve que leer dos veces, porque no podía creerlo. ¿Iba a hacer como si aquel momento no hubiera existido entre nosotros? Prefería quedarse con mi amistad a intentar cualquier otra cosa. Entonces me enfadé con él, porque no era tan valiente como me había parecido. Y, sin dudarlo, le pregunté:

*¿Por qué no has querido besarme?*

Y aunque leyó el mensaje al instante, tardó siglos en contestar. Creo que estuvo escribiendo y escribiendo hasta que mis lágrimas no me dejaron ver la pantalla. Apagué el móvil, harta de él y muy enfadada, pero cuando llegué a mi casa no pude evitarlo y volví a encenderlo para saber cuál había sido su respuesta:

*Porque la vida no es una novela de color de rosa, María.*

Entonces comprendí que todas sus heridas no se habían curado, mi intrépido soldadito de plomo seguía sin tener valor para acercarse a su bailarina.

## Capítulo 22: La pirámide de Freytag

(Sancho)

Entré pidiendo un ibuprofeno, lo que no debió de dar buena imagen de mí a los chicos y chicas que llenaban aquella aula, mirándome con esos ojillos de zorro detrás de sus gafas. Habían perdonado mi retraso, y se les veía a todos muy emocionados e inquietos por estar frente a Sancho Herranz. Sin embargo, yo había llegado con un aspecto deplorable. Tenía una jaqueca impresionante, y no quería hablar ni que me hablasen. Me quité las gafas de sol y me costó acostumbrarme a las luces de neón de la sala. Yo solo quería volver a la cama y seguir durmiendo un poco más. Puede que fuera escritor, pero no tenía ni idea de explicarles a estos chicos cómo se hacía lo de juntar palabras, una tras otra, hasta formar una novela. Pero, al parecer, no habían encontrado a otro pelele más ocioso que yo para dar la clase ese día.

Emití un sonido gutural después de tragarme la pastilla sin agua, para descubrir después que alguien muy amable había dejado un botellín sin abrir sobre la mesa, junto al mando a distancia del aire acondicionado. —Cómo se notaba que estábamos en la privada—. Puse el aparato a veintiún grados. Luego me dieron pena las chavalas que iban en tirantes, y lo subí a veintitrés.

Como siempre hacía en estos casos, me puse a actuar. Eché un vistazo rápido a esa juventud que permanecía en silencio, observándome, carraspeando un poco y siguiendo todos mis movimientos como si de ellos pudieran aprender algo, y le pregunté al *espabilao* de la primera fila:

—A ver, dime, ¿qué necesitas para escribir?

El chico se sintió halagado porque me hubiese dirigido a él, pero también muy nervioso por tener que decirme algo, así que empezó a balbucear palabras inconexas, terminando por emitir un amasijo de vocablos incomprensibles.



—Vale, tranquilo —le dije poniéndole la mano en el hombro—. Dime tú, ¿qué necesitas para escribir?

Esta vez me había dirigido a una muchacha que estaba a su lado, algo feúcha para mis gustos refinados, pero que se lanzó como una fiera para dar su respuesta antes que nadie.

—Un papel y un lápiz —dijo la muy lista.

—Bueno, yo te recomendaría que fueses pasándote ya al bolígrafo. — Aquello animó a la clase, y un chico del fondo levantó una mano. Perfecto, ni siquiera sabía cómo se llamaban, pero había conseguido atrapar su atención. Algo que, como en el primer capítulo de una novela, era esencial para que siguieran creyendo a pies juntillas todo lo que les iba a contar en apenas cuarenta y cinco minutos de clase. Estos cursos de verano no eran nada del otro mundo, pero pagaban bien y las universitarias eran un aliciente aparte.

—¡Una buena idea! —dijo el chico del fondo que tenía algo olvidado.

—¿Y quién te dice a ti que tu idea es buena? ¿Y si no se te ocurre ninguna? ¿Qué haces? ¿No escribes? —le pregunté alzando el mentón, sin dejar de pensar que ese era mi caso en estos momentos. Entonces la chica de la tercera fila, morros operados y mechass californianas, dijo con chulería:

—Imaginación.

—Una historia que quieras contarle a los demás —dijo otro chico a su lado, que había dejado de forma estratégica un ejemplar de mi última novela encima de su mesa.

—Tiempo —dijo otro, tres filas más atrás.

—¡Talento!

—Mucho dinero para poder dedicarte a ello y no trabajar en otra cosa. — Aquello me hizo gracia, y me uní a las risas del grupo, pero tampoco era la respuesta que esperaba. Fui escuchándoles, uno a uno, pero ninguno de ellos llegó al punto que yo quería tocar ese día:

—Solo se necesita una cosa para empezar a escribir, y eso es tener la motivación suficiente para hacerlo. Como quien tiene ganas de echar un polvo y sale todas las noches, porque seguro que algo pilla, aunque sea un resfriado.

—Aquello gustó a pesar de ser un chiste muy viejo y muy malo, más o menos como yo—. Da igual que no sepamos definir la estructura de nuestra novela, qué gilipollez es esa de la pirámide de Freytag o hacer la ficha de un personaje. Da igual que hayamos leído mil libros, o solo uno. Que tengamos un Mac o, por el contrario, sigamos utilizando el papel y el lápiz, como aquí

nuestra amiga. —Le guiñé un ojo a la muchacha de la primera fila para que no se enfadase conmigo, ni pensase que quería dejarla en ridículo, aunque puede que ya me hubiese hecho la cruz para siempre—. Al final, si estás motivado, puedes hacer frente a todo. Sacas tiempo de donde sea, vas desarrollando tu imaginación y perfeccionando tu estilo en cada obra que escribes. Puede que después, en un curso como este, aprendas lo que es una escaleta descriptiva y eso te ayude muchísimo a organizarte, o no. ¿Qué quiero decir con todo esto?

Y, dejándolos boquiabiertos, cogí el rotulador y me puse a escribir en la pizarra blanca una conocida frase de Simone de Beauvoir: *Escribir es un oficio que se aprende escribiendo*.

—Así que ya sabéis: escribir, escribir, escribir y leer mucho. Muchísimo. —Y antes de ponerle de nuevo el tapón al rotulador, lo esnifé porque estaba colgado de ese olor químico.

—Señor Herranz, lo siento mucho, pero discrepo. Aunque te pases toda tu vida escribiendo, leyendo y yendo a cursos como este, eso no te asegura que al final lo que escribas vaya a ser bueno, que le vayas a gustar a la gente —dijo el chico del fondo. Y supuse que guardaba un manuscrito en su mochila para entregarme al final de la clase.

—Hijo mío, a lo mejor te estás equivocando de curso, este es un taller de escritura para hacer tu propia novela. No es un cursillo rápido de cómo hacerte rico y famoso escribiéndola, ¿entendido? Y el que piense que es una buena idea escribir un libro para amasar una fortuna, que lo deje ya. Porque, si así fuera, yo estaría ahora mismo en las Maldivas en lugar de en esta clase. — Mis alumnos rieron con mi ocurrencia, pero quedó claro el mensaje. Después de todo, era agradable verse arropado por aquellas personas que sentían una pasión parecida a la tuya.

Después de aquella clase magistral, no me equivoqué, el chico del fondo me entregó su manuscrito y yo le prometí echarle un vistazo. Que hiciera eso cuando me sentía tan impotente en la cuestión literaria era tentarme con el anillo único, pero el muchacho me había demostrado ser una mente inquieta con alguna de sus respuestas y me gustaba ayudar a quien se lo merecía. Pues así habían hecho conmigo cuando no era más que un bibliotecario.

Días más tarde, estaba buscando un mechero por mi casa cuando encontré el olvidado manuscrito. Era una novela de suspense psicológico, como bien me había dicho, y la sinopsis me dejó un poco perplejo:

*¿Ayudarías a buscar al asesino de un crimen que has cometido? Dora*

*Shelley es una escritora que se implica en la investigación del crimen de su compañera asesinada por sus propias manos para crear una coartada perfecta ante la policía. ¿Logrará seguir siendo inocente?*

Por supuesto, me lo leí de una sentada. Tenía algunos fallos de puntuación en los diálogos, uso excesivo de palabras terminadas en -mente y gerundios a mansalva. Pero para ser una ópera prima estaba muy bien. Me hizo pasar miedo, dudé muchas veces de cómo terminaría la historia, y eso me gustó. A pesar de ser un viejo lobo de mar, había marineros iniciándose por estos mares que me seguían sorprendiendo. Una de las cosas que más enganchaba de la novela era que, conforme iba leyendo, la voz de la protagonista se volvía más siniestra y despiadada, algo que llegaba a excitar de manera pernicioso. Dora Shelley terminaba convertida en un ser maléfico al que estabas deseando que descubran de una vez, porque siempre se salía con la suya. Era una mujer muy inteligente, una especie de Marnie la Ladrona que jugaba con esa imagen pueril que encandilaba a todos, incluido al inspector que llevaba el caso.

Durante toda la novela fue inevitable no pensar en María como una villana. ¿Por eso habría entablado amistad desde el principio con aquel policía? ¿Era su manera de comprobar si seguían investigando el caso? ¿Me estaría convirtiendo en cómplice de una asesina despiadada? Aquellas ideas me helaron la sangre. María demostraría tener una frialdad apabullante si en realidad fuese la asesina de Yolanda Reyes; y por pensar así acerca de mi morena de los ojos grandes, me asusté con mi propio reflejo al llegar al cuarto de baño:

—¡Serás idiota! —me dije frente al espejo. La ópera prima de ese muchacho me había sugestionado por completo, era una prueba más de que aquel manuscrito valía la pena. Sacudí mi cabeza para sacar aquella mala idea, y me reí de mí mismo por haber pensado en ella de aquella manera. Mi pequeño saltamontes no podría matar ni a una mosca, y, si lo hubiera hecho, habría ido derecha a la comisaría para confesar su crimen.

Cogí el móvil y le escribí un mensaje apaciguador:

*¿Has averiguado algo más acerca de nuestra nueva sospechosa?*

Habíamos discutido la última vez que quedamos para investigar a ese periodista sospechoso, pero nuestras peleas nunca llegaban a mayores, éramos como un matrimonio bien avenido. Hacíamos un buen equipo de investigación, al más puro estilo *Remington Steele*. Aunque mucho me temía que nuestro trabajo como detectives no nos llevase a ningún sitio. O, al menos, no al lugar

donde yo quería terminar con mi particular Laura Holt.

María no tardó en contestarme:

*¿Estás poniendo en duda mis facultades?*

De inmediato me llegó una foto. El salpicadero de su coche con varios paquetes de donuts, pastelitos, bolsas de patatas, refrescos y un par de helados de tarrina.

*¡Dios mío! Podrías matar a la humanidad entera con esas cantidades de azúcar y aceite de palma, ¿a quién pretendes atiborrar con todo eso?*

Su respuesta llegó de inmediato:

*¿Te animas a una patrulla de vigilancia muy especial? Esta noche, frente a la casa de la sospechosa, prometo contarte el resto mientras acabamos con todas estas provisiones. Venga, bibliotecario, necesito una vez más tu ayuda. ¡Vamos!*

Aquella invitación fue irresistible para un hombre débil como yo. Así que, con una sonrisa en mis labios, le pedí la dirección completa mientras salía de mi casa.

## Capítulo 23: Pesadilla

(Martín)

*El Asesino de las cadenas* se había fugado tras su primer permiso en libertad y llevaban veinticuatro horas buscándolo. Me había despertado con esa noticia, y oírlo hizo que se estremeciese todo mi cuerpo. No podía ser, tendría que estar soñando. «Se recuerda que es extremadamente peligroso», decía la presentadora del telediario mientras yo caminaba a tientas por mi casa. El dolor de la pierna regresó y se hizo tan fuerte que por un momento creí que empezaba a sangrarme de nuevo, tanto como recordaba haberla visto chorrear sangre segundos antes de desmayarme sobre el asfalto el día del accidente.

Siempre había tenido el presentimiento de que esto pasaría algún día, y, aunque ni siquiera había amanecido, quise ir a la comisaría cuanto antes para saber qué era lo que se sabía sobre su fuga y posible paradero. No quería ni pensar que al final se saliese con la suya, se perdiese en algún punto olvidado de este país, mientras yo debía aprender a convivir con una sola pierna.

Al llegar me dijeron que alguien me había llamado, pero que, al saber que no estaba, no quisieron dejar mensaje alguno, tan solo avisaron de que llamarían más tarde.

No sé por qué, pensé de inmediato en María. Hacía ya un par de semanas desde la última vez que nos vimos, pero después de mi contundente respuesta a su mensaje, no había vuelto a saber nada de ella. Y, la verdad, no sé por qué me extrañaba. Eso era lo que esperaba que hiciera, ¿no? Olvidarse de mí. Aunque, por lo visto, iba a ser más difícil que yo me olvidase de ella. Meneé la cabeza en el ascensor que subía hasta nuestro departamento, me había comportado como un auténtico cretino y ahora esperaba que ella me perdonase

y volviese a hablar conmigo como si tal cosa, ¿para qué? No debía lamentarme por una decisión que yo mismo había tomado. Ahora no podía esperar que María se hiciese mi amiga como si nada, no después de haber sido tan duro con ella. Lo único que esa pobre muchacha había hecho era ver más allá de mis posibilidades, porque no podía decir otra cosa en mi defensa. De todas formas, era bastante improbable que ella hubiese llamado aquí para hablar conmigo; tenía mi móvil. Me hubiera escrito un mensaje si quería decirme algo. No, estaba claro que ella no había sido.

De pronto sonó el teléfono de mi mesa, era una llamada externa desviada desde la centralita. Al parecer, quien fuera que me estuviera buscando, no tenía el número de mi móvil, y eso me extrañó. ¿Quién podía ser?

—¿Diga? Correa al habla.

Me quedé con el auricular en la mano, mirando mi mesa llena de papeles mientras escuchaba, desde el otro lado, aquella voz que me indicaba al instante quién era el tipo que me estaba buscando.

—Hola, Martín, ¿te acuerdas de mí? —Y aunque nunca le había oído hablar, ni pensé que llegaría a saber mi nombre, pude identificarlo con dolorosa claridad.

—¡Serás hijo de...!

Pero su risa socarrona me cortó helándome la sangre. Era él, el monstruo al que había descubierto y había conseguido pararle los pies a cambio de una pierna, *el Asesino de las cadenas*. ¿Qué hacía llamándome? ¿Se había vuelto loco? ¿Qué quería ahora?

—Martín, Martín. ¿Quién te lo iba a decir a ti? Después de la mala suerte que siempre has tenido, vas y te haces negociador, ¡pero qué barbaridad! ¿A quién se la has tenido que chupar para que te dejen ahí? —De nuevo aquella carcajada siniestra que me hizo apretar los puños con rabia.

Ahora entendía por qué quería hablar conmigo, quería negociar su libertad. ¡Pues estaba listo! No había nada que hacer. Iríamos a por él, y gracias a aquel inútil intento de fuga terminaría pudriéndose en la cárcel. Ya nadie iba a confiar en él, ni en su ejemplar comportamiento penitenciario, ni en su fingido remordimiento.

—Escúchame bien, ahora mismo te están buscando miles de policías. Están barriendo el país buscándote. ¿Y sabes? Te van a encontrar en seguida. Las cosas han cambiado, tío, ahora no es como hace cinco años. Ahora tu tiempo fuera de la cárcel va a ser solo una corta cuenta atrás. Te quedan horas, quizá

menos.

Mientras hablaba me acerqué a la mesa de mi compañero y marqué los números desde su teléfono, pretendía comunicarme desde otra línea para que supieran que el tipo al que estaban buscando lo tenía yo al otro lado del auricular.

—¡Basta ya de amenazas! ¿Qué te piensas? ¿Que no sé jugar a esto, hijo? ¡Pues te equivocas! Llevo mucho tiempo esperando el mejor momento para hacerlo, y ahora sé que me darás lo que te pida. ¡Si supieras la de tiempo que llevo detrás de ti!

—¡Ni aunque me mates! —gruñí entre dientes, mientras en el otro teléfono estaban comunicando. «¡Maldita sea!». Y de repente, lo escuché. Era un sollozo casi imperceptible, pero no había duda, una mujer estaba llorando al otro lado del teléfono. ¡Ese miserable tenía una rehén! Aquello me hizo ponerme alerta, y pregunté con el estómago encogido:

—¿Hay alguien a tu lado? ¡Dime! ¿Quién está contigo? —Y presionada también por aquel tipo para que hablase de una vez, la chica consiguió coger algo de aliento para decir su nombre.

—Soy yo, Martín. Soy María. —Y no pudo decir nada más. Arrancó de nuevo a llorar, destrozándome el alma por dentro. Ahora sí que me tenía cogido por las pelotas.

—¡Como la toques, te juro que...!

—No vas a hacer nada porque de ti depende que esta morena guapísima siga viva. Ya sabes lo que quiero: habla con quien tengas que hablar. Supongo que, si te han metido ahí a pesar de ser un puto cojo, será porque eres bueno en esto, ¿no? ¡Así que ya puedes correr! —Y colgó dejando en mis oídos esa risa macabra que me hizo explotar en un ataque de ira descontrolada. Tiré contra la pared el teléfono, mientras notaba cómo la rabia se apoderaba de todo mi cuerpo. No lo podía creer, no podía ser. Prefería mil veces perder la otra pierna o un brazo a que le pasase algo a María.

—¡Nooo!

Me desperté gritando y respirando con dificultad, empapado en sudor otra vez y con el corazón a punto de atravesarme el pecho. ¿Qué había pasado? ¿Había sido todo una puta pesadilla? No lo podía creer. Había sido tan real que iba a volverme loco.

Me incorporé apoyando los antebrazos en el colchón y seguí intentando recobrar el aliento después de aquel episodio tan doloroso y real que casi me

provoca un infarto. Entonces, no lo dudé. Cogí mi móvil y llamé a María. Me daba igual despertarla, que se cabrease conmigo por haberla llamado a las tantas, y que aprovecharse para mandarme a la mierda. Tenía que oír su voz, saber que estaba viva y estaba bien, aunque yo supiese que todo había sido una pesadilla de las mías.



## Capítulo 24: Persecución

(Sancho)

María me recibió en su coche, un Seat León de color negro con fundas de Hello Kitty en los asientos. Tenía la boca torcida y manchada de chocolate, con un cierto aire de crispación que no supe a qué era debido.

—Hola.

—Hola.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, ¿por qué?

Empezábamos bien. Con respuestas así era mejor no seguir preguntando. No tardó en agasajarme con un montón de pastelitos para que llenase el buche, pero yo solo le pedí permiso para bajar la ventanilla y fumarme un pitillo.

a) Era obvio que le pasaba algo.

b) No me importaba lo más mínimo.

$a+b=c$

c) Pronto me convertiré en un eunuco.

Comprendí que, si quería que siguiese contando conmigo en esta investigación, debía aguantarle la vela en estos momentos. Había una necesidad ignominiosa en ese coche de contarle a alguien lo que le pasaba, y me había tocado a mí escucharla. Así que no preguntaría. Si quería decírmelo, que seguro que querría, no tardaría en explicarse con todo lujo de detalles.

Con la primera calada que di ya estaba presentándome el informe de nuestra nueva sospechosa, para que viera que había hecho bien sus deberes. Miriam Llorens se había divorciado hacía menos de dos años, sacándole hasta la

médula a su exmarido, algo que me resultaba muy familiar. Una de las cosas que tenía claras en esta vida era que jamás volvería a casarme, ni siquiera haciendo separación de bienes: no cometería semejante error otra vez. Había perdido toda la fe en el matrimonio, y la culpa de eso la tenían personas como María, que ensalzaban el amor como si fuera la panacea, reflejándonos una realidad muy distinta a la que nos rodeaba a cualquiera de los mortales. Incluso mi pequeña saltamontes, que en ese momento parecía tan inocente y mona, con los años terminaría convirtiéndose en una arpía como todas las mujeres que había conocido. Consiguiendo amargar al pobre desgraciado que terminase a su lado. Miriam vivía sola en un ático cerca del Retiro, sus hijos ya eran mayores y estudiaban en el extranjero. Por eso nuestra nueva sospechosa tenía todo el tiempo del mundo para ir a gimnasios, sesiones de belleza y clubs de lectura. María me pasó su móvil con una foto de la presunta asesina:

—Es más fea que un pie y tiene cara de loca, pero, si fuera solo por eso, las cárceles estarían llenas —dije mordaz—. Debemos buscar un motivo. Si no fueron compañeras en el colegio o el instituto, ni le robó ningún novio conocido, no tenemos nada para pensar que ella quisiera matar a Yolanda. Solo es una colgada más de sus novelas.

—He tenido un pálpito, llevo siguiéndola todo el día. Hoy ha estado de compras por Serrano, así que creo que saldrá a algún tipo de fiesta. Podríamos abordarla cuando salga de su casa, haciéndonos pasar por policías, y preguntarle dónde estaba el día de la muerte de Yolanda —sugirió mirándome de reojo sin dejar de comer helado, relamiendo la cucharilla.

—¿Hacernos pasar por policías? ¡¿Y cómo piensas hacer eso?! —

Entonces, como si lo hubiera estado ensayando toda la tarde, dejó su helado justo al lado del freno de mano, se acomodó en su asiento y, en un rápido movimiento, sacó una cartera del bolsillo con una especie de acreditación, para cerrarla de inmediato delante de mis ojos.

—¿Qué ha sido eso? ¡¿Por qué me has enseñado tu carné de la Fnac?! — pregunté no queriendo dar crédito a lo que había visto. ¡Vergüenza ajena me daba esta chica a veces!

—¿Lo has visto? ¡¿Cómo has sido capaz de verlo?! Bueno, tendré que practicar más —se dijo a sí misma encogiéndose de hombros sin dar mucha importancia al asunto—, aunque, si Miriam es de verdad la asesina, no creo que dude de nuestra palabra.

—La sobredosis de azúcar que llevas te debe de haber trastocado el cerebro. Yo soy Sancho Herranz, tú eres Heather Wright, y ella es una bibliófila adicta a la romántica. Por nada del mundo se va a creer que somos policías, pero ¿en qué estás pensando? Si te ve por la calle, lo más seguro es que te pida un autógrafo, no tu identificación.

María se quedó callada, su semblante era triste y cansado. Incluso diría que había llorado no hacía mucho. Llevaba metida en ese coche consumiendo comida basura demasiadas horas, pero aún no sabía muy bien el porqué.

—Cariño, ¿estás bien? —tuve que preguntar ante la evidencia, pero no hubo respuesta de mi amiga—. Le podrías decir a tu amigo el policía que la llamase por teléfono y le dijera que han encontrado nuevas pruebas que demuestran que fue un asesinato, aunque fuese un farol, para ver qué hace. Puede que empezase a actuar de manera extraña, delatándose a sí misma —sugerí haciendo que se enfureciese conmigo de manera repentina.

—No creo que mi amigo el policía nos vaya a ayudar en algo, Sancho. Digamos que hemos tenido ciertas desavenencias que han complicado nuestra amistad. —Y sin darme más explicaciones, puso la radio.

—¡Oh, bueno! Si es solo por eso, bájate la cremallera y ponte a buscar a Jacq's.

—¡Bájatela tú! ¿Quién sabe? A lo mejor tienes más suerte que yo.

—María —dije en el tono más grave que pude.

—¡¿Qué?!

—¿Me vas a decir qué ha pasado con ese policía?

—¡Nada, no ha pasado nada! Eso es lo mejor de todo, Sancho. Que soy tan tonta, que estoy dolida por nada.

Inspiré para armarme de paciencia. Ahora me tocaba hacer de Elena Francis, ¿y qué se supone que sacaba yo a cambio de todo esto? ¡Ah, sí! Un enorme cartel en mi frente que pusiera: *Pagafantas*.

—A ver si lo estoy entendiendo, niña. ¿Me estás diciendo que ese chico que lleva media película ayudándote, facilitándote pruebas y soportando lo cansina que eres, ¿te ha rechazado? —María asintió con la cabeza, abrazada a ella misma, sin poder mirarme a los ojos—. Y yo que pensaba que era el único aquí que estaba haciendo el gilipollas zurrándose la sardina... —murmuré sin pelos en la lengua.

María levantó la vista hacia mí y comenzó a gritar:

—¡So guarro! Vete tú también. ¡Déjame! Seguiré yo sola con esta

investigación, no te necesito. ¡No necesito a nadie!

Y en medio de ese ataque de ira injustificado, en el que María me echó de su coche, vi que a pocos metros nuestra sospechosa estaba pidiendo un taxi.

—¡María, mira! —le advertí señalando a nuestra sospechosa.

—¡Taxi, taxi! —Levantaba su mano engalanada con múltiples pulseras de oro. Vestía de largo, y, después de verla en persona, no me pareció tan fea. A decir verdad, tenía toda la pinta de usar sábanas de algodón egipcio en su cama y beber whisky escocés por las noches, lo que la convertía en alguien con un tremendo atractivo para mí. ¿Y por qué no intentaba seducirla para ver si me decía algo?

—Rápido, ¡arranca! —grité volviéndome hacia el coche de María cuando la vi subirse a un taxi. Y sin que yo hubiera terminado de meter el pie, la muy salvaje de mi compañera se puso en marcha.

—¡Perdona! —se disculpó frenando en seco al darse cuenta, provocando que tuviera que hacer malabarismos para no caerme.

—Vamos, fitipaldi, ¡que se nos escapa!

María apretó a fondo el acelerador y nos incorporamos a la vía como si saliéramos de los boxes de un circuito, cayéndose del salpicadero todos los envoltorios que había consumido durante su particular patrulla de vigilancia. No sé si era por el desagravio amoroso, porque le había venido la regla o por la sobredosis de chocolate y azúcar que llevaba encima, pero en ese momento María no era la más indicada para conducir.

—¿Quieres que conduzca yo? —le dije mientras me aferraba a las agarraderas para no volcarme sobre ella al despedirnos de la puerta de Alcalá.

—¿Por qué lo dices, eh? ¿No será porque soy mujer? ¿Crees que no puedo conducir tan bien como tú? ¡Pues mira esto!

Mientras sonaba el *One Way Or Another* de Blondie por la radio del coche, con una agresividad inaudita en María, dio un volantazo y comenzó a adelantar coches por la vía en sentido contrario pitando e intimidando a los desatinados conductores que se topaban con ella en la vía.

—¡María! ¿Qué pretendes? ¡Matarnos!

—Ese taxista se va a enterar de cómo conduce una valenciana.

—Vale, pero no dejes de mirar la carretera, ¿quieres, bonita? —le advertí con la voz temblorosa—. ¡Ras, María! ¡Ras!

Con los huevos por corbata, veía cómo la nueva Carlos Sainz iba

reduciendo la distancia entre el taxi que había cogido Miriam y nosotros, dejando tras de sí un circo de pitorradas, silbidos y cortes de manga.

—¡Cuidado, cuidado!

Sin saber muy bien cómo, porque me tapé los ojos cuando creí que nos estamparíamos contra una *cucaracha negra*, conseguimos cruzar todos los semáforos que rodeaban la estación de Atocha sin matar a nadie. Gracias a la desconocida habilidad de María para conducir utilizando métodos nada ortodoxos, pero bastante efectivos, estábamos a punto de alcanzarlos.

—¡Oh, no! —exclamé agobiado al escuchar la sirena de un coche de policía a lo lejos. Tras semejantes piruetas automovilísticas, no tardaron en darse cuenta de que estábamos cumpliendo sin excepción todas las infracciones del código de circulación.

—Mierda, mierda, mierda —prorrumpió María cuando no hubo duda de que el coche nos estaba pidiendo el alto. Y en lugar de frenar, la muy bruta, pisó a fondo el acelerador.

—¡María, coño, que es la policía! —dije para instarla a parar esta estúpida persecución por el centro de Madrid.

—¿Pero no te has dado cuenta? Miriam le ha pedido al taxista que siga adelante. Creo que está huyendo de nosotros. ¡Sancho, la tenemos!

—¿Sabes? Yo también huiría de nosotros si pudiera —dije persignándome con una mano mientras que con la otra seguía cogido a las agarraderas del coche.

En una de las callejuelas del barrio de Lavapiés, dimos alcance al taxi en una maniobra que ni los GEO hubieran podido mejorar. «Pero ¿en qué trabajaba María antes de ser escritora?». Acto seguido, varios coches de la policía nos rodearon. Empezaron a salir agentes por todos lados, convirtiéndose aquello en un desfile de uniformes que ni el Día de la Hispanidad.

—Me cago en tu estampa, María. ¿Y ahora qué hacemos?

María me miró como si hubiera salido de un trance hipnótico, aún más asustada que yo. La situación se nos había ido de las manos, nadie se creería por qué estábamos persiguiendo a aquella mujer. Pero en ese momento de incertidumbre vimos a nuestra sospechosa salir del taxi con las manos en alto y pidiendo un abogado, mientras un par de policías le ponían las esposas y empezaban a leerle sus derechos.

—¿¿Cómo?? —nos preguntamos los dos a la vez.

Ya en la comisaría nos dijeron que Miriam Llorens tenía una doble vida, y, aparte de una divorciada amante de la lectura, también era una conocida estafadora. Al parecer, se había quedado con el dinero de mucha gente adinerada para *invertir* en empresas fantasma que ella montaba con la misma rapidez con la que las desmontaba, para que después no hubiese nadie a quién reclamar el dinero invertido. Llevaban detrás de ella más de un año y ella lo sabía, por eso, después de haberla seguido por todo Madrid de aquella manera, creía que su próximo destino sería la cárcel.

María no quiso llamar a Martín para que le echase una mano durante nuestro encierro en comisaría que terminó en un juicio rápido por delitos en la seguridad vial.

—No es el mejor momento para una pelea de enamorados, pequeña —le advertí—, pero estoy seguro de que él te ayudaría con algo así.

Sin embargo, obcecada en no decirle nada a su amigo, perdió todos los puntos del carné y le pusieron una multa de las gordas por conducción temeraria. Multa que yo me ofrecí a pagar a medias, cosa que ella tampoco aceptó. Lo único bueno que pudimos sacar de aquella noche espídica fue saber que Miriam Llorens no pudo matar a Yolanda Reyes porque la noche de autos ella estaba en Benidorm según los datos de la policía.

Camino a su casa, conduciendo yo su coche por la M-30 porque ella no podría hacerlo durante una buena temporada, María suspiró mientras veíamos el amanecer.

—¿Cansada? —le pregunté al darme cuenta de que no había dicho nada desde hacía horas.

—Un poco, nunca había pasado una noche en el calabozo. No es tan horrible como siempre lo describen, ¿verdad?

—Depende. Yo he tenido a mi lado al mismísimo John Coffey de *La milla verde*, ni pestañeaba por si pudiera molestarle. —María se rio sin ganas.

—Sancho, creo que... —dijo sin dejar de mirar la ventanilla. No continuó con aquella frase, como si no quisiera decir en voz alta lo que estaba pensando.

—¿Crees que deberíamos dejar la investigación? —adiviné.

María giró entonces su cabeza y me miró con el rostro alicaído. Yo había conseguido decir sin esfuerzo lo que ella tanto temía convertir en una realidad.

—Solo hasta que encontremos un sospechoso con motivos reales para matar a Yolanda. Hasta tener pruebas concretas y palpables que refuten nuestras

teorías —añadió dejándose esa puerta abierta—. Martín tenía razón, esto no es un juego.

—Estoy de acuerdo.

Y mientras me acomodaba las gafas, vimos cómo los primeros rayos de sol iluminaban el paisaje de Madrid. Comprobé entonces cómo María se acurrucaba en su asiento para descansar un poco, y verla hecha un ovillo a mi lado me hizo sonreír. Me sentí afortunado por estar compartiendo un momento así.

## Capítulo 25: Autopublicar

(María)

Escribía a buen ritmo, más de tres mil quinientas palabras en lo que llevaba de día, y aún me quedaba toda la noche. La casa estaba hecha un desastre, y menos mal que no tenía niños, animales o plantas bajo mi supervisión, porque todos habrían muerto bajo mis terribles manos. Cada día había más polvo a mi alrededor, el cuarto de baño empezaba a oler mal, y estaba segura de que en el lavadero había algo no-humano que crecía debido a un milagro de la naturaleza. No tenía ni un solo plato limpio sobre el que poner la comida precocinada que me mantenía viva, pero ya me era todo indiferente. Estaba en plena ebullición de ideas, entregada por completo a la literatura, en plena catarsis artística, y para ello había tenido que sacrificar todo contacto con el exterior. Me había despedido por un tiempo de las redes sociales, móviles o televisión. No quería relacionarme con nada o nadie para no verme influenciada. Hasta que no escribiese esta historia, debía permanecer aislada, olvidada del mundo. Solo así lograría terminar cuanto antes y dejaría de *pensar en él*.

Martín Correa había entrado en mi cabeza sin previo aviso, para después convertirse en el protagonista de mi gran decepción. Me habían llamado la atención su sensibilidad, su paciencia conmigo, que lograra adivinar todos mis pensamientos y, más tarde, al conocerlo mejor, su sentido del humor nada convencional. Además, por qué no decirlo, estaban esos ojos amables que siempre me habían mirado con intensidad, que se habían fijado en miles de detalles de los que yo no era consciente, y me habían hecho sentirme muy especial. Sin olvidar tampoco esa sonrisa canalla que, por fortuna, no había perdido en aquel accidente, chivándome algo más de cómo había sido ese otro



Martín que no llegué a conocer cinco años atrás.

Era inevitable que fantaseara un poco con aquella posibilidad después de leer y escribir tanto sobre el amor. Martín me había demostrado tener la madurez mental suficiente como para no parecerme un tío más, hipócrita y cuentista. La culpa la tuvo ese hormigueo en el estómago al disfrutar con su conversación en aquella no-cita, la emoción inocente con la que viví esa primera caricia suya, nada prevista, convirtiéndome al final de aquella tarde en una pánfila redomada. Bien, había hecho el ridículo con él, así que después de haberme tirado a la piscina y pegarme un soberano planchazo, tocaba olvidarlo. Por eso era urgente terminar de escribir esa novela que me recordaba tanto a Martín, decir adiós a su recuerdo escribiendo la palabra «FIN».

El look real de una escritora trabajando a destajo no tiene nada que ver con el de las películas. Ninguna somos Carrie Bradshaw, aunque a la mayoría de nosotras nos encantaría serlo. A mí, por ejemplo, me chiflaría tener sus rizos dorados en lugar de estos pelos de loca, sin volumen ni brillo, que ahora tapaba con un pañuelo. Llevaba una camiseta vieja de tirantes anchos, de diez años de antigüedad, y unos shorts vaqueros. El mínimo de ropa permitido para poder soportar el calor de este veranillo de San Miguel. Bailaba en uno de mis pies la única chancla que no había perdido por mi habitación, y el otro pie seguía descalzo, moviéndose inquieto debido a un incontrolable estado de nervios.

A falta de un epílogo que me resultase original y satisfactorio, aunque no fuera muy realista, para cerrar esta novela autoconclusiva, seguía odiando y amando a mi prota, el *alter ego* de Martín. No lo podía evitar. Sobre el papel se lo perdonaba todo, estaba más guapo que nunca, y volvía a ser mío, solo mío. Al menos, hasta que se publicase el libro y se lo entregara a mis lectoras con un lacito rosa.

Retumbaba la voz de Mick Jagger cantando *Paint It, Black* por las paredes de mi piso, era mi particular contraataque a la batalla musical que manteníamos mi vecino y yo. A ambos nos gustaban Los Rolling Stones, así que, en esta ocasión, estábamos en tablas.

Seguía tecleando como una posesa, la escena se estaba escribiendo sola, era el desenlace y solo faltaba atar los cabos de todas las tramas que habían quedado sueltos a lo largo de la historia. Revisaba de vez en cuando mi libreta en la que había anotado cuanto debía tener en cuenta a la hora de llegar a este

momento: el final de mi novela. Sonreí al reconocer esa sensación que iba *in crescendo*; pronto escribiría aquella maldita palabra. Mis dedos se movían rápidos sobre el teclado, adelantándose a mis pensamientos, atropellando conjunciones y provocando erratas que más tarde corregiría. Sonreía mientras las primeras lágrimas resbalaban por mi mejilla, estaba cerca. Muy cerca. Pronto acabaría y la sensación de vacío que me quedaría después sería tremenda. Casi asustaba. Pero así era la vida del escritor, un continuo hola y adiós a esos personajes que susurran palabras al oído. Otros, incluso, te despertaban para que siguieras escribiendo, como la más horrible de las condenas. Bueno, quizás no tan horrible, pero sí que a veces me sentía condenada a escribir lo que mi cabeza no paraba de inventar. Llegaba a ser una obsesión muy compleja, como una enfermedad. Solo comprensible para otros adictos a mi mismo mal, llamados también soñadores. Ya estaba viendo la línea de meta, ya llegaba al final del recorrido, y un grito desgarrador salía de mi boca porque todavía quedaban unos metros para alcanzarlo. «¡Venga, María!», decía todo mi cuerpo.

Aunque no fuera la obra más extensa que había escrito, sí era la que más me había costado hasta el momento. De modo que pensaba celebrarlo por todo lo alto cuando terminase, haciendo algo muy especial, como un nuevo tatuaje o un corte de pelo diferente. Había tenido que terminar a marchas forzadas la novela de preuniversitarios problemáticos para poder centrarme en esta como yo quería. Era demasiado complejo para mí crear dos historias de forma paralela, sobre todo cuando estaba sintiendo tanto por una de ellas que no me dejaba pensar en la otra. No podía, no era una máquina. Me implicaba demasiado en cada una de las cosas que escribía, tanto que después me costaba horrores decirles adiós. Ese duelo me dejaba exhausta, y, sin embargo, no dudaba en volver a embarcarme en la siguiente historia a los pocos días. Era algo complejo de explicar, como si escribir fuera una droga.

De repente escuché el sonido de un mensaje entrante en mi bandeja de prioritarios y deslicé el ratón con curiosidad para saber de quién se trataba: ¡Ajá! Allí estaba la respuesta de mi correctora. Acababa de leer la sinopsis y los primeros capítulos de mi novela y respondía con un sencillo «*WTF*» en el asunto. La conocía, llevaba corrigiendo mis textos desde el principio de los tiempos, y era una de mis más fieles seguidoras. Ella también me conocía a mí, y sabía que, si no contestaba al móvil, era porque estaba escribiendo, así que me había mandado ese mensaje para que la llamase en cuanto estuviese

receptiva. Ahora lo estaba, y necesitaba saber su opinión como el agua de beber, qué le había parecido y si veía plausible la historia.

Con prisas alcancé mi móvil, ya olvidado sobre la encimera de la cocina, y lo encendí para poder hablar con ella. En seguida aparecieron un millón de avisos de las distintas aplicaciones, mensajes de WhatsApp y algunas llamadas perdidas. Entre ellas, una más de Martín. «¡Pesado!». Aquello distrajo mi atención unos segundos, al preguntarme a qué venía aquello, porque no sabía con qué intención insistía tanto en llamarme, si ya me había dejado bien claro que no quería nada conmigo. Busqué entonces entre los mensajes alguno que fuera suyo y lo encontré:

*Hola, ¿estás bien? Me gustaría hablar contigo.*

¿A qué se referiría con ese «estás bien»? ¿Cómo se suponía que debía estar después de que me hubiese rechazado? A lo mejor se pensaba que me había cortado las venas por su culpa. Aquello me hizo abrir los ojos y cabrearme de inmediato. ¿Pero quién se pensaba que era? Me puso de mala leche, y le contesté sin dudar:

*Hola, estoy muy bien. Pero eso ya lo sabías, ¿no?*

*Gracias por preguntar de todas formas. ¡Adiós!*

Acto seguido, y queriendo correr un tupido velo sobre aquel pequeño incidente, llamé a mi correctora. La cual debía de estar pegada al teléfono, porque no esperó ni al primer tono para contestarme:

—¿De qué va lo que me has mandado? ¿Es una especie de *Antes de ti* de Jojo Moyes o algo así? Leo las primeras páginas y al chico ya le has amputado las dos piernas, ¿es eso real? ¿No es un sueño para confundir al lector? ¿Tu protagonista va a ir en silla de ruedas?

Fuensanta hablaba muy rápido cuando estaba nerviosa o se emocionaba. Ella, aparte de corregir mis textos, también era una de mis primeras lectoras. Nuestras discusiones sobre las novelas que yo escribía podían agotar las baterías de nuestros móviles.

—¿Cuánto has leído? ¿Te está gustando? ¿Crees que le interesará a Teresa?

—Bueno, llevo muy poquito, la verdad. Pero es muy diferente a todo lo que has escrito hasta ahora, eso desde luego. Tanto que no sé ni cómo clasificarlo. ¿Se supone que es una novela romántica? —La pregunta, lejos de ofenderme, me agradó. Si ella no lo sabía, yo menos todavía. Era tan extraña como la forma en la que Martín y yo nos habíamos conocido, con un crimen de por medio. La investigación del asesinato de Yolanda Reyes seguía en *standby*

para Sancho y para mí, por eso había podido dedicarme plenamente a la novela—. Quiero decir que, en fin, María... Has encontrado por fin tu historia, ¡es cojonuda! Tu narrador es bestial y el tema que tocas tiene muchos matices. No es una simple historia de amor, ni siquiera la relación entre ellos lo es. Como dicen en la tele, esta es tu obra más madura —dijo modulando su voz para hacerme reír, pero no lo consiguió.

—Entonces, ¿te gusta?! —exclamé desconcertada.

—¡Pues claro que sí, tonta! Ya sabes que soy muy crítica, yo no me caso con nadie, pero con esta novela estoy segura de no equivocarme: es la mejor historia que has escrito en tu puñetera vida, nena.

—¿Hablas en serio? —comenzaban las palpitaciones, el sudor frío en el cuello, las piernas me flojeaban.

—No, soy maléfica y gozo haciendo daño a la gente. ¡María, pues claro que hablo en serio! Es una historia muy real que va directa al corazón, como dicen por ahí, muy *touching*. Es tan distinta a lo que conocemos los lectores de Heather Wright que, si yo fuera tú, me lanzaba a autopublicarla con otro nombre.

—¿Qué dices! Autopublicar, ¿yo?

—Sí, María ¡Tú! No sé por qué le tienes pánico a la autopublicación. Tus historias gustan, se venden, y si temes que a Teresa le pueda sentar mal que te decidas a ir por libre, puedes sacarlo bajo tu propio nombre. Así no te estás escondiendo detrás de un seudónimo. No tienes firmada ninguna cláusula de exclusividad, ¿verdad? Pues díselo claramente. Te estás convirtiendo en un pedazo de escritora de tomo y lomo, y este manuscrito lo confirma. La gente tiene que saber que detrás de Heather Wright se esconde otra escritora llamada María García que es la repera.

—¡Yo no soy la repera!

—No, claro. Eso lo serías si fueras valiente por una vez en tu vida e hicieses lo que te pide el cuerpo sin marearte pensando en las consecuencias, que, ya te aviso, solo se traducirán en ventas y más ventas. ¡Hasta tendré que doblar mi comisión por haberte dado la idea!

—No sé, Santi, hacerse la valiente nunca ha funcionado conmigo. Y mucho menos ahora.

—Quítate esa venda de una vez, María. Ya no eres ninguna novata en este mundillo, tienes los contactos suficientes como para hacer que se convierta en un éxito la promoción del libro, aunque sea por tu cuenta. Además, siempre he

pensado que tu *look* encaja más en la caseta de autores *indie* de la feria del libro, alejada de esa editorial tipo *lobby* en la que te has encasillado. Venga, chica, de los cobardes nada se ha escrito en la historia.

—¡Vaya! ¿De verdad piensas que soy una autora cobarde? —respondí pensativa.

—Pues claro, eres una gallinica miedica. Clo, clo, clo, clo —continuó con la chanza, dejando entrever su deje murciano.

Me mordisqueé el labio visualizando aquella posibilidad y, al darme cuenta de que lo hacía, me enfadé conmigo misma acordándome de Martín. ¿Por qué me costaría tanto olvidarlo? Nunca creí que llegaría este momento, nunca creí que escribiría algo que fuese tan mío como para no pensar que fuera una locura lanzarme al mundo de la publicación independiente, por eso mentiría si no viese como algo probable esa opción. No solo probable, también posible y muy deseable.

—Tengo que consultarlo con la almohada —murmuré.

—De acuerdo, piénsalo todo lo que quieras siempre que a final te decidas a publicarlo de alguna manera. Así, mientras, me das tiempo para que la lea entera y te la corrija. En un par de semanas la tendrás lista.

—Gracias, Santi. Eres un sol.

—Sí, bueno, por algo soy de Murcia. Luego te paso mi nuevo número de cuenta, que pertenecer a la resistencia también tiene sus gastos. Tú ya me entiendes.

Me río de su humor entre líneas, como yo lo llamo. Cuando terminamos de hablar, mis ojos volvieron al monitor de la pantalla, y en ese instante a solas me sentí sobrepasada de nuevo por la emoción. «Entonces, ¿lo iba a hacer? ¿Iba a tener el valor suficiente como para autopublicar mi novela?». Espiré hondo y miré la pared de mi salón, en la que aún seguían colgadas las fotos y recortes de artículos donde estaba toda la información que había recopilado sobre Yolanda. Era inevitable pensar que, si ella no hubiese muerto, jamás hubiese conocido a Martín y, sin él, esa historia que se anunciaba como un cambio de rumbo en mi carrera literaria jamás se habría escrito.

## Capítulo 26: *Lovely Coffee*

(Sancho)

—Hola, chata, ¿cómo estás? —Y como en el comienzo de una canción de Celtas Cortos, así le di la bienvenida a María. Me gustó verla algo más animada que la última vez que estuvimos juntos. Con más color en las mejillas, la nariz roja por el frío y ese flequillo de niña traviesa tapándole los ojos.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Cómo va esa mala racha? —respondió a mis preguntas con más preguntas mientras nos dábamos dos besos de bienvenida que me supieron a gloria, envolviéndome con el suave aroma de su perfume. Después de muchos días de clausura escribiendo esa novela que la había tenido tan ensimismada, estaba pletórica. Decía estar pensando en autopublicarla y quería compartir sus impresiones conmigo. Yo celebré aquella decisión, porque sabía lo difícil que habría sido para ella tomarla.

Quedamos en el Café de la luz, porque me dijo que aún no había estado allí. María tenía siempre ese aire *indie* cultureta que me hizo pensar que el ambiente de ese sitio le iba a gustar. Entró sin parar de mirar a su alrededor, queriendo impregnarse de todo aquel ambiente bohemio. Haciendo, como yo hacía a veces, un ejercicio de descripción mental sobre la marcha. Sabía que llevarla allí sería un acierto; ya empezaba a conocer sus gustos y podía disfrutar del hermoso espectáculo que era sorprenderla con algo que la agradase. Aunque fuese un humilde bibliotecario, me sentía honrado de que siguiera contando con mi amistad a pesar de todo.

—No tengo muchas novedades, por eso te he traído aquí, hacen unos cócteles especiales para todo tipo de depresiones. Son mano de santo. ¡Y tú tienes que celebrar que has terminado por fin esa novela! —celebré mientras

le hacía una señal a la camarera para que se acercara—. ¿Cuándo vas a publicarla? Tienes que tener a todo el mundo esperándote, hace solo... ¿Cuánto? ¿Dos meses que no publicas nada?

—Ahora va a resultar que Sancho Herranz me tiene envidia —ironizó María mientras sonaba la canción de Lori Meyers, *Siempre brilla el sol*. Estaba encantada de estar allí, moviendo sus zapatillas por debajo de la mesa como una colegiala.

—Te recuerdo que con los libros que yo he publicado se puede llenar una librería entera —respondí fanfarrón, porque podía serlo delante de ella sin temor a que me pudiera malinterpretar.

Yo era demasiado vago para empezar ahora a sacar títulos por cuenta propia, pero sabía que muchos autores jóvenes, y no tan jóvenes, estaban haciéndose un hueco gracias a la autopublicación. Era una opción como cualquier otra, que, bien dirigida, daba pingües beneficios a los autores más arriesgados.

—Aún me faltan algunos detalles, no está acabada del todo —respondió, pero a mí todo eso me sonó a pamplinas.

—No te eternices en la corrección, si no, nunca la publicarás ¡No seas otro Patrick Rothfuss, por favor!

A María siempre había que ir calentándole la oreja poco a poco para que se atreviese a dar el siguiente paso. Había que llevarla de la mano hasta el final del trampolín, explicarle cómo se hacía, para que al final se tirase haciendo una pirueta mortal que te dejase helado. Lo mejor de todo es que después emergía del agua, sorprendida por lo que acababa de hacer, y te miraba buscando tu aprobación como una niña de cuatro años. Un claro ejemplo de alumna que supera al maestro, porque mucho me temía que en esa cabeza jamás se iban a acabar las buenas ideas.

—La verdad es que ya la tengo.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—No estoy segura de querer publicarla, a lo mejor se queda para siempre en el cajón de mi escritorio. No es una obra como las demás, es muy personal. Me ha costado mucho escribirla, más de lo que yo pensaba.

María miró por la ventana que tenía a su derecha, como si hubiese visto a alguien a través del cristal, después regresó conmigo para terminar aquella frase:

—Si al final quisiera que la gente la leyese, porque pienso que puede

ayudar algo a alguien, me gustaría hacerlo a mi manera. Supervisando todos los detalles, para poder aprender de mis propios errores.

—No se hable más. Pásame el manuscrito. Te daré mi opinión y empezaremos a trabajar en la sinopsis. Puedo llamar a un buen amigo para el diseño de la portada. Trabajaremos juntos una vez más. Y, si después el trabajo no te convence, siempre puedes guardarlo en el cajón como tú dices.

María me sonrió contenta por no sentirse presionada o, al menos, no de manera explícita. Nos habíamos entendido una vez más, ella estaba hoy aquí por mí, y yo estaría junto a ella para que diese ese gran salto. Estaba claro que nuestra química siempre funcionaría en cualquier lado menos en la cama, algo a lo que ya me había acostumbrado.

Fueron un par de meses de muchos nervios. Después de trabajar codo con codo para pulir, corregir, e incluir un par de capítulos más que le insté a escribir para enriquecerla. La novela de María vio la luz el día veintiuno de diciembre bajo su verdadero nombre. Quería comprobar qué valoración tendría algo que escribía más allá de las modas literarias. Era un libro que tendría que hablar por sí solo, pues en él había volcado todo lo que era ella en ese momento. Convirtiéndose, a las pocas horas de sacarlo a la venta, en el libro más descargado del país por cualquiera de las distintas aplicaciones.

—¡Te lo dije!

Palmeé en el aire y giré sobre mis pies como si fuera David Bisbal. Era la primera vez que ver el nombre de una autora en la cima de esas listas que yo tanto odiaba me producía una alegría más grande que haber visto el mío propio. Mi implicación en este proyecto suponía una gran revelación para mí. Había estado luchando en silencio contra mis propios demonios mientras trabajábamos juntos, y en medio de aquella vorágine de ideas, había nacido en mí una nueva necesidad: crear mi propia editorial.

Fue algo inesperado, como un hijo no programado pero muy querido, que me gustaría decir que surgió a raíz de mi relación con María y que había emergido en mí gracias a su profundo amor a las letras. Un sello para autores independientes, cuyas novelas no iban dirigidas a un mercado específico, ni mucho menos comercial. Una empresa que, más allá del impuesto de sociedades, estaba seguro de que terminaría arruinándome; pero en la que también estaba seguro de que pondría todo mi empeño para que sobreviviera si seguía existiendo gente como María que ponía esa pasión sin medida en todo cuanto hacía.



Siempre había creído que la amistad entre escritores era una falacia, pero María me había demostrado lo equivocado que estaba. Era la primera vez, desde que la conocía, que no había utilizado el humor para esconder mis verdaderos sentimientos y decirle que, sin ella, no habría llegado a tomar esa decisión. Al final me descubría como el tipo entrañable que en realidad era, y que, como a cualquiera, no quería que me volviesen a hacer daño.

Aquella tarde caminábamos a la altura de la plaza del Callao, bajando por la Gran Vía, en dirección hacia la peluquería donde María tenía cita. Como es normal allí, estábamos rodeados de gente por todos lados. Veníamos de haber comido para celebrar su éxito, contentos por haber sido unos inconscientes poniéndonos al borde del acantilado y haber saltado; porque sí, el prólogo de esa primera novela lo había escrito yo, y me sentía muy orgulloso de ello. A partir de ahora yo trabajaría en la sombra de muchos de los libros que se publicasen y, aunque cueste imaginarlo, sería aún más feliz que siendo escritor.

Los carteles y luces navideñas inundaban las calles y escaparates de las tiendas, la gente iba de aquí para allá como loca, comprando los regalos para sus hijos. Olía a castañas, y la campana de un Papá Noel falso se escuchaba al dar la vuelta en alguna esquina. En ese momento sentí la imperiosa necesidad de abrazar a María, así que frené su marcha y la atrapé entre mis brazos. Puede que el culpable de semejante muestra de cariño fuese el vino con el que habíamos brindado más de una vez, o quizá el espíritu navideño que ya se respiraba por las calles y nos envolvía como un protagonista más en esa escena, pero María no me rechazó esa vez. Como si siempre lo hubiese estado esperando, se aferró a mi cuello para unirse más a mí en aquel abrazo. ¡Era tan pequeña y tan niña todavía! Al apoyar mi cabeza en la suya, escuché sus sollozos.

—Seguro que ella también lo está celebrando con una buena botella de cava allí arriba —murmuré, y aquel comentario absurdo hizo que ambos nos riéramos.

Supe por quién lloraba sobre mi hombro, porque yo también la echaba en falta. Solo después de la muerte de Yolanda había nacido nuestra amistad, y ella habría estado muy orgullosa de nuestro trabajo en común. La había acompañado desde el principio en su alocada investigación, cuando nadie la creía, y más allá de todo eso, la había ayudado a crecer como escritora.

—¿Cómo podré pagarte todo lo que has hecho por mí? —me preguntó con

su voz ahogada bajo la tela de mi abrigo. Supongo que mis ojos brillaron como si fuera un chico de apenas veinte años, porque ella alzó una de sus manos para peinar mi flequillo rubio que siempre caía distraído por la frente. Aquel hubiese sido un momento mágico para un beso, pero en nuestro caso solo hubo espacio para una sonrisa amiga y mi priapismo crónico.

—Con publicidad —le dije con un ligero carraspeo para frivolar como siempre cualquier instante que nos pusiera más tiernos que de costumbre—. En cuanto publique el primer título en mi editorial, quiero que lo compartas, te hagas fotitos con tus morritos preciosos en él y digas con siete mil *hashtags* que es lo más maravilloso que nunca has leído.

—¡Hecho! Pero estoy segura de que lo será sin necesidad de mi ayuda —dijo mientras continuó de nuevo la marcha.

—Tienes que leer el manuscrito que tengo, te va a resultar muy familiar... —le aconsejé, confundiéndonos entre la gente como una pareja más.

Con una mano apoyada en su espalda, caminando junto a ella, me fui despidiendo con cierta tristeza de la posibilidad remota de un idilio con María. Comprendí con un sabor agridulce en la garganta que no me lo perdonaría jamás si perdiera su amistad después de todo lo que habíamos pasado juntos, de lo que significábamos el uno para el otro, algo que ahora apreciaba aún más que una relación tormentosa. Porque eso era lo único que yo podía ofrecerle, no lo que ella buscaba en un hombre.

## Capítulo 27: Lorena

(María)

Parecía mentira, había estado frente a mí todo este tiempo, y yo ni siquiera me había dado cuenta. Fue limpiando por fin mi casa, con los auriculares puestos y cantando como si tuviera talento para hacerlo *Dame la razón* de Marlango, cuando me fijé en el muro que permanecía intacto con todos los datos que había ido sacando sobre la vida de Yolanda. Con todo lo que me había pasado esos últimos meses, no había tenido tiempo de quitarlo desde que me puse a escribir. Frente a él, con los guantes de fregar en las manos y apoyada sobre el palo de la fregona, me di cuenta de que debería cerrar ese capítulo de mi vida. Despegar todo de allí y tirarlo a la basura, decirme a mí misma que había que olvidarse del «caso Yolanda», pero algo me impedía hacerlo. La trama seguía inacabada, aún no había resuelto ese misterio que con tanto interés había intentado descubrir. Seguía sin saber quién era el asesino de Yolanda, y algo me decía que, en aquella marabunta de recortes de revistas, fotos y tarjetas de visitas, estaba la solución. Entonces me fijé en la dirección de la peluquería que frecuentaba Yolanda, estaba cerca del restaurante al que Sancho me había invitado para celebrar mi éxito asegurado. Cogí el móvil sin pensarlo dos veces, y llamé para concertar una cita.

Aburrida de no encontrar un simbólico dibujo para tatuar en mi piel de nuevo, y nada amiga de los *piercings*, decidí cambiar mi imagen exterior gracias a un arriesgado corte de pelo que me hiciera sentir diferente. Porque las cosas estaban cambiando a mi alrededor, y quería que se reflejara en el exterior lo que sentía en mi fuero interno: había nacido una nueva María García. Más segura de sí misma y de su estilo. Por primera vez en mi vida había controlado todo el proceso de publicación de una novela y, a pesar de

terminar cansada y un poco harta de mis propias expresiones, me sentía satisfecha por haberlo logrado. Poderosa. Como le decía a todo el mundo, burlándome un poco: «Me había hecho mayor».

Cuando entré en aquella peluquería, el sonido de los secadores y el murmullo de mujeres hablando por encima del mismo ahogaron mi saludo. Todos los sillones de trabajo estaban ocupados, pero una chica morena con mechones de pelo azul reparó en mí.

—¡Hola! —dijo con una sonrisa muy profesional—. Puedes sentarte allí, cariño —me indicó con el secador en la mano una fila de sillas—. Eres María, ¿verdad? ¿Qué te vas a hacer? ¿Corte? ¿Tinte? ¿Mechas? —preguntó mirándome por el reflejo del espejo, mientras secaba con brío a una mujer de mediana edad.

—Corte —dije con una seguridad inesperada.

—¡Perfecto! En seguida te cojo.

La alegría de aquella peluquera me dio a entender que no había sido muy buena idea elegir esa opción. «¿En serio quería cortarme el pelo?», me pregunté mirándome las puntas y sentándome en una de las tres sillas vacías que me había indicado. Tenía unos pelos de loca, pero eran mis pelos y los quería sobre mi cabeza. Como siempre, en el último momento, me estaba echando atrás. Pero no, esta vez quería arriesgarme y disfrutar del proceso.

Nerviosa y angustiada, cogí mi móvil para ver las noticias que circulaban por el mundo. De pronto, mis ojos se clavaron en una foto en la que aparecíamos Sancho y yo abrazados en plena calle. «Pero ¿qué...?». Todavía sin poder creérmelo, empecé a leer el pequeño artículo que nos habían dedicado:

*Sancho Herranz se pasea junto a su jovencísima novia, la también escritora, Heather Wright.*

—¡Lo que me faltaba! —ladré en voz alta, abochornada por semejante invasión de mi vida personal. No hacía ni cinco minutos de aquel abrazo, un momento íntimo y personal que no hubiese compartido con nadie por nada del mundo, y ya éramos noticia gracias a Twitter.

Estaba dispuesta a irme de allí, ahora ya no estaba de humor para cortarme el pelo, cuando escuché a mis espaldas:

—¿No tienes ni cinco minutos para lavarme el pelo? Aunque sea a última hora, yo espero. ¡Por favor, por favor!

Giré de inmediato, buscando a quien había dicho eso. Mis ojos saltaron de

cara en cara, tratando de localizar a esa mujer. Ese ruego a modo de súplica, ese «por favor» tan particular, yo lo había oído en otra parte. Era muy similar al de la llamada de emergencia que me pasó Martín, y por fin creía saber quién era la persona que lo había dicho. Entonces la vi, allí estaba. Era Lorena Reyes, la hermana de Yolanda. ¡Su hermana! Al parecer, también asidua a esta peluquería.

—¿María? —preguntó la mujer al no poder evitar mi mirada, preguntándose extrañada qué estaría haciendo yo en su peluquería habitual.

—¡Lorena! —respondí al segundo, con el corazón bombeando a punto del infarto. Se me iba a salir del pecho, ya me empezaba a faltar el aire, pero no me importaba nada, porque acababa de descubrir a la asesina.

En seguida nos llamaron a las dos para lavar nuestras cabezas. Lorena Reyes era ahora una mujer muy diferente a la que había hablado conmigo para hacer el discurso en el sepelio de Yolanda, la que se había marchado a medias porque no estaba de acuerdo con mis palabras, o me había ayudado a saber algo más acerca de su hermana. Ahora brillaba por sí misma. Guardaba una imagen impecable, lucía un vestido muy elegante, con su melena castaña de anuncio, por no hablar de sus largas y cuidadas uñas de porcelana. «¿Y quería lavarse el pelo? Pues si su pelo estaba sucio, ¿qué pensaría entonces del mío?». Su risa franca me recordó a la de Yolanda, al igual que esa mirada felina, exótica donde las hubiese.

Al principio tuve que esforzarme para mantener una conversación con ella, pues la sospecha de que fuera la asesina me dejó sin palabras. Me molestaba mucho el sonido de los secadores, y mi peluquera no paraba de pedirme que mantuviese la cabeza recta, pero, a pesar de todo, conseguí que Lorena hablase conmigo.

Empecé criticando a mi casero; el pobre vivía emocionado porque su inquilina fuera escritora, aunque no le sonase ninguno de mis libros. Pero en esta ocasión lo tuve que convertir en un viejo ogro que intentaba enriquecerse a mi costa. A Lorena le hacían gracia mis descripciones y, en ese ambiente distendido, fui descubriendo que también vivía sola a las afueras de Madrid. Ambas teníamos el mismo problema con el alquiler, nos daba pereza acudir a un gimnasio para quitarnos los kilos de más, teníamos un estudio decorado con muebles que solo un daltónico habría podido comprar y escribíamos hasta las tantas de la madrugada.

Algo más segura de mí misma, y viendo cómo caían sin remedio los

mechones de mi pelo alrededor, fui dirigiendo nuestra conversación hasta llegar a las preguntas que en realidad me interesaban:

—¿Recuerdas dónde estabas aquella noche? —quise saber sin aparentar mucha curiosidad.

—La verdad es que no lo recuerdo, en casa, supongo... —Se puso nerviosa. Lo noté por sus gestos. Se frotó las manos con insistencia y, aunque me había mirado en un par de ocasiones, ahora parecía entretenida buscando algo en esa bata negra que llevábamos las dos. Entonces me di cuenta de que acababa de mentirme, como seguramente se daba cuenta Martín cuando yo hablaba con él. Estaba deseando que su peluquera terminase para poder marcharse, porque no le gustaba hablar de su hermana, nunca le había gustado en realidad.

Entendí que debía cerciorarme, que solo me quedaba una bala en la recámara, una última posibilidad antes de que se fuera o cogiera el teléfono y me dijera que tenía que hacer una llamada. Cualquier cosa antes que seguir hablando conmigo, porque estaban saliendo a la superficie esos remordimientos que la convertían en alguien vulnerable, que la hacían sentirse culpable por lo que había hecho y de lo que había salido impune de forma milagrosa.

—¿Sabes por qué te lo pregunto? —la interrogué haciéndome la loca—. Porque el otro día me llamó un chico de la policía. Un tal... ay, ¿cómo era? Soy fatal para los nombres, no sé qué va a ser de mí cuando sea un poco más mayor. ¡Ay, sí, Martín! Un tal Martín Correa me llamó para volverme a hacer un montón de preguntas sobre la noche en la que murió Yolanda. Según me dijo, habían vuelto a abrir el caso porque encontraron nuevas pruebas relevantes. «¿Pruebas de qué?», le pregunté yo. Pero no me dijo nada más. Ya ves, no sé a qué viene ahora volver a investigar eso, cuando estaba muy claro que se había suicidado.

Lorena no lo pudo evitar, volvió todo su cuerpo hacia mí y, con la cara desencajada, me preguntó:

—¿Qué están haciendo qué?!

Yo lo repetí, claro. Aunque el problema no es que no lo hubiese oído, es que no podía creerlo. Lorena se había liberado de ese sentimiento de culpa al comprobar que todos habían dado por válida aquella teoría suya del suicidio improvisado. ¡Y tan improvisado! Se fue de la peluquería minutos después de que yo le dijera eso. Agarró su bolso con fuerza después de pagar, y con la mirada perdida en sus pensamientos, se marchó de allí como una exhalación.

Incluso olvidó despedirse de mí, pero no se lo tuve en cuenta, y seguí observándola después de que pusiera un pie en la calle. Sonreí con orgullo, al parecer, mi conversación había tenido el efecto deseado y ahora estaba convencida de que la policía estaba detrás de ella.

—¡Ya estás! —dijo mi peluquera, la de los mechones azules, cogiendo un espejo y poniéndolo a mi espalda para que viera desde todos los ángulos el cambio de look que sus ágiles manos habían provocado en cuestión de minutos.

—¡Dios mío! ¿Dónde está mi pelo? —pregunté haciendo que algunas mujeres que me estaban viendo se rieran de mí, o conmigo, no sé muy bien.

Había pasado de lucir una más que aceptable melena morena que llegaba hasta los hombros, a un corte asimétrico que ni siquiera me tapaba la nuca, ladeando mi flequillo a la altura de los ojos y convirtiéndolo en una prolongación de mi nuevo peinado. Al principio no me gustó nada, era demasiado atrevido. Aunque después pensé que era eso lo que yo andaba buscando, ¿no?

—Tienes un cuello muy bonito, este corte lo realza y te favorece muchísimo. Ahora te das un aire a la chica que hace de Tokio en *La Casa de Papel*, ¿nadie te lo ha dicho? —negué con la cabeza y todo mi pelo me siguió el movimiento.

—Lo siento, no veo mucho la tele.

—Pues me gusta mucho este hueco de aquí —continuó mi peluquera marcando con los dedos mis cervicales—. ¿Nunca has pensado en hacerte un tatuaje?

—Creo que —hice una pausa para sonreír a mi reflejo— hasta que no me acostumbre a verme con esta nueva imagen, será mejor que no haga más cambios.

—¡Lo que tú digas!

Y así me fui de allí. Con menos pelo, algo más pobre, y sin saber a ciencia cierta si mi conversación con Lorena habría servido de algo.

Ya en mi casa, me puse a buscar un libro en mi modesta biblioteca. No hacía mucho que la había ordenado por colores, y creí recordar tener un ejemplar de la primera novela de Lorena Reyes. Fui pasando el dedo índice por todos ellos, leyendo sus títulos y autores, hasta que uno de ellos llamó mi atención. Era muy fino, de apenas cien páginas, con la portada en color rojo y las letras en negro. Se llamaba *El atardecer*, y estaba escrito por la hermana pequeña de Yolanda Reyes. De manera instintiva abrí el libro para ver su

interior, y me topé con la dedicatoria de la primera página:

*A la sombra de mi reflejo, porque nunca llegaré a alcanzarte, aunque sea lo que más persiga.*

Aquella frase confirmó mis sospechas. Fui corriendo al ordenador para buscar qué había sido de ella. Recordaba que había publicado un par de libros más, pero sin mucho éxito. Ninguna de sus novelas fue bien valorada, al revés, las críticas se cebaron con sus obras y, de repente, dejó de existir en el ámbito literario. Ni reseñas, ni comentarios, ni publicaciones en sus redes, ¡nada! Se retiró del mundillo sin que nadie la echase de menos, ni siquiera su hermana.

—¡Dios mío, estaba muy claro! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Lorena envidiaba el éxito de su hermana, quiso emular a Yolanda escribiendo también un libro de romántica, pero no lo consiguió. ¿Y aquello fue lo que hizo odiarla hasta desear su muerte? No parecía un motivo suficiente, pero durante mi investigación algo más había leído al respecto que entonces pasé por alto. Así que surfeé de nuevo por Internet hasta dar con una noticia que me hizo sonreír después de semanas sin hacerlo:

*Yolanda Reyes aparece en la cena del premio Nadal acompañada por Patrick Colmar, antigua pareja de la también escritora Lorena Reyes.*

¡Ahí estaba! Lorena no solo había tenido que aprender a vivir con una hermana que le hiciera sombra todo el tiempo, sino que además le apartaba del único hombre que la había querido de verdad. Puede que esto último fuese de mi cosecha, porque soy muy peliculera, pero seguro que ese fue el motivo que rebasó el vaso de su paciencia. Al final, Sancho tenía razón con aquella teoría de la amante despechada, solo que nos equivocamos de persona. Con esa noticia quedaba demostrado que el magnetismo de Yolanda no dejaba títere con cabeza. Todos los hombres terminaban locos por ella, incluso el que iba a ser su futuro cuñado.

A mi mente volvieron aquellas imágenes que había visto junto a Martín en su despacho. Lorena siempre había presumido de una larga melena castaña, aún más bonita que la de su hermana, por eso había decidido ponerse una gorra blanca el día que decidió matarla. Con ella podría esconder aquel rasgo tan característico de su persona, además de su cara. Pero lo que no había podido camuflar era su voz en esa llamada al servicio de emergencia, aunque cubrió el auricular con un pañuelo. Ahora que recordaba las pocas veces que había conversado con ella, la reconocí de inmediato. ¿Cómo no había caído antes? Seguro que llamó para reforzar su idea de simular un suicidio, pero le había



salido el tiro por la culata, porque aquella llamada ya era una prueba en sí misma del asesinato.

—¡Martín! —grité a solas en mi habitación, levantando la vista de la pantalla.

Tenía que contarle lo que había descubierto de inmediato.

## Capítulo 28: Un último favor

(Martín)

Tenía el móvil metido en la taquilla, así que, antes de meterme en la ducha, lo miré casi por instinto. Estaba demasiado acostumbrado a mi horario de guardia las veinticuatro horas al día, y parecía que lo seguía respetando incluso en vacaciones.

Cuando vi que tenía una llamada perdida de María, la sonrisa me salió sola. Yo ya me había quedado muy tranquilo después de aquel mensaje tan sarcástico que había mandado como respuesta, y estaba haciendo todo lo posible para dejarla en paz, aunque no siempre resultase fácil. Quería saber de ella. ¿Habría terminado ya ese libro del que me había hablado? ¿Seguiría investigando por su cuenta el caso de Yolanda Reyes? Sentía mucho haberla molestado de aquella manera, deseaba tener una última oportunidad para hablar y que me perdonase, si eso era posible. Necesitaba poder oír de nuevo su voz, reírme con alguno de sus comentarios absurdos y quedar como amigos. Aunque no la volviese a ver nunca más, no quería que me odiase por haberle negado ese beso. Ya me odiaba yo por los dos.

Me metí en la ducha y me enjaboné a toda prisa, como si el partido no me hubiese dejado para el arrastre. Quería salir lo más pronto de ahí por si volvía a llamar. Esta vez no me quedé a oír los comentarios de mis compañeros en el vestuario, y dejé para otro día esa cerveza que había prometido compartir con ellos. Si María insistía, prefería estar a solas.

Anduve todo el camino hacia el metro con el móvil en la mano, mirando cada tres segundos la pantalla, en alerta pensando qué habría podido pasar para que cambiara de opinión y quisiera hablar conmigo. Aquella inquietud no me dejó pensar en otra cosa que no fuera ella. ¿Estaría bien? ¿Le habría

pasado algo? Respiré hondo y decidí relajarme. Pero su recuerdo aparecía por todas partes, en los carteles del metro, en las escaleras mecánicas, en los escaparates. Ahí estaban sus ojos, su boca, su risa. En fin, María. Mi María. Me sentía como una copia barata de *West Side Story*.

Ya en casa, me hice a la idea de que no me volvería a llamar. Seguro que se había equivocado de número, y ahora estaba cruzando los dedos para que yo no respondiera a su llamada perdida. Pero no, yo no lo iba a hacer, me había dejado bien claro que no quería saber nada de mí. Así que, después de cansarme de hacer *zapping* por todas las cadenas, rebotando entre Andreu Buenafuente y Ana Pastor, me fui a la cama hartado de esperar a que sucediera un imposible.

Fue apagar la luz y poner la cabeza sobre la almohada, cuando el teléfono volvió a sonar. Sonreí de nuevo: «No puede ser». Alargué el brazo hasta la mesilla de noche, y vi su nombre iluminando la pantalla.

—¿Has cambiado de opinión o te has vuelto a equivocar? —decidí responder en un tono entre somnoliento y distraído, para que no intuyese lo mucho que ansiaba escucharla, y que fuera consciente de lo tarde que era.

—¿Creías que me había equivocado? ¡Y yo esperando a que me contestases! —respondió con fastidio. Estaba muy agitada por algo que le había sucedido y empezó a darme explicaciones incongruentes como si estuviese hablando con ella misma—. Había decidido escribirte un mensaje, para explicar por qué te había llamado, pero después de modificarlo como trescientas veces, me he dicho que lo mejor era hablar contigo, y por eso te he llamado de nuevo. He debido de tardar mucho en todo este proceso, porque acabo de ver la hora que es, y supongo que estabas durmiendo. Ahora debes de estar odiándome por haberte despertado. Lo mejor será que me calle, antes de que me mates, y mandarte ese mensaje para decirte qué quería. Perdona. Voy a colgar, esto es muy vergonzoso...

—¡No, espera! —grité, sorprendiéndome a mí mismo. Había permanecido en silencio intentando asimilar toda la información, escuchándola con mucha atención, y por eso no le había dicho nada. «¿Cómo podía hablar tan rápido?». Sonreí al comprobar que no había cambiado ni un ápice en todo el tiempo que no nos habíamos visto, echaba mucho de menos su voz y sus nervios, y anhelaba que todo estuviera entre nosotros como antes—. Estoy de vacaciones, no te preocupes, puedes decirme sin problemas por qué querías hablar conmigo.

María permaneció al otro lado en silencio, esperando a que yo le dijera algo más. Escuchaba su respiración agitada, y me daban ganas de decirle: «Tranquila, María, no te voy a morder, ni siquiera me voy a poner a la defensiva. En realidad, estaba esperando a que me llamaras de nuevo para hacer las paces contigo», pero preferí no ser tan evidente.

—Escribes muy bien, pero te explicas fatal, ¿alguien te lo había dicho antes? —añadí para que reaccionara, y funcionó. Al segundo escuché a María resoplando. No le gustaba nada que me burlase de ella como si fuera una niña pequeña, como es lógico, y yo en cambio lo encontraba divertido. En realidad, era mi manera de romper el hielo, y sabía que con ella esas cosas funcionaban.

—Vale, me lo merezco por haber sido tan arisca contigo. No debí escribirte ese mensaje tan borde como respuesta.

—No debí llamarte, ni escribirte diciendo que quería hablar contigo.

—Tienes razón, ¿por qué querías hablar conmigo?

—Primero tú, ¿por qué me has llamado?

Algo me decía que iba a disfrutar de esta conversación. Estaba tumbado boca arriba, y levanté el brazo para tapar con él mis ojos, siendo muy consciente de que esa sonrisita idiota no se me terminaba de borrar de los labios.

—Necesito que me hagas un último favor —murmuró contrita, haciendo que cambiase de posición.

Las ventanas de mi habitación estaban abiertas de par en par, y yo podía ver cómo los destellos de las luces de los coches atravesaban el techo de una pared a la otra. Estirándose y deformándose a su paso, como figuras fantasmagóricas.

—La última vez que te hice un favor, dudabas de que Yolanda Reyes se hubiese suicidado —comenté contrariado—. ¿No seguirás con eso, verdad María?

Se hizo un silencio extraño entre nosotros, y permanecí expectante a cualquier señal al otro lado del teléfono. Nada. María estaba estudiando qué respuesta me podía dar, y eso me hacía sospechar de ella. O era mentira lo que me iba a decir, o no me iba a gustar nada en absoluto. Me incliné por lo segundo. Después de todo, María era como esos niños pequeños que te cuentan hasta las veces que han ido al baño.

—Martín —cada vez que decía mi nombre necesitaba respirar hondo—, creo que ya sé quién es. En serio, estoy segura. Te prometo que había dejado

el caso por falta de pruebas, hacía mucho que no trataba de averiguar algo más, pero he encontrado algo por lo que merece la pena seguir con la investigación.

Se me escapó una carcajada que la hizo callar muy ofendida.

—Pero, María, ¿tú te has escuchado? Hablas como esas series de detectives del canal Cosmopolitan. ¿Desde cuándo has estudiado tú criminología?

—Búrlate si quieres, pero déjame que te explique mi teoría.

—¡Ah, pero es que tienes una teoría?! —Y nada más decir aquello, me arrepentí. María no iba a encontrar gracioso mi comentario.

—¡Déjalo, tienes razón, no debí llamarte! Ya me las apañaré yo sola...

Lo peor era que, cuando ella decía eso, hablaba en serio. La veía capaz hasta de desenterrar el cadáver si fuera preciso.

—No, María, ¡María, por Dios, escúchame! Voy a volver a decírtelo por última vez y quiero que me prestes atención. Ese caso ya está cerrado. Tu amiga, por muy difícil que sea para ti creerlo, se suicidó. No hay más que hablar. Punto.

María conseguía hacerme enfurecer. Era obstinada, terca, tozuda y, de tanto leerla, empezaba a hablar como ella utilizando una infinidad de adjetivos. No soportaba que se hiciera la sorda conmigo y, lo peor de todo, no aguantaba que terminase convenciéndome de cuanto quería hacer. Eso era lo que más miedo me daba, que fuera una debilidad para mí.

—Fue su hermana, Martín. La idolatraba y la odiaba a partes iguales. Intentó emularla, pero sus libros fueron un fracaso. Y, por si fuera poco, hasta le robó el novio para salir con él solo unas semanas.

—¡Venga ya, María! ¿Pero qué estás diciendo? Con esa mujer ya habló la policía.

—Pues no fue suficiente, Martín. Cuando escuché aquella llamada que me pasaste, sabía que había oído esa voz en alguna parte, pero no podía situarla. Lorena, la hermana de Yolanda, fue a la misa que dio la editorial en su honor. Yo estuve hablando con ella para hacer el discurso del sepelio, pero no la recordaba. Sin embargo, el otro día reconocí su voz de inmediato. Estaba muy cambiada. Nada que ver con la hermana rota de dolor que vimos hace unos meses. Y cuando le dije que habían encontrado nuevas pruebas sobre el caso de Yolanda, se puso muy nerviosa. Deberíais volver a interrogarla, estoy segura de que se impresionaría, puede que hasta pretendiese huir. Eso la delataría.

María me acababa de dejar sin habla.

—¿Que has hecho qué?!

—He hablado con ella, sí. A ver, estaba ahí, y su voz era la de la llamada que me pasaste. Todo encajaba. Así que solo quería comprobar que mis sospechas eran ciertas, por eso le dije una mentirijilla de nada y solté lo que te he dicho. Que habían encontrado nuevas pruebas. ¡Ah! Y también le di tu nombre, por si preguntaba por alguien en comisaría, para que tú supieras de qué iba el tema.

—¡Claro que sí, María! ¿Algo más que yo deba saber?

—Lo de la dedicatoria.

—¿Qué dedicatoria? —pregunté pellizcando el puente de mi nariz con los dedos para contener el dolor de cabeza que estaba a punto de estallarme en las sienes. Los efectos secundarios de María eran contraproducentes.

—Lorena dedicó su ópera prima a su hermana: «A la sombra de mi reflejo, porque nunca llegaré a alcanzarte, aunque sea lo que más persiga». Solo hay que leer entre líneas para saber lo que sentía por su hermana.

—María, tienes muchísima imaginación, y yo te admiro por ello. Eres extraordinaria creando historias de la nada, pero no intentes que me crea lo que acabas de contar.

Oí cómo chasqueaba la lengua con hastío.

—No me vas a ayudar.

—¡No, no te voy a ayudar! Te he dicho mil veces que te olvidases de seguir investigando por tu cuenta. Ante un juez, tu teoría no tendría ningún fundamento. Son todo suposiciones, bagatelas de una chica que escribe demasiado. ¡Tú misma lo dijiste! —Y aunque le gustó saber que aún me acordaba de aquella primera conversación que mantuvimos, le molestó que no la tomase en serio. Lo supe por su silencio, había vuelto a hacerle daño tocando su amor propio—. ¡Está bien, María, tú ganas! Dame un par de días antes de ponerte en plan Jessica Fletcher, ¿quieres? Pásame el nombre completo de su hermana, y veré qué puedo averiguar sobre ella.

Era lo menos que podía hacer, después de todo, me sentía mal por cómo me estaba negando en redondo a todo lo que me dijera. Había una remota posibilidad de que fuera cierto, y solo por eso, debía comprobarlo al menos.

Aunque no hubo ni gritos ni aplausos, supe que María estaba conmovida por aquel gesto. Para ella, que la creyesen, era lo más importante.

—Muchísimas gracias, de verdad.

—No me des las gracias, solo prométeme que te quedarás en casa escribiendo, y que no intentarás averiguar nada por ti misma.

—¡Prometido!

Y como si la estuviera viendo por el hueco de una cerradura, supe que cruzaba los dedos al decirme eso.

De nuevo nos quedamos callados, sin saber qué decirnos, pero con una conversación pendiente de por medio que no sabíamos muy bien cómo iniciar. A veces mi mente había intentado visualizar qué habría pasado si yo no me hubiese echado atrás, si hubiese creído que los finales felices eran posibles también en la realidad, como ella siempre escribía en todos sus libros. Supongo que, de ser así, la habría besado también. En realidad, no habríamos dejado de hacerlo desde entonces, yo no la habría dejado ni respirar. Y ahora mismo estaríamos hablando de hacer algún viaje para irnos juntos de vacaciones. Seguro que sería muy fácil llevármela a cualquier parte, salir fuera inspira incluso a palurdos como yo que no escriben ni la o con un canuto. Y en esa bolsa de tela que siempre lleva como si fuera un bolso, escondería una libreta que sería nuestro diario de bitácora, donde anotaría las anécdotas más llamativas durante nuestro trayecto juntos a algún punto de este planeta.

—Ahora te toca a ti. ¿Por qué me llamaste la otra noche? ¿Por qué me preguntaste si estaba bien? —Tenía razón María, ahora me tocaba hablar a mí. Inspiré hondo, me giré en la cama, y apoyé mis antebrazos en la almohada. Escuché un grillo cerca de mi ventana, y pensé en lo prosaico que resultaba todo a mi alrededor excepto cuando se trataba de ella.

—¿Te acuerdas de que te dije que no dormía bien?

—Sí, claro. ¿Has vuelto a tener pesadillas?

—Sí, y en esta aparecías tú.

—¿En serio? —Pude vislumbrar su cara de asombro por esa exhalación ahogada que escuché a través del auricular. Tenía aprendidas todas sus expresiones, me enamoraban todas y cada una de ellas.

—Por eso, cuando me desperté, quise hablar contigo para quedarme tranquilo, porque al principio no sabía muy bien si había pasado de verdad o eran imaginaciones mías.

—¿Y qué me pasaba en ese sueño?

—Mejor no lo quieras saber —dije deseando zanjar el asunto. Había actuado como un idiota llamándola, y no quería regodearme en ello. Después de unos segundos en silencio, ella pareció conformarse con aquella respuesta.

—Bueno, estoy segura de que tú estabas ahí para salvarme, ¿verdad? ¿Cómo lo hacías esta vez? ¿En ropa interior o totalmente desnudo? —María quería reírse a mi costa.

—Aquello solo sucedió una vez, y fue porque el tipo lo pidió como condición para hablar conmigo, porque no se fiaba de que fuera armado.

—Tipo listo. Yo también pediría que se desnudasen delante de mí antes de negociar nada... —añadió misteriosa—. Así no podrían clavarme después una puñalada por la espalda.

—María, lo siento —expiré con resignación—. Yo jamás pensé que podría pasar algo así entre nosotros. Créeme si te digo que no fue mi intención que te hicieras ilusiones. —Y no mentía: ni en mis mejores sueños aquello habría terminado así. Pero esa tarde ella empezó a hacerme preguntas, ahondando en un millón de recuerdos, haciéndome hablar mientras la miraba a aquellos ojos que parecían acariciarme con cada pestañeo. Sus ojos, grandes y negros, atravesaron con éxito todas las trampas que yo le había puesto a mis sentimientos hasta aquel día. Por eso ahora me sentía culpable, nunca habría pretendido jugar con ella, porque yo era el que salía perdiendo sin dudarlo. Yo no era así, nunca lo había sido, ni siquiera antes del accidente. Solo que, por un segundo, fui tan feliz a su lado que quise vivir lo que me estaba sucediendo, sin darme cuenta de lo que estaba sintiendo. Ni de lo que hacía sentir.

—Tampoco la mía, créeme. Fui demasiado impulsiva. No debí escribirte tampoco después ese mensaje pidiéndote explicaciones por no besarme. Fue una tontería.

—No, María. Solo fuiste tú. —Y a pesar de no estar viéndola en ese momento, sé que la hice sonreír.



## Capítulo 29: Jaque Mate

(María)

Martín me había dicho que le diera unos días para averiguar algo sobre Lorena, pero después de una semana entera esperando su llamada, no había vuelto a saber nada de él. ¿Podría contar con su ayuda o lo habría dicho para mantenerme callada? Seguía sin estar muy segura de que quisiera echarme una mano, pero me obligué a ser paciente. Después de todo, Martín era un tío responsable y confiaba en su palabra.

Tras nuestro incidente en el metro, hablar con él había sido más fácil de lo que me pensaba. Mucho más de lo que yo hubiese querido, en realidad. No me guardaba ningún rencor por haberlo mandado a freír espárragos, o no contestar a sus llamadas, y no me costó apenas nada convencerlo para que me ayudase. De nuevo, hablamos casi dos horas en la penumbra de nuestras habitaciones, acompañados por la voz del otro, y me quedé dormida sin darme cuenta en medio de nuestra conversación. ¡Otra vez! Al día siguiente volví a despertarme con el móvil en la mano, y en cuanto cargué un poco la batería, le envié un mensaje desenfadado:

*Para ser un tipo que tiene pesadillas, actúas como un perfecto somnífero. Siento haberme quedado dormida.*

Él me respondió al rato:

*No te preocupes, fue muy agradable oírte roncar. Pareces un pequeño cerdito.*

Y lo acompañó con un emoticono de ese animal. Aquello me hizo soltar una pequeña carcajada, pero no le respondí. Estaba muy bien que volviésemos a ser amigos, pero no quería malinterpretar de nuevo ese carácter abierto y generoso. Solo pretendía ser amable conmigo, estaba muy claro.

Había pensado mucho en su decisión después de hablar con él, y creí haber llegado a entenderla, aunque no la compartiese. Martín me veía como a una alienígena que aterrizó en Madrid para contaminar el planeta de corazones. Una que necesitaba que todo tuviera un final feliz, e incluso no podía aceptar el suicidio de Yolanda, porque eso hubiera sido confirmar que mi amiga estaba sufriendo en soledad una pena que yo ni sabía que existía en su interior. Él, sin embargo, ya siendo muy joven, tuvo un accidente que le impedía despegar los pies del suelo. En su vida no había sueños, solo pesadillas, y conmigo al lado se sentía más gris. Sí, eso era. Yo era demasiado rosa para él. Yo venía de un planeta lejano con una atmósfera diferente, y nuestra vida en común tendría los días contados. Éramos extremos opuestos e incompatibles, aunque estaba claro que nos atraíamos. De eso no me cabía duda. Por eso prefirió rechazarme antes de que el conflicto fuera aún mayor, para protegerse de sí mismo, o de una relación en la que no tenía ninguna fe.

Después supe que, aunque Martín no se pronunciase durante esos días, estaba de lleno tratando de averiguar cuánta verdad podía haber en mi teoría. A pesar de estar en sus vacaciones, visitó a sus compañeros de otros departamentos para hacerles preguntas sobre el caso de Yolanda Reyes, comprobando de primera mano hasta dónde habían llegado ellos en su investigación. Martín era un joven muy querido por todos, de modo que, cuando lo veían cruzar su despacho, se ofrecían a ayudarlo en lo que estuviera en sus manos. Fue así como supo que la habitación de hotel donde se hospedaba Yolanda estaba abarrotada de huellas dactilares y otros restos, por lo que no se pudo contar con nada de ello como prueba. En cambio, al investigar el historial médico de Lorena Reyes, averiguó que la semana anterior a la muerte de Yolanda pidió cita con un especialista, aquejada de una profunda crisis de ansiedad. Entre la medicación recetada, estaban los antidepresivos encontrados en el bolso de su hermana. Más tarde también habló con el notario que se hizo cargo del traspaso de poderes. Al no tener hijos, y sus padres haber fallecido hace poco, todos los derechos de autor de sus obras pasaron a su consanguínea más directa, es decir, su hermana. Así que ahora Lorena disfrutaba de todas sus regalías, y dado el extenso número de obras publicadas, su vida estaría más o menos solucionada de la noche a la mañana.

Martín lo vio claro entonces: «Era la vieja tragedia de Caín y Abel. Los celos entre dos hermanos se hacen tan fuertes a lo largo de sus vidas que la

envidia provoca la muerte de uno de ellos». Pero la diferencia entre un criminal y una persona que ha cometido un crimen son los remordimientos. Y Lorena había nacido y crecido con la mujer que había matado con sus propias manos, de un empujón, sí, pero había sido ella la que había matado a su hermana arrojándola al vacío. De modo que no podría estar durmiendo muy tranquila. Estaba seguro de que estaría viendo esa caída todas las santas noches, y esa culpabilidad la iba a delatar.

## Capítulo 30: La confesión

(Martín)

Hay cámaras por todas partes. En las calles, carreteras, tiendas, edificios, hoteles, restaurantes o casas. Nuestra vida se graba en un millón de imágenes, las cuales, en la gran mayoría de casos ni se llegan a ver algún día. Pero en cualquier momento pueden ser una prueba inequívoca para señalar como culpable a una presunta asesina.

La noche en la que murió Yolanda, el recorrido del coche de Lorena fue capturado por los objetivos de muchas de aquellas videocámaras que se encuentran en mil sitios estratégicos. Esa fue la evidencia clave en esta investigación. Pero ni siquiera con la certeza de que ella fue hasta el hotel para ver a su hermana, se la podía acusar de haberla arrojado por el balcón de su habitación.

Sonreí al pensarlo, al final María iba a tener razón. Después de presentar todas esas pruebas que había ido acumulando de manera extraoficial, se abrió de nuevo el caso al solicitar una nueva declaración de su hermana Lorena. Ella le había dicho a la policía que estuvo toda la noche en su casa, pues, a pesar de ser sábado, tenía un terrible dolor de cabeza que la obligó a acostarse temprano. Pero ahora tendría que explicar por qué había mentido. ¿Por qué había ido a ver a su hermana? ¿De qué hablaron allí?

Lorena recibió nuestra visita en su casa antes de las nueve de la mañana, un tranquilo quince de enero. Después de un breve registro, encontraron la gorra blanca que aparecía en las primeras imágenes del hotel, junto con la ropa del sujeto en cuestión. Ya ni se acordaba de aquel detalle, de lo contrario, se hubiese desprendido de todo ello. Identificado con su placa, un compañero le pidió con mucha amabilidad que los acompañara a la comisaría para hacerle

unas preguntas. Lorena entonces lo comprendió. Algo en su sencillo plan había salido mal y la iban a acusar del asesinato de su hermana. Seguro que pensó en las posibilidades que tenía ahora para rebajar su pena, podría confesar que había ido al hotel solo para hablar con ella y que, tras una discusión, al estar tan borracha, había perdido el equilibrio y se había precipitado al vacío. Sin embargo, ¿cómo explicar que ocultase su rostro tras una gorra? ¿Qué motivos tendría para hacerlo? ¿Por qué mintió a la policía?

La angustia se apoderó de ella, y el odio hacia su hermana se hizo visible en su rostro una vez más. Si Yolanda no hubiese sido tan sobreprotectora, Lorena habría publicado su primer libro con un seudónimo que para nada la pudiese vincular a la reconocida escritora de romántica. Quizá no hubiese sido tan fácil el acceso a todo aquel mundo que rodeaba a su hermana, pero también así habría estado segura de ir siguiendo su propio camino, y no el que otros habrían creado para ella. Así había sido vivir con ella toda su vida, como intentar atrapar una estrella a la que nunca podría alcanzar por estar a años luz de distancia. En el colegio, en el instituto, incluso en el discurso de su ceremonia de graduación en la universidad, se había hecho mención a «la gran Yolanda Reyes», antigua alumna y presente en la sala ese día. Pero lo que la hizo fantasear con la idea de matarla fue que utilizase a su novio Patrick para asistir a aquella cena de gala, para más tarde tener una aventura con él a sus espaldas. Algo que jamás podría perdonarle, porque para Yolanda aquello no significó nada, y ella en cambio se sintió humillada públicamente.

Cuando llegó por fin a la comisaría, me acerqué para presentarme. Tenía ganas de verla en persona, comprobar si podría soportar la presión de un interrogatorio. Pero en cuanto pronuncié mi nombre, y como si alguien apretase un interruptor, se derrumbó. Había perdido de nuevo la partida frente a su eterna antagonista. Y sintiéndose por primera vez culpable de la muerte de su hermana, mientras le leían sus derechos, confesó haberla matado para sorpresa de todos mis compañeros.

## Capítulo 31: Final del partido

(María)

No suelo leer los periódicos, las revistas me parecen un gasto excesivo de papel, dedican más de la mitad de sus páginas a la publicidad, y ni siquiera tengo televisor en casa. Cuando quiero ver alguna película, voy al cine porque las palomitas dulces siguen siendo un vicio para mí. Soy rara, lo sé. No quiero enterarme mucho de las cosas que pasan en el mundo, pero, de todas formas, me entero cuando pasa alguna desgracia. Las redes sociales son infalibles para eso. ¿Que por qué me aísló de esa manera? Pues la respuesta es bien fácil, por supervivencia. Porque me bloqueo cuando oigo algo injusto, el corazón se me encoge, y necesito un par de días para recuperarme. Al final dejaría de creer en el amor, en la bondad de la gente, y no tardaría en dejar de escribir. Porque, por desgracia, cada día las noticias son más desagradables, y yo soy cada vez más sensible para soportar una ración diaria de realidad precisamente a la hora de comer.

Por eso, cuando Sancho me envió aquel enlace, pensé que era una broma de las tuyas:

*Detenida Lorena Reyes por el asesinato de su hermana. Una nueva investigación demuestra que el supuesto suicidio de la famosa novelista fue el escenario encubierto de un asesinato a manos de la implicada.*

—¡Enhorabuena, muchacha! Deberías cambiar tu seudónimo por el de Heather Highsmith —fue su espontáneo saludo después de darme aquella buena noticia.

—¿H.H.? Pues no estaría nada mal, me gusta —respondí con sorna.

—Y yo que pensaba que te habías vuelto loca de verdad, resulta que has sido la más lista de todos nosotros desde el principio —dijo jactancioso. Iba a

echar mucho de menos esas llamadas telefónicas que siempre comenzaban con un par de insultos, en las que tratábamos de averiguar quién podría haber sido el asesino de Yolanda—. Ya le puedes decir a tu policía que por lo menos se pague una cena. Es lo mínimo después de resolver este caso. Según me han dicho, Lorena comenzó a hablar en cuanto él dijo su nombre.

Aquello me alegró más que ver mi libro entre los primeros puestos de Amazon. Era un éxito personal, algo por lo que había luchado desde el principio, y de lo que hasta yo misma había dudado en algún momento. En el transcurso de esta investigación me habían pasado muchas cosas, no todas buenas, pero sentía que había cambiado algo dentro de mí. El espíritu de Yolanda volaba por mi habitación cuando recibí otro mensaje, esta vez de Martín:

*Has cumplido tu promesa, ahora supongo que debo invitarte a que veas un partido, ¿no era ese nuestro trato?*

Esa frase era el pie de una foto que me alegró aún más que la noticia anterior. En ella se veía mi libro autopublicado sujeto por un pulgar que supuse era el suyo. ¡Se lo había comprado! ¡Se estaba leyendo mi libro! Y habría visto su nombre en la primera página. *Para Martín*, sin más. Sobraban las palabras entre nosotros.

El siguiente mensaje era una captura de pantalla en la que se leía un mensaje desde su propio móvil:

*Sábado a las doce en el polideportivo de Las Matas.*

¿Sábado? ¿Este sábado? Hoy me había propuesto dedicar el día a hacer cosas tan importantes como lavar las sábanas, ir a uno de esos sitios donde puedes desayunar cereales con leche de colores, comprarme una nueva libreta con mensaje en alguna tienda de regalos, y no moverme del sofá hasta que tuviese que ir a la cama. Pero todo podía esperar, porque no quería perder la oportunidad que se me brindaba de volver a ver a Martín. Quería darle las gracias por haberme hecho caso, porque, en cierto modo, si Lorena estaba ahora entre rejas era gracias a su inapreciable ayuda. Sin él, nuestros esfuerzos no habrían servido de nada.

De pronto, me entró el agobio. Eran más de las diez cuando me mandó aquel mensaje, y tenía que ir hasta Las Rozas para verlo. ¿Aquello era una especie de prueba para comprobar si de verdad estaba interesada en verle jugar? Después de la persecución del otro día, seguía sin poder coger el coche, de modo que tendría que ir con el Cercanías o coger un taxi para poder llegar a

tiempo. Mejor un taxi, necesitaba verle cuanto antes. Y cuando eso sucediese, ¿qué le iba a decir? «Hola, ¿qué tal? No te lo he dicho nunca, pero me encanta pasar las mañanas de los sábados escribiendo en las gradas de algún pabellón». Entonces recordé que aún tenía su libro en mi bolso. ¡Aquella sería mi excusa para verle de nuevo! Y dando saltitos me fui de casa de un portazo que retumbó en todo el edificio. «María, tranquila», me dije. Aunque no sirvió de nada.

Sonaba *Chelsea Dagger* de The Fratellis en mi nueva lista de reproducción. Tras haber publicado el libro que tanto me había costado, necesitaba música gamberra para alegrar mis días. Estaba pensando que aquella canción encajaba con mi actual estado de ánimo; en nada estaría frente a Martín, y ese ritmo desenfadado acompañaba a la perfección con mi rebelde corazón:

—Perdone, pero... —De pronto me di cuenta de que no avanzábamos.

—Es por la maratón. Vamos a tener que esperar a que termine. —Asomé la cabeza hacia donde señalaba el taxista.

—¡Pero yo no puedo esperar! —dije angustiada.

—Pues imagínate entre semana con una manifestación, entonces sí que se lía parda.

—¿Y ahora qué hago yo? —Miré el reloj, no me quedaba tiempo.

—Bienvenida a Madrid, *xiqueta*.

—¡Está bien! Dígame qué le debo, cogeré el Cercanías.

Eran las once y media. Había consultado el recorrido en mi móvil, podía hacerlo. Salí corriendo del taxi, solo tenía que coger un metro hasta Nuevos Ministerios, de allí el Cercanías hasta Las Matas. Bien, no había problema. Tardaría un poquito más, pero esos partidos eran largos, ¿no?

Ya estaba cerca de la boca del metro cuando escuché hablar a una periodista que informaba con voz urgente desde la entrada: «Por un error informático se ha activado el protocolo de emergencia y todas las estaciones del metro de Madrid han sido evacuadas durante unos estresantes minutos. El caos ha sido generalizado. Los servicios que han acudido atendieron a viajeros con ataques de ansiedad y heridas producidas por las caídas. El servicio tardará en regularizarse, no se puede concretar el tiempo, mientras los mensajes de disculpas se oyen ya por la megafonía».

No podía ser cierto. No tenía tiempo para esperar a que se solucionara el problema, me arriesgaba a perderme el partido por completo. Así que, mientras caminaba por la calle pensando qué hacer, y viendo cómo se me



escapaban los minutos, una bicicleta casi me atropella porque estaba circulando en su carril, dejándome sorda con su timbre.

—¡Pues claro!

Y dirigiéndome a uno de esos puestos de bicis de alquiler, me subí a una. Ahora, según el móvil tardaría una hora más de lo previsto en llegar al polideportivo, con suerte podría verlo en el segundo tiempo.

En el momento en el que me puse a pedalear, recordé por qué era escritora y no deportista. Mi forma física estaba más cerca de la de una mujer de ochenta años que una de veinte, y ni mi pantalón vaquero ni mi camiseta de *Love Attack* eran la indumentaria perfecta para ir en bicicleta. En serio, aquello era una tortura para mí. De hecho, creo que la última vez que subí a una bicicleta llevaba coletas y seguían poniendo *Sensación de Vivir* en la tele. Yo nunca me había obsesionado mucho por el físico. Si no, me habría hecho actriz, o modelo. Empecé a sudar, y mi corazón mandaba señales inequívocas de que dejara lo que fuera que estuviera haciendo, porque para nada estaba preparado para ello. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. Aquello iba a ser más difícil de lo que jamás hubiera imaginado. De repente, tuve que pararme frente a una cuesta muy empinada: «¿Qué? ¿En serio debía subir todo eso?». Durante un segundo me pregunté qué demonios estaba haciendo, pero algo me decía que debía seguir adelante. Así que continué, un poco desmoralizada al ver cómo un niño de seis años me adelantaba con su monopatín eléctrico, pero decidí no mirarlo y seguir pedaleando soltando un quejido de cansancio y dolor. Mañana tendría agujetas por todas partes, pero me sentiría muy satisfecha conmigo misma por haberlo conseguido.

Cuando llegué al pabellón creía que me iba a morir de un ataque de asma. Me faltaba el aire y me sobraba todo, pero ya estaba allí. Sonaba el *Me gustas tú* de Manu Chao, y entendí que estaban en el descanso del juego. Había muchas personas en las gradas, era una afición muy entregada. ¿Sería aquello una final? Según Martín me había dicho, estaban dispuestos a ganar la liga este año.

Me quedé a pie de pista, intentando buscar a Martín entre las caras de esos chicos. Miré un segundo el marcador, estaban a ocho puntos de diferencia, por eso se les veía tan entusiasmados. Sonó un pitido y volvieron a la pista. Hubo un pase largo, y todos se desplazaron detrás del balón, haciendo rodar sus sillas con rapidez. Nunca había visto nada igual, así que al principio me impresionó bastante. Jugaban con verdadera entrega, y me sentí culpable por

haberme quejado unos segundos antes de lo que me había costado subir esa estúpida cuesta.

Después de algunos segundos allí mirando, nos dimos cuenta de la presencia del otro casi al mismo tiempo. Era la primera vez que veía a Martín en una silla de ruedas, y entonces supe por qué había querido ir hasta allí con tanta insistencia. La imagen fue dura, he de reconocerlo, el muñón estaba a la altura de la rodilla, pero hacía un extraño contraste con su amplia sonrisa. Esa sonrisa tan suya. Aunque me había mandado ese mensaje, leí en sus ojos que ya no esperaba que viniese. Sin embargo, allí estaba yo. Acalorada por el esfuerzo, y quizás también por la situación, pero satisfecha por haber tomado aquella decisión. Martín se olvidó por completo del juego, y no dudó un segundo en desviar su recorrido para llegar hasta donde yo estaba, deslizándose por la pista con sorprendente habilidad.

—¡Hola! —saludé con la mano como una idiota, tocándome después el pelo. Aún no estaba nada acostumbrada a mi nuevo corte.

—Has venido... —murmuró colocándose justo enfrente de mí en una ágil maniobra de su silla, quedando separados solo por los paneles publicitarios que delimitaban la pista.

—Tenía que devolverte esto —respondí sacando con torpeza el libro de mi bolsa.

—Luego me lo das —dijo exhausto, sin apartar la vista de mí, contagiándome con esa sonrisa tan natural.

Me fijé de nuevo en esas arrugas que se formaban al final de sus ojos, alargando su mirada. Estaba sudando por cada poro de su piel y, sin embargo, se le veía muy feliz. Yo diría que nunca lo había visto así.

—¡¡Martín, joder!! —gritó furioso un hombre al otro lado de la pista, posiblemente su entrenador, haciendo que los dos nos girásemos hacía él. Lo vimos haciendo aspavientos con los brazos para que moviera el culo y se fuera de una vez a jugar con sus compañeros.

—Espérame aquí, ¿vale? —me pidió Martín. Y a regañadientes se giró sobre sí mismo para volver al partido, pero, antes de irse, me sorprendió diciéndome—: Por cierto, ¡muy guapa! —E hizo un gesto con la mano para señalar mi pelo.

Yo rocé mis cabellos de manera instintiva, y sentí aún más calor del que ya sentía por mis mejillas. No esperaba que se hubiese dado cuenta de algo así, y con vergüenza adolescente le di la espalda para buscar un sitio entre las

gradas.

Había una mujer cerca de allí, con un niño pequeño en los brazos que parecía dormido a pesar del ruido. Su mirada me dio a entender que había estado muy pendiente de aquel encuentro nuestro de miradas y sonrisas, pero de pocas palabras.

—¿Puedo sentarme? —le pregunté con timidez.

—¡Claro! —me dijo muy amable.

En ese momento apareció otro niño como un torbellino, un poco más mayor que el primero, que empezó a llamar a su madre a gritos sin importarle mucho que su hermano pequeño estuviese durmiendo:

—¡Mamá, mamá, mamá! —lo decía cogiéndola por la barbilla, la cabeza, o los hombros. No se estaba quieto ni un segundo. Corría por todos lados, parecía que tenía azogue. Y yo, aunque se suponía que debía estar pendiente del partido de baloncesto, no podía dejar de mirarle.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —respondió su madre con el mismo tono precipitado.

—Dame un euro.

—¿Para qué quieres un euro?

—Para una bola... —rogó el pequeño con esa carita de ángel que tenía, ¡qué mono era!

—¡No! —sentenció su madre.

Después de un chantaje emocional en toda regla de diez minutos de ruegos y noes, el chico salió de allí con su euro, que obtuvo a cambio de un beso. Yo estuve observando en silencio desde mi sitio aquella escena tan tierna y familiar, hasta que la mujer me preguntó de repente:

—¿Tienes hijos?

—No —respondí sorprendida y un poco avergonzada—. Perdona, no he podido evitar mirar. Tienes unos niños muy guapos.

—Nada, no te preocupes. Mi hijo es un embaucador profesional, todo un peligro cuando sea mayor. Has tenido suerte de que no haya reparado en ti, habría intentado sonsacarte el euro y algo más.

Yo sonreí ante aquella respuesta, y regresé la vista al frente, para concentrarme en el partido.

Los minutos pasaban, y la diferencia era cada vez más pequeña entre ambos equipos, lo que hacía que los movimientos de los jugadores fueran cada vez más agresivos. La lucha por el balón se estaba convirtiendo en un verdadero

combate. Nunca habría dicho que el baloncesto era un deporte peligroso, pero, de lejos, eso era lo que parecía. Uno de los chicos, que se había quedado en equilibrio sobre una sola rueda, cayó al suelo al igual que su silla, ya que todos estaban atados a ellas por una especie de correas o cintas. En ese momento yo tuve que apartar la vista porque pensé que se habría hecho mucho daño, pero el muchacho en seguida se puso en pie y siguió jugando con el mismo ímpetu que sus compañeros.

—Es un deporte de contacto —me explicó la mujer al ver mi reacción.

—Ya veo —respondí con cara de circunstancias y cerrando un ojo, no iba a poder soportarlo mucho más.

—Soy Lara, la mujer de Nacho —se presentó al fin—. Nacho es el entrenador de Martín.

—Sí, Martín me ha hablado de él. Yo soy María.

—¿Eres policía?

—No, qué va —dije con una amplia sonrisa—. No podría ni aunque quisiera. Soy escritora.

—¿En serio? —preguntó con sorpresa, como si se encontrase frente a un ser extraordinario, aunque yo no era una de esas escritoras glamurosas.

Asentí con la cabeza y, como aún tenía el libro de Martín en mis manos, se lo acerqué para que lo viera.

—Vaya —murmuró mientras pasaba sus dedos por las páginas del libro, deteniéndose descarada en la primera para leer la dedicatoria que llevaba mi nombre—. Espera, ¿tú eres María García? Pero si yo he leído tu libro, el último que has sacado, ¡es precioso!

—¿De veras te ha gustado? ¡Muchas gracias!

—Entonces, ese Martín, ¿es nuestro Martín?

—El mundo es un pañuelo —contesté encogiendo los hombros, sintiéndome muy pequeña.

—Con razón hoy está jugando mejor que nunca, tendré que decirle a Nacho que le obligue a invitarte más veces. A ver si así ganamos todos los partidos que nos quedan.

La conversación con Lara hizo que el final llegase antes de lo que imaginaba. Ganó el equipo contrario por dos puntos de ventaja, pero no parecían muy desmoralizados cuando se fueron todos al vestuario. Gracias a la mujer de Nacho pude saber curiosidades de este deporte, como por qué las ruedas de sus sillas estaban tan inclinadas hacia los lados, o cuáles eran las

diferencias que existían con el baloncesto que yo conocía. El propio Nacho quiso conocerme cuando Lara le explicó que yo era la escritora del libro que habían estado leyendo juntos por las noches, algo que me pareció muy bonito para hacer en pareja. El entrenador me miró con desconfianza.

—Ahora lo entiendo todo —añadió sin más.

Entonces recordé que Martín me lo había descrito como un hombre con cara de pocos amigos pero con un corazón que no le cabía en el pecho, y en verdad así era. Su gesto severo era solo fachada.

—¿Podría probar un segundo? —le pregunté señalándole una silla vacía.

—¿Quieres sentarte en una silla de ruedas? —formuló aquella pregunta como si estuviera loca de remate.

—Me gustaría saber cómo es tirar a canasta sentada en una silla de ruedas, sí. —Nacho volvió a mirarme de pies a cabeza, como si hubiese venido de otro mundo, de modo que creí necesario añadir para explicarme—: He escrito una novela sobre un chico al que le faltan las dos piernas, pero, por más que imagine y me documente, jamás podré saber qué se siente al conseguir algo tan fácil, pero a la vez tan difícil, como es encestar en una canasta de baloncesto sin ellas.

Después de decir aquello, Nacho no solo accedió a mi petición, sino que quiso explicarme cómo debía hacerlo de la forma reglamentaria: podía impulsarme dos veces sin botar el balón, y no podía levantarme del asiento. Hice un primer intento delante de él; la distancia añadida que había a la canasta por estar sentada en la silla me pareció insondable, no la rocé ni de lejos.

—¡Qué mal!

—Sigue intentándolo. A Martín le costó varios días meter su primer tanto.

Después de aquella frase, me pasó de nuevo el balón y me dejó sola. El polideportivo se fue vaciando poco a poco mientras yo lo intentaba una y otra vez.

Quedaba confirmado. Mi actuación estaba siendo patética también allí, aquello no era mera casualidad, no era buena en ningún deporte. El hecho de coordinar el movimiento de la silla con los botes del balón me parecía misión imposible. Tras varios intentos más, reconocí unos pasos detrás de mí:

—¿Qué haces? —preguntó Martín dejando su bolsa en medio de la pista.

—Jugar al baloncesto.

—No seas tonta, levántate de ahí —dijo con bastante rudeza.

—¡Déjame! Quiero intentar encestar el balón al menos una vez. —Retrocedí impulsándome con la silla de ruedas, dejando el balón en mi regazo.

Martín se puso delante de mí, aún más enfadado que antes por no hacerle caso. No le hacía mucha gracia verme allí sentada, estaba claro. Quiso impedir que siguiera lanzando a canasta, taponando la trayectoria del balón, pero yo no quería dejar de intentarlo.

—La hostia, María, ¿no entiendes que esto no es un juego?! —gritó muy molesto. Y su voz resonó aún más fuerte contra aquellas paredes de metal, haciendo que nuestras miradas se encontrasen.

—Lo siento —dije mientras me ponía en pie de inmediato y el balón caía al suelo alejándose de nosotros en cada bote—. No era mi intención molestarte. Toma, tu libro. —Y después de entregárselo, me aparté de él evitando siquiera rozarle.

Martín chasqueó la lengua, y rogó con dejadez:

—Eh, perdona...

Al ver que no me paraba, me cogió de la muñeca para que no me alejase más.

—¿Por qué me has invitado a venir? —pregunté girándome hacia él con furia porque no le entendía. Retándolo con la mirada mientras me zafaba de su agarre.

Aquella situación me resultaba muy incómoda. Martín estaba tan cerca de mí que casi podía oír su respiración, olía de maravilla, y sin embargo, parecía disgustado conmigo por haber intentado ponerme en su lugar. Yo solo quería llegar a comprender un poco más por todo lo que había tenido que pasar, todo lo que engloba una discapacidad como la suya, porque sabía que nada en su vida había sido fácil después del accidente, sin embargo, él no me ayudaba. Era como si tuviera miedo de hacerlo.

—Porque quería verte. —Martín tragó saliva, la nuez de su garganta subió y bajó mientras se humedecía los labios. Le había costado mucho decir esa frase. Pensé que después de una puesta en escena semejante vendría una merecida declaración de amor. Pero me equivoqué de nuevo—. Quería pedirte perdón por no haberte creído en todo este tiempo. Al final, ya lo has visto, tenías razón. Yolanda no se suicidó, y nunca se habría descubierto a la asesina si no hubiese sido por tu insistencia.

Asimilar que me estuviera dando la razón por fin me hizo sonreír y frivolar con la situación, como hacía Sancho conmigo:

—¡Bah, no te preocupes! Tenía pensado hacerme amiga de ese tal Montes si tú no me hacías caso.

—¡Eres incorregible! —murmuró entre dientes, escapándosele una caricia que me supo a poco—. También quería darte las gracias por la dedicatoria de tu libro.

—Sí, tú eres ese Martín —quise aclararle mirando al suelo, para mí era terrible esa cercanía.

—Lo sé —respondió rozando mi barbilla para elevar mi mentón.

—¿Lo has leído? —pregunté mordiéndome el labio mientras le miraba a los ojos.

—En una tarde —me contestó sonriente, mientras pasaba sus dedos por mi boca, impidiendo que siguiera castigándome.

—¡Son más de seiscientas páginas!

—Bueno, fue una tarde muy larga, que duró hasta las tantas de la madrugada.

Sonreí, y él me respondió sonriéndome aún más. Alargando su mirada con aquellas arruguitas que tanto me gustaban. Entonces supe que había llegado el momento, que aquel final sí que me iba a gustar.

—¿Te pareció cursi?

—Mucho... —respondió sin más.

—¡¿Mucho?! —pregunté desilusionada.

—El chico se queda con la chica, eso nadie se lo va a creer —explicó Martín. Me miraba con esa intensidad que me hacía enmudecer. No sabía en qué estaba pensando, qué estaría diciéndose a sí mismo, pero no iba a tomar parte en su dilema interno. No volvería a confundir esas señales, aunque fuera más que evidente lo que sentía hacia mí. Tendría que ser él quien diera el siguiente paso—. ¿Quién es ese Sancho?

—¿Qué?

Aquella pregunta no encajaba ahora en nuestro diálogo. ¿Qué pintaba Sancho en todo esto?

—Que quién es Sancho Herranz.

—¡¿De veras no sabes quién es!?

Para mí Sancho era un icono de la novela negra española.

—Sé quién es, María. Pero quiero saber quién es para ti de verdad.

Martín estaba inquieto esperando a que dijera algo, sus pupilas iban a atravesarme. Estuve tentada de cogerle las manos y decirle «Tranquilo»,

porque daba risa que un cuerpo tan grande como el suyo estuviese temblando por una cosa así.

—¡No me lo puedo creer! ¿Desde cuándo eres un cotilla? ¿Ahora te dedicas a leer los falsos rumores que circulan de la gente por Internet? —pregunté incrédula. En la vida hubiese imaginado a Martín haciendo eso.

—Te busqué por Internet para saber si ya habías publicado tu libro, ese del que me hablaste, y lo primero que encontré fue esa noticia donde aparecías con él. La foto era muy explícita —respondió suavizando el tono de su voz.

—¡Pero si nos llevamos como veinte años de diferencia! —añadí con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Podía ser cierto? ¡Martín estaba celoso de Sancho!

—¿Y qué más dará? Esas cosas nunca han sido un impedimento. A los tipos como ese Sancho siempre se les ve con jovencitas guapas como tú.

Martín bajó la mirada y se apartó de mí para poder coger su bolsa, se iba a marchar. Yo seguía el movimiento de su espalda sin poder dar crédito a lo que me estaba tratando de decir.

—¿Me estás diciendo que la edad no es impedimento para salir conmigo, pero que seas capaz de rehacer tu vida con solo una pierna sí lo es?

Mi pregunta lo frenó en seco. Supe que había resoplado al oírme decir eso por el movimiento de sus hombros y su cuello, sus dedos se estiraron y se encogieron durante un segundo, como si quisiese desprenderse de algo, o quizás quitarse de encima una sensación que llevaba estorbando mucho tiempo. Sabía que había dicho que no insistiría más en este tema, pero es que me daba rabia su forma de pensar. Martín seguía manteniendo un debate consigo mismo, deseaba volver a ser aquel chico con dos piernas y veintiséis años que no era muy consciente de hasta qué punto era fácil su vida, pero ambos sabíamos que ya no podría volver a aquellos días. Aquel muchacho que había luchado tanto, ahora no podía dar todo por perdido. Eso que sentía por mí, que había intentado ignorar, se podría convertir en amor muy rápido. Ambos lo sabíamos. «¿Y qué sería de él entonces?», se decía. No quería pillarse de nuevo por alguien. Seguía viéndome como si fuera una de esas modelos de los anuncios de las paradas de autobús, alguien inalcanzable por el mero hecho de ser escritora y *trending topic* durante unas pocas horas en Twitter, aunque fuera solo para crear equívocos tontos como el de mi relación con Sancho.

—Martín, lo siento. Me prometí a mí misma no insistir, pero... —Iba a



continuar la frase diciendo: «Pero es que soy incorregible», porque me había gustado mucho esa palabra que había utilizado para describirme. Sin embargo, sus labios no me dejaron.

Se había girado mientras yo hablaba, y siguió mirándome con el ceño fruncido mientras le pedía disculpas. Pensé que ya estaba harto de mi forma de pensar, de que estuviera escupiendo purpurina a todas horas, y que me iba a decir algo más contundente como que me callase de una vez. «Además de incorregible, insoportable», pensé. Pero entonces lo vi acercarse más a mí, muy decidido, asustándome con aquella mirada oscura que no supe descifrar. Retrocedí un paso, pero no me dejó separarme más al pasar una mano por detrás mi nuca, consiguiendo responder de inmediato a mi anterior pregunta con un beso que fue de menos a más. Despertándome, encendiéndonos. Liberando por fin esa tensión acumulada. Martín besaba con los ojos cerrados, con fruición, provocando que una onda expansiva de calor nuclear me abrasase el cuerpo al comprobar que lo hacía tan bien como había imaginado.

Aquel fue un beso robado en toda regla, en el que ni siquiera me dio tiempo a coger aire. Martín no había vacilado ni un segundo en acercarse, quizá por miedo a arrepentirse de repente, o que yo me negase a corresponderle, y por eso ahora su boca atrapaba la mía con pasión. Para que a ninguno de los dos se nos ocurriera decir nada, ni pensar siquiera, y me parecía lo mejor.

Sus dedos se enredaron entre los mechones oscuros de mi pelo, y con los pulgares acariciaba mis pómulos dibujando pequeños círculos. Sentía el roce de su barba incipiente mientras me hacía a la idea de que por fin nos estábamos besando. Con besos dulces, pequeños y juguetones acompañados de sonrisas acarameladas. Pero también con besos largos e intensos, de esos que te hacen olvidar todo.

Gemí cuando sentí su cálida lengua buscando la mía, y elevé mis brazos hacia sus hombros. Martín había decidido cumplir mis deseos, así que no iba a darme tregua. La intensidad de aquel momento estaba haciendo bombear mi corazón a mil por hora, me pitaban los oídos y me iban a fallar las piernas de un momento a otro. Hoy iba a morir, pero de gusto. Llevé mis manos hacia su cuello para colgarme, mientras él bajaba las suyas y se aferraba a mis caderas. Apretados, fundidos el uno en el otro por fin. Quise decirle que necesitaba respirar, pero aquella escena que estábamos viviendo era demasiado romántica como para romperla diciendo algo así. Coger aire estaba sobrevalorado. No me iba a importar nada si me mareaba de nuevo en sus

brazos:

—¿Pero todavía seguís aquí?! —Era Nacho, su entrenador, que había vuelto para recoger la chaqueta que su hijo se había dejado olvidada en las gradas del pabellón—. ¡Idos a un hotel, por favor! Que ya sois mayorcitos.

Muerta de vergüenza, hundí mi cabeza en el pecho de Martín, mientras él le hacía una peineta a su entrenador. El hombre, lejos de ofenderse, le siguió provocando con una carcajada burlona al alejarse.

## Epílogo

(Martín)

Hacía un año que Yolanda había muerto, y tú querías dejar un ramo de flores en su tumba. Pero como te daba miedo ir al cementerio de la Almudena sola, me pediste que te acompañase. Yo acepté con la condición de que me dedicases el fin de semana. Ya empezaba a odiar cuando me decías eso de «acabo de tener una gran idea», porque significaba no volver a verte durante semanas, aunque luego sabías cómo recompensarme hasta que otra historia cruzase por tu linda cabecita en cuestión de pocos días. Novelas que engullían a mi amor, la volvían un ser distraído y sin apenas voz, que se perdía en un caos de frases, personajes y escenas que yo descubriría al final del trayecto.

Parecías haberlo olvidado, pero también hacía un año que nos habíamos conocido. No sabía si lo estabas omitiendo para darme una sorpresa, o porque entre tanta historia de amor te habías olvidado de la tuya propia. Yo, por si acaso, ya había hecho planes para los dos. Desde aquel día en el que te sentaste encima de mí a horcajadas y me pediste que te dijera algo romántico sabía que, contigo, era mejor estar siempre preparado. Por supuesto que entonces no lo estuve, y decirte que me moría por morder tus pechos cuando te veía, no fue la mejor respuesta. Primero me diste un sopapo que aún me duele cuando lo recuerdo, y después no es que te enfadases conmigo, es que te fuiste a tu casa y me dejaste más solo que la una durante días. Aún no sé qué esperabas que te dijera, solo sé que me perdonaste porque te habían invitado a un evento en Armilla y querías que te acompañase por si alguien había planeado matarte.

Voy a deciros la verdad, lo peor de ser la pareja de una escritora de romántica es soportar sus tertulias. Aunque digan que acaban a las ocho de la

tarde, luego son las diez de la noche y siguen hablando de lo mismo. No se callan nunca, son como loros, siempre con lo mismo. Menos mal que tú ya te has dado cuenta de que no es necesario que vayamos a todos los sitios juntos y, excepto casos extremos como el de Armilla, no me pides que vaya a tus reuniones de escritoras. Yo, a cambio, tampoco te pido que vayas a mis partidos de baloncesto.

Ya en el cementerio, y después de haber dejado el ramo de flores a Yolanda, te pusiste a leer las dedicatorias que algunos familiares graban en las lápidas de sus difuntos. A veces es desesperante que te entretengas en cosas de ese tipo, como cuando me dices que vas a entrar «un segundo» en una librería, y luego soy yo el que va cargado con la docena de libros que te acabas de comprar. ¿Por qué no puedes ser como las chicas normales? En serio, la ropa pesa muchísimo menos.

La culpa fue mía, porque entre parada y parada me pillaste palpando algo en el bolsillo de mi pantalón. Y ya era la segunda vez esa tarde.

—¿Qué haces? —me preguntaste mirándome escandalizada.

—No es lo que piensas. —Me dio por reír.

—Y entonces, ¿por qué te tocas ahí? —quisiste saber alargando tu brazo hacia mí, haciendo que yo retrocediera de inmediato—. ¿Qué pasa? —preguntaste con curiosidad.

—Nada —dije, y otra vez sonreí nervioso—. Anda, vámonos de aquí. Que van a cerrar ya. Es tarde.

Y a pesar de que yo avancé unos pasos calle abajo, tú te quedaste parada mirándome.

—¿Qué llevas en ese bolsillo? —preguntaste en voz alta, tu cabeza ya había empezado a funcionar, y tenías esa mirada que me hacía imaginar lo peor.

—¡Nada! Venga, vámonos.

—Yo no me muevo de aquí hasta que me digas lo que llevas en ese bolsillo.

Y aquella frase tan tuya me hizo resoplar y llevarme las manos a la nuca. «Ya la he *cagao*», me dije. Habías entrado en barrena, y ya no podría convencerte de que nos fuéramos de allí sin que supieras lo que escondía en el bolsillo, y tú jamás me perdonarías lo que iba a suceder en unos instantes, porque estábamos en un cementerio. Muy bonito, pero un cementerio.

—María, escúchame. Te lo voy a enseñar, pero aquí no. ¿Nos vamos ya?

Creo que decirte aquello fue peor todavía. Abriste los ojos, y te acercaste a mí para cogerlo tú misma.

—¡Enséñamelo!

—No.

Y como dice el refrán, en casa del herrero, cuchillo de palo. Porque cuando algo se te cruza entre ceja y ceja, no hay quien negocie nada contigo, María.

Al final dejé que tú misma lo cogieras y, al notar lo que era, te quedaste inmóvil mirándome. Estabas preciosa ese día, con tu mano en mi bolsillo, sin saber qué hacer al reconocer lo que pretendía esconder hasta que terminásemos de cenar en ese restaurante que te habían recomendado hacía meses.

—No puede ser —susurraste mirándome con tus preciosos ojos.

Pero sí que era posible, ¿cómo no iba a serlo? Si desde el primer día que te vi me quedé mudo mientras tú me contestabas a las preguntas. Si desde que duermo contigo, ya no tengo pesadillas. Si, aunque pretenda fingir lo contrario, eres el amor de mi vida (y esas cosas que escribes en tus novelas). Si fui un tonto por no querer besarte aquel día, y cada vez que tienes oportunidad, tú te empeñas en recordármelo ¡Te encanta hacerlo para hacerme rabiar! Porque discutir contigo es una batalla perdida, siempre te sales con la tuya, lo tengo más que asumido. Sigues siendo incorregible, y espero que nunca cambies. Porque tú me entiendes como nadie y, con solo verme entrar por la puerta, ya sabes cómo me ha ido el día. Si cuando vienes a decirme que te van a traducir tus libros en no sé cuántos idiomas, yo ya estoy organizando viajes para todos esos países. Y cada día vuelas más alto, pequeña, aunque tú no lo veas. Así que... bueno, ¿para qué seguir pensando cosas que podría decirte? Tú siempre has sido mejor que yo en esto. María, eres lo más bonito que he tenido entre mis brazos, y quiero pasar el resto de mis días contigo.

No tenía grandes discursos para ti ese día, porque cualquier cosa que pasase por mi mente, tú la habrías superado. Eras una experta en declaraciones de amor, y yo me sentía como un imbécil delante de ti. Un imbécil con suerte, eso sí. Me faltaban las palabras, me sudaban las manos y se me había hecho un nudo en la garganta. Allí estabas, mirándome en silencio después de haber sacado esa cajita de terciopelo azul de mi bolsillo. Sosteniéndola con la palma de tu mano, sin querer abrirla por miedo a no sé qué.

—No son unos pendientes —te dije, para ver si así te decidías a descubrir lo que era por ti misma. Y entonces te dio por reír. También brotó alguna lágrima, pero supongo que fue de alegría. ¡Y yo que pensaba que me ibas a

odiar porque estábamos en un cementerio! Al parecer, me dijiste, el cómo y el dónde era lo que menos importaba—. Cásate conmigo, María —dije a bocajarro.

Ni siquiera lo pregunté, porque no me atrevía a hacerlo, no fuera a ser que me rechazases. Y aunque intenté que nadie más supiera de lo que estábamos hablando, un par de señoras mayores que pasaron por nuestro lado se echaron la mano a la boca al oírme.

—¡Uy, por Dios! Pues no habrá sitios... —soltó una de ellas, la más descarada.

Y yo puse los ojos en blanco, porque no podía creer lo que me estaba pasando. Era la peor petición de matrimonio que se había escrito en la historia de la romántica, al menos en España, y nosotros la estábamos protagonizando.

—Ven —me ordenaste con tu voz seductora. Y mientras te colgabas a mi cuello como tú siempre haces, tus labios me dijeron al oído—: Sí, quiero.

## Nota de la autora

¡Hola! Si has llegado hasta aquí puede ser por dos motivos:

1) Querías saber quién era el asesino antes de terminar la novela. ¿Haciendo trampas a estas alturas? ¿No te da vergüenza?

2) Te has leído toda la novela y ahora descubres con una sonrisa que la autora te ha reservado una nota para despedirse de ti. ¡Oh, pero qué bonito!

Sea cual sea tu opción, gracias por haberme elegido como lectura. Espero que te haya gustado esta historia un tanto extraña que aún no sé cómo clasificar, que algunas frases que se dicen en ella te hayan hecho pensar (pero solo un poquito, no nos vayamos a cansar), y que hayas disfrutado de cada capítulo. Ese fue el principal objetivo por el que fue escrita.

Aunque para algunos sea más que evidente, este libro no habla sobre la discapacidad física. Más bien, de nuestra enorme capacidad psicológica para bloquearnos, anularnos e impedirnos hacer aquello que siempre hemos soñado: «No puedo, no sé me da bien, no tengo tiempo...». ¿A que lo has oído más de una vez? Siempre requiere un esfuerzo, como le supuso a María autopublicar su novela, pero os prometo que merece la pena cuando se consigue. Aunque no sea ni a la primera ni a la décimo sexta, aunque nadie más que tú sepa lo que has hecho, y aunque los ingresos que ello te aporte sean equivalentes a una bolsa de pipas...

Si hace más de tres años, mientras escribía mi primera novela *Pescando salmones en Alaska*, yo le hubiese hecho caso a la gente que no se cansaba de recordarme lo difícil que era hacerse un sitio en el mundo literario, plagado de autores, nunca habría enviado mi manuscrito al concurso de HQÑ donde fue mención de honor. Allí, la editorial HarperCollins Ibérica, y en especial mi editora Elisa Mesa, me abrieron los brazos, me reconocieron el mérito publicándome una segunda novela: *Estocolmo de noche*, y más tarde lo

confirmaron otorgándome el premio finalista con esta tercera. (Gracias también a ese jurado maravilloso que supo entender de qué iba todo esto).

Ya no es cuestión de suerte, creo que más bien de perseverancia. ¡Y yo de eso tengo a capazos! El truco está en volver a intentarlo, una y otra vez, siendo consciente de lo mucho que te queda por aprender de tus compañeros, y disfrutar con ellos de sus éxitos.

Cinco de estos amigos muy queridos fueron lectores beta de esta historia y, después de leerla, me ayudaron a pulirla como si fuera una joya. Por eso ahora me toca presentar y dar las gracias a Ana María Draghia, Alba Biznaga, Érika Gael, Vitella Liber y Javier Barroso (zoro\_ronoa\_). Escritoras y críticos literarios que me han demostrado qué es lo más bonito de esta profesión: la amistad entre autores y el amor por la literatura. Ellos me insuflaron el valor suficiente para presentar esta historia a concurso, y a ellos se la dedico especialmente.

No os voy a mentir: cada vez es más difícil encontrar ese ratito para escribir, pero no puedo dejar de hacerlo. Ahora tengo a muchísimas personas detrás, a parte de mi familia, que quieren descubrir mis historias y me dicen que esperarán lo que haga falta. Gracias a vosotros, por cada uno de los mensajes privados que he recibido diciéndome lo que os ha gustado (o lo que no) de cada una de mis novelas. Podéis seguir haciéndolo, por favor, no os cortéis. Y, por supuesto, compartid vuestra opinión. El boca a boca es fundamental para nosotros.

Podéis seguir leyendo más cositas de mis próximas novelas en:

Blog: <https://blogdeunaescritora.wordpress.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/blogdeunaescritora/>

Twitter: <https://twitter.com/CaridadEscribe>

Instagram: [https://www.instagram.com/caridad\\_escrIBE](https://www.instagram.com/caridad_escrIBE)

Pinterest: <https://co.pinterest.com/bernal1363/>